JAVIER DE VIANA

SELECCION DE CUENTOS

Tomo II

MONTEVIDEO
1965

COMO ALPARGATA

—¡Ladiate!

—¡Ay!... cuasi me descoyuntás el cuadril con la pechada!...

—¡Y por qué no das lao!...

—¡Lao!... ¡lao!... Dende que nací nu'hago otra cosa que darles lao a tuitos, porque en la cancha e la vida se olvidaron de dejarme senda pa mí! ¡Suerte de oveja!...

Y lentamente arrastrando la pierna dolorida, escupiendo el pasto, refunfuñando reproches, Castillo se alejó; en tanto Faustino, orgulloso de su fuerte juventud triunfadora, iba a recoger admiraciones en un grupo de polleras almidonadas.

—¡Cristiano maula! —exclamó el indiecito Venancio, mirando a Castillo con profundo desprecio. Este le oyó, se detuvo, y con la cara grande y plácida iluminada por un relámpago de coraje, dijo:

—¿Maula?... ¿Creen que de maula no le quebré la carretilla de un trompazo a ese gallito cacareador?...

—¿De prudente, entonces?...

—De escarmentao. Yo sé que dispués de concluir con ese tendría que empezar con otro y con otro, sin término, como quien cuenta estrellas. ¿Pa qué correrla sabiendo que no he 'e ganar, que si me sobra caballo se me atraviesa un aujero, y que si por chiripa gano, me la ha de embrollar el juez?...

Y sin esperar respuesta, continuó alejándose aquel pobre diablo eternamente castigado por las inclemencias de la vida, cordero sin madre que no ha de ma-

mar por más que bale, taba sin suerte que es al ñudo hacer correr!...

—¡Vida de oveja! ¡Vida de oveja! —iba mascullando mientras se alejaba en busca de un fogón abandonado donde pudiese tomar un amargo con la cebadura que otros dejaron cansada, con el agua recocida y tibia.

Allí, en cuclillas, con la pava entre las piernas, con la cabeza gacha, chupaba, chupaba el líquido insulso, sin escuchar las músicas y las risas que desparramaban por el monte las alegrías juveniles. En aquel domingo de holgorio su alma permanecía oscura y desolada. ¡Si su alma no tenía domingos!...

Culpa suya, decían.

¡Culpa suya!... ¿Culpa suya si el potro que agarraba le salía boliador?... ¿Culpa suya si el novillo que corría enderezaba para los tucutucus, tarjándole de antemano una rodada?... ¿Culpa suya si los aguaceros se desplomaban siempre durante su cuarto de guardia en las tropeadas?... ¡Culpa suya!...

—No; era la suerte, no más —respondía,— la suerte que castiga lo mesmo a los animales que al cristiano... En ocasiones, un matungo sotreta cae en manos de un gringo prolijo, que lo cuida a maíz y galpón, lo ensilla los domingos para dir al tranco a la pulpería y lo deja ocioso tuita la semana; y en ocasiones un potrillo de laí, lindo de estampa, juerte pal trabajo, ligero pal camino, v'al poder de un gaucho vago que lo galopea a medio día y lo larga en noche de helada, sin tomarse siquiera el cuidao de pasarle el cuchillo por el lomo. Y aquél, ruin y fiero, está siempre gordo y pelechao, comiendo hasta hartarse, durmiendo a pierna suelta, mimao como muchacha linda

y haraganeando como un perro!... Y en cambio el otro, flaco y peludo, calentao a rebenque, sangrao a espuela, se lo pasa comiendo raíces en los potreros pelaos de las pulperías y durmiendo parao en las enramadas, con la manea en las patas, con el freno en la boca, con el recao en el lomo... ¿Culpa suya, tal vez, si es el amo un hereje!...

Resignado, Castillo siguió chupando la bombilla hasta agotar el agua. Luego —¡pequeña venganza!— tiró el mate entre la ceniza y la pava sobre el fuego; ésta cayó sobre un tizón e hizo saltar una chispa que fue a quemar el pie desnudo del desgraciado.

—¡Malhaya!

—¿Se quemó, amigo? —preguntóle un viejo que pasaba.

—Sí; esta pata tiene disgracia; una vez me la saqué de una rodada; otra vez me agarró un pasmo, y en Masoller me la atravesaron de un balazo...

—¿Anduvo en la última guerra?

Castillo miró con asombro a su interlocutor y dijo:

—¡Dijuro!... ¿M'iba a librar de la guerra?... Siguramente que si hubiera sido pa un baile o pa una merienda no me envitan, ¡pero pa pasar trabajo!...

—¿Con quién sirvió, con los blancos o con los coloraos?

—Al prencipio con los blancos, dispués con los coloraos.

—¡Cómo es eso, amigo!... ¿Entónces no tiene partido usted?

—¡Partido! ¡partido!... ¿Qué quiere que tenga yo? Yo soy como l'alpargata, que no tiene lao, y lo mesmo sirve pal pie derecho que pal izquierdo!...

—¡Hay hombres asina! —exclamó con tristeza el viejo paisano.

Y Castillo asintió, agregando filosóficamente:

—¡Hay hombres asina; hay hombres que son como los caminos, hechos pa que tuitos los pisen!...

LA RIFA DEL PARDO ABDON

Bajo el ombú centenario que cerca del galpón ofrece grata sombra en el bochorno de enero, don Ventura, en mangas de camisa y en chancletas, recién levantado de la siesta, amargueaba en compañía de dos viajeros amigos que habían pasado en su casa el medio día.

Amargueaba y charlaba, cuando, caballero en un rocín peli-rojo y pernituerto, llegó al tranquito un muchachuelo haraposo que se quitó zurdamente el chambergo informe, gruñó un "güenas tardes" y contestó a la indicación de apearse con el siguiente rosario, cantado de un tirón:

—Muchas gracias no señor manda decir mamita que memorias y cómo sigue la señora y que si le quiere hacer el por favor de comprarle un numerito d'esta rifa qu'es una toalla bordada por las muchachas que se corre el domingo en la pulpería e don Manuel en cincuenta números de a un realito cada número porque tiene mucha necesidá y como un favor y qu'es por eso que lo incomoda y que dispense.

Resolló al fin el chico y enseñó una vieja caja de cartón donde debía estar la prenda. Pero don Ventura, sonriendo, lo detuvo con un gesto, sin darle tiempo para enseñarla; y alcanzándole una moneda:

—Tomá el realito y andate, —le dijo,— yo no dentro nunca en rifas.

Luego dirigiéndose a sus tertulianos:

—Palabra, —exclamó,— no dentro en rifas de

ninguna laya; y eso qu'antes era mu dentrador: pero, dende una pitada machaza que me hicieron...

—Ha de ser divertido; larguelá, pues.

—No, es que ustedes van a decir qu'es cuento, y les asiguro qu'es más verdá qu'el bendito...

—No, don Ventura; ya sabemos que usted no miente, — dijo uno.

—Cuando ronca, — completó el otro.

Y el viejo, que se pirraba por darle a la sin hueso, haciendo caso omiso de la anticipada duda del auditorio, empezó así:

—No quisiera mentir, pero me parece que fue cuando las carreras grandes en lo'e Mendigorry, en que jugaban el *rabicano* de mi compá Ledesma y el doradillo del capitán Menchaca... Sí, aura me acuerdo, fue allí mesmo, hará como pa seis años... ¿no hará seis años de las carreras grandes?...

—Sí, pu'hay ha d'andar.

—Pa mi gusto, sí, eso es, seis años... u siete. Pus güeno, tábamos merendando en la carpa e la parda Belisaria, varios amigotes, entre otros el tuerto Perdomo, el cachafás aquel qu'era medio dotor pu'el agua fría, cuando se presenta el pardo Abdón... ustedes lo conocen al pardo Abdón, un abombao...

—Y haragán que d'asco.

—Eso mesmo, haraganazo, el pardo. El dotor, — nosotros siempre le llamamos *el dotor* al tuerto Perdomo, — encomenzó a buscarle la boca y a preguntarle cómo andaba con la renga Braulia y qué cuándo se casaban, y qu'era una lástima que se perdiera casal tan lindo, y que fui aquí y que fui allá!... El pardo qu'era bobote...

—Eso ya dijo, don Ventura.

—Dije qu'era abombao.

—Es lo mesmo.

—No, ché; no es lo mesmo cola qu'espinazo... pero vi'a seguir... El pardo, tuito redetido, le contestó:

—"¡Si tuviese pa los gastos!..."

—"¿Y cuánto precisás, pa los gastos?" —dijo el tuerto.

Y dijo Abdón:

—"Yo no sé, no señor... pero se mi'hace que con cincuenta pesos..." —y le relampaguearon los ojos al pardo qu'era...

—Bobote, —interrumpió uno de los amigos de don Ventura.

—Eso ya dije, —replicó éste —que'era namorao tamién.

—"¿Y rancho tenés?" —le preguntó el dotor.

—Y él dijo:

—"Rancho, no señor, tamién no tengo... pero..."

—"¿Pero tenésj amigos?"

—"¡Eso es, sí señor!..."

—"¡Es claro!... Y dispués que te casés con la renga, más entoavía!"

—El pardo largó una risada y el dotor lo siguió hamacando.

—"Pues mirá ché, no se ha'e decir que po'una miseria, e cincuenta pesos ande suelta yunta tan pareja que pueda dar cría superiora. Yo te v'a conseguir las cincuenta latas."

—"¿Pa en cuándo?"

—"Pa hoy mesmo."

—"¿De endeberas?"

—"Tan de endeberas como que vos sos el ñandú más ñandú de tuitos los ñanduces del pago. Escuchá; va'a hacer una rifa. ¿Qué te parece?"

—"Lindo; pero es el caso que yo no tengo nada pa rifar, ¿sabe?"

—"¡Qué no vasj a tener!... Vení p'acá".

—Y el dotor se llevó a Abdón p'ajuera y le metió labia, y de allá vinieron los dos, y el pardo se raiba, como si le cosquillaran las patas.

—Perdomo se jué p'adentro, habló con el pulpero, pidió papel, hizo la lista y se vino y nos llamó a tuitos y juimos a la cancha'e taba, ande había un porción de amigos y leyó el papel que decía ansina:

"RIFA. — Se rifa en cincuenta números, a los daos y a peso el dentre, el pardo Abdón González. El que lo saque tiene derecho a tenerlo un año e' pión sin pagarle nada más que la comida."

—Tuitos nos raimos 'e la ocurrencia'el tuerto y nos escrebimos. Se tiró a los daos... y me tocó a'mi el pardo!...

—¿Y lo llevó? —preguntaron los amigos.

—¡Qué lo vi'a llevar!... ¡Si por la comida era caro!

—¿Y el pardo?

—El pardo se casó y antes del mes la renga Braulia, qu'era una desorejada se le alzó con un indio'e la costa'el Chuy.

CHARLA GAUCHA

Algo más de dos horas después de cerrar la noche, habría de ser. Noche asfixiante. El sol había desparramado tanto calor durante el día, que por la tarde, al retirarse, no lo pudo juntar todo y llevárselo para su cueva de occidente.

Entre nubes pardas, la luna subía la cuesta arriba del cielo; y al encontrarse en alguna como lagunita blanca que la dejaba visible, parecía acelerar la marcha, buscando un nubarrón donde ocultarse.

Las voces que llegaban desde el patio de la estancia, advertían la presencia del patrón y su familia bajo el toldo verde del parral, prefiriendo sin duda, el fastidio de espantar mosquitos y el peligro de los grandes gusanos verdes que suelen caer del zarzo, al horno de zinc de las habitaciones, a esas horas herméticamente cerradas, para impedir la entrada de murciélagos, terror de doña Nicomedes, la patrona.

En el playo de frente al galpón, semidesnudos, echados sobre vellones, la peonada charlaba tomando mate "tibión y labao".

Los bichos de luz rayaban el cielo en todas direcciones; los "cascarudos" silvadores y hediondos, casi ciegos y borrachos de un todo, pechaban contra un brazo, una cabeza, un muslo, y al caer al suelo sonaban como cosa de importancia, haciendo decir a Faustino:

—Esta sabandija es como nágua'e china comadrona: mucho ruido, mucho viento y al primer apretón se aplasta.

—Pero no jiede.

—¿Qué sabés vos?

—Es verdá... ¡disculpe, maistro!

Volando muy bajito, sin hacer ruido, los dormilones iban y venían, atiborrándose de insectos en sus, al parecer, jiros idiotas.

De rato en rato lloraba algún sapo desde la garganta de alguna culebra que le tenía medio tragado. Un enjambre de insectos pequeñitos zumbaban sin tregua. A veces una lechuza castañeteaba el pico y graznaba lúgubremente desde el negro silencio de la llanura.

—¿Pa qué hará *chus chus* la lechuza? —interrogó Serapio— y replicó Faustino:

—Pa hacer hablar a los bobos.

—Esa ha'e ser verdá, ché, porque he albertido que cuando la lechuza no grita, vos estás callao...

Los perros daban vueltas, se echaban, gruñían, se levantaban nuevamente, andaban un poco y tornaban a echarse y a gruñir, palpitantes los ijares, pendiente, húmeda y temblorosa la lengua.

—¡Uff!... ¡Si no llueve esta noche me se redite la riñonada!...

—Si eso decís vos, que no tenés ni sebo en las tripas, —contestó Faustino,— ¿qué dejás pal patrón viejo con su panza y sus tocinos de chancho macau?

—El patrón se refriesca pegándole a la caña 'e l'Habana y al l'agua 'el pozo, mientra nosotros tenemo que conformano con el mate qu'está sebando Serapio... Tomá, ché, y arreglalo un poco... ¿No ves que andan boyando los paraguayos?

Picado, Serapio retrucó:

—¡Muy fino, el talón rajao!... ¡Quién sabe no querés que te sirvan chicolate!...

—¡Me ca...iga un árbol encima!...

—¿Qué te pasa?

—¡Que me dentró un guampudo por la camisa y me anda pezuñando en la panza!...

—Dejalo. Pueda que se coma las "muquiranas"!...

—Guardá eso pa vos, ladiao, que solo te lavás cuando llueve...

—¡Dejuro, con esta seca!... ¿Diande vi'a sacar agua?... Si no me lavo con saliva, como los gatos...

—No, ché, no hagás eso... pa mí que tu saliva ensusea...

Desde el galpón, haciendo sonar los zuecos descalzos, — *as tamangas,* — avanzaba el pardo Hildebrando, y decía:

—*¡Tempo aborrecido!*

—¿Qué te ocurre, bahiano?

—*Mi ridito... ¡Si não bufo, revento!*

—¿No trais otra novedá?...

—*Não; mais truje una limeta é cachaza.*

Con la noticia alborozáronse los gauchos. Gritó uno:

—¡Alcanzá, Patricio, qu'estamos secos como la perdiz!...

—¡Hágase ver, rubio! — profirió otro.

—Convidá, macaco, y te perdonamos la vida, — agregó un tercero.

—Alargue la mulatihna, ño Tizón.

—*¡Fora! ¡fora toudos!... Fiquen sabendo que eu por bondade do; mais pe la forza...* ¡jem!!...

—¡Si te lo pedimos de rodillas!...

—*¡Anton sim!... ¡Eh! ¡dispasinho, dispasinho!... ¡Pucha castiçao valentes pa la cachaza!...*

—¡Ajjj! Medio chamusquea el gañote, pero es linda.

—¡Cha digo!

—¿Qué tenés vos?

—Que le abrí no más la jareta, le encajé bucho y trago, y me va quemando hasta la pajarilla!...

—¡Alcanzá, mulato!

—*Nâo, ya yega.*

—¡Un buchito, no más!

—*¡Nâo! O que fica da rapariga va deitar na mea panza!*

* * *

La puertecita del muro que cierra el patio de la estancia, se abrió, apareciendo en el dintel un bulto blanco, más ancho que alto. Era el patrón que gritaba con imperio:

—¿No se acuerdan que mañana hay parada e'rodeo? ¡A ver si concluyen la plática y se van'acostar!...

—...'Stá bien, patrón —respondió el capataz.— Vamos, muchachos: cada chancho a su chiquero.

—No hable tan juerte que puede oir el patrón eso de chancho...

—¡Siempre atrevido vos!

PUESTA DEL SOL

Sinforoso y Candelario, eran los dos peones más viejos de la Estancia. Debían ser zonzos los dos, porque ya empezaban a envejecer, en una vejez que atesoraba trabajos sin cuento, y seguían tan pobres como cuando, jóvenes ambos, entraron en el establecimiento para recoger la tropilla en las mañanas, encerrar en la tarde los terneros de las lecheras y hacer mandados a toda hora.

Eran viejos ya, Candelario y Sinforoso.

Como sus existencias habían bostezado juntas, pegada una a la otra, se conocían de la cruz a la cola y no tenían nada que decirse. Sin embargo, todas las tardes, concluido el trabajo de aradores a que finalmente les habían destinado, se iban al galpón, avivaban el fuego, calentaban agua, verdeaban y charlaban.

¿Qué podrán decirse aquellos dos hombres? Nada. Pero hablaban, hablaban, diciendo "nada", lo cual en ocasiones y para ciertas personas, resulta lo más difícil de decir. Ellos lo ejecutaban por hábito...

* * *

El galpón, largo de veinticinco metros, tenía al frente una arcada mirando al campo. Puerta no tenía. En el fondo se amontonaban los cueros de oveja y los cueros de vacuno, junto con herramientas de labranza. Allá por el medio, el fogón. Junto al fogón, mateando, Sinforoso y Candelario, charlaban.

—Ta dura la tierra.

—A singún... pal bajo no'stá mala.

—Si no apuramo, va venir tarde la siembra.

—Pal cañadón va precisar tres fierros por qu'está plagao de abrojos.

—¿Y en el alto?... ¡La chinchilla d'asco!... ¿No está medio frión?...

—No, tuavía está güeno... ¡Pucha! ¡los bichos coloraos m'están comiendo!...

—Frieguesé con caña.

—Se m'acabao. Pue que mañana baya a la pulpería, ansina le doy tempranito un galope al pangaré, pa bajarle la panza.

—Ta medio pesao.

—Dejuro, de ocioso... Tengo ganas de firmarlo en la penca'e Palacios...

—Se me hace güen dentre... ¿Es marca'el finao Evaristo, el pangaré?

—Seguro.

—¿Pero entonces es la marca vieja, la de pescao con raya abajo?

—¡Sí, pues! La marca'e ña Rosaura, que jué quien me regaló el potrillo.

—¿Vive entuavía ña Rosaura?

—No, murió hace como tres años... ¿Vamos arrimar los bancos un poco p'allá? S'está haciendo escuro.

—Vamo.

* * *

En el fondo del galpón empezaban a instalarse las sombras. Las pilas de cueros lanares de un lado y las pilas de cueros vacunos de otro, parecían mirarse, echándose recíprocamente en cara sus rigideces de cosas muertas que habían sido ropajes de cosas vivas.

En medio, junto a un muro sin revoque, blanqueado por las llamas, rojeaba débilmente el fogón, y al frente, a través del ojo vacío de la puerta, se divisaba el campo, infinito, en el finito poder de la visual humana. Las últimas luces parecían escapar con premura, cual si hubieran tocado llamada en un punto dado del horizonte...

* * *

—Sí, yo creo que Tiburcio anda medio enredao con Agapita.

—El caso es qu'ella cabestree. Ño Luis, el tuerto, no mira bien el enriedo.

—Esta mañana vide en el campo un novillo marca'e ño Luis.

—¿Un ternero medio corneta?

—El mesmo.

—Yo también lo vide antiyer... ¿Vamos arrimar los bancos más p'ayá?...

—Arrimemos...

—Pues... el novillo ese dentra puel portillo el bañao.

—Yo se lo dije al patrón, que allí estaba cáido... Pa mi qu'es Patricio que lo voltea pa dir a visitar a la china Nicolasa... ¿Vos no hayás qu'es fiera la china Nicolasa?

—Como asau de paleta... ¿Vamo arrimando pal portón? Ya no se ve ni la boca'el mate.

—Arrimemo.

—Ta medio lavativa.

—Dele güelta.

—Es al ñudo, esta yerba es flojaza.

* * *

Casi noche.



En lo más lejano del oriente, unos pedazos de sol chispeando entre nubes azules. Sobre la inmediata cuchilla, las lecheras, echadas, rumiaban. Silbando lastimeramente, las perdices hembras trotaban, apresuradas, en busca de la masiega, donde piaba la prole. A la puerta de las cuevas, las lechuzas abrían sus grandes ojos noctámbulos, golpeaban el pico y gritaban, quien sabe por qué, quien sabe a quien.

—¡Chus, chus!... ¡Chus, chus!

El overo del piquete, atado a soga, cerca de las casas, pacía filosóficamente, sin imaginarse que en ese momento, su frente blanquecina se había maquillado, ofreciendo una coloración verdirroja. De cuando en cuando, en su atolondramiento de bohemio, gritaba un tero. A lo lejos relinchaba un caballo, y allí cerca, oíase el ruido de las gallinas acomodándose en los barrotes del gallinero. Desde el brete baló un ternero. Por delante de la puerta del galpón pasó un perro con la cabeza gacha, la cola caída, perezoso, cansado de no haber hecho nada en todo el día. Desde la cocina, un olor a asado llegaba hasta el galpón. Y en tanto la luz se iba zambullendo en la laguna del poniente...

* * *

—El osco es mañero, pero es güeno; a juerza 'e picana y de pasencia se le puede echar al surco.

—¿Pasencia?... ¡Yo tengo más que el finao Panta!... ¿Se acuerda'e don Panta?

—¡No me vía' cordar!... ¡Güenazo el hombre!...

—Sírvase: 'stá frión.

—Gracia... ¿Vamos a dejar?...

—Dejemo. Y'astá muy escuro.

MISERIA!...

Tocaba a su término el invierno aquel que había tenido, para las gentes del campo, rigores de madrastra. Días oscuros y penosos, de lluvia sin tregua y de fríos intensos; noches intranquilas pasadas al abrigo del techo pajizo, castigado sin cesar por las rachas pampeanas que amenazaban arrancarle y esparcirle, hecho añicos, por las llanuras encharcadas donde las haciendas se inmovilizaban ateridas.

Allá en el sur, cerca del Río Negro y a varias leguas de Choele-Choel, la pulpería de Manuel González había sido el refugio de los aburridos y de los domados a lazo por la estación inclemente.

En el resguardo de la glorieta, se amontonaban los paisanos pobres, bebedores de caña y de ginebra, devotos del naipe y voluntarios narradores de aventuras moreirescas, que el galleguito dependiente escuchaba detrás de la reja con las manos en las quijadas y la boca abierta.

Adentro, en la gran pieza que servía de comedor y de sala, todas las noches había tertulia de truco, presidida por don Manuel. Nunca faltaban cuatro *piernas* para una partida, y la botella de caña y el mate amargo, circulaban sin descanso, desde las ocho de la mañana hasta las dos o las tres de la madrugada.

Casiano solía tomar parte en el juego; pero sólo en casos de indispensable necesidad, en las raras ocasiones en que faltaba una *pierna*. A él le gustaba mucho el truco, pero nadie lo quería por compañero; hallaban que era muy zonzo y que no sabía mentir: cuando

tenía cartas, se las estaban adivinando por el *lomo* y cuando se hallaba *ciego,* era más conocido que la fonda del pueblo. Si por casualidad *ligaba* treinta y tres, nadie le daba una *falta:* y si se aventuraba a *retrucar* con el *bastillo,* era a la fija que lo estaba esperando la *espadilla* para ensartarle en un *vale cuatro.* Siempre había sido así Casiano: desgraciado como potrillo nacido en viernes santo.

Por eso a menudo debía resignarse a pasar la noche cebando mate, y observando el juego de los demás. De lejos, porque ninguno consentía que se sentase al lado suyo; que sentarse Casiano al lado de un jugador y peıder éste la *liga,* todo era uno: no había peor *lechuza* en toda la extensión del territorio.

Siempre había sido así Casiano: demasiado manso, excesivamente bueno, extremadamente zonzo; y de ahí desgraciado en todos los viajes de la vida, y seguro de errar, lo mismo apuntando al *siete* que a la *sota,* lo mismo persiguiendo *mayor* que encaprichándose en *menor.* Para Casiano, ni el barro clavaba una suerte en la taba de la existencia; era una taba lisa que en ninguna de sus dos caras ofrecía el relieve de la S ganadora; como quiera que cayese, era siempre... pérdida.

El se había acostumbrado a aquella adversidad constante, como se acostumbra el mancarrón del pobre a los lomillos herejes, a los pastos ruines y a los galopes inconsiderados. Sin embargo, de tiempo en tiempo, su desventura solía amargarle demasiado, generando como un conato de rebelión, un súbito deseo de corcobiar, que se extinguía de inmediato, en un triste y resignado abatimiento de la cabeza... ¿Para qué?... Cada hombre nace con su destino, y pretender cambiarlo, es como intentar cambiarle de pelo a un ani-

mal. ¡El que ha nacido zonzo, será siempre zonzo, como será siempre *pangaré* el caballo que *pangaré* salió del vientre de la yegua!

Y en una de las últimas noches de aquel invierno, Casiano sufrió como nunca del eterno desdén de la fortuna. Se jugaba fuerte aquella noche en el comedor de la pulpería de don Manuel. Se jugaba fuerte y se bebía fuerte: antes de las doce, Casiano había ido cinco veces hasta el bocoy de la estiba, para llenar de caña la limeta. El también había bebido bastante y sentía en el cuerpo el cosquilleo de todos los apetitos insatisfechos en su larga existencia miserable.

Entre partida y partida, entre un *resto* ganado y una *contra flor* perdida, los jugadores hablaban. Hablaban de sus juventudes distantes, de sus aventuras lejanas, de sus tragedias remotas, de sus amores olvidados, de cuanto significaba algún triunfo, alguna esperanza realizada, algún deseo satisfecho, algún orgullo triunfante. Y a través de la escarcha superpuesta de muchos inviernos, en el alma de todos ellos perduraba la flor de vanidad de un éxito. Hablaban de mujeres y hablaban de amores, con la jactanciosa petulancia de los viejos, que han perdido la facultad de retozar sobre las lomas verdes que la primavera afelpa y taracea con florecitas multicromadas.

Casiano oía y sufría. Dentro de su alma, en el gran odre vacío, resecado en medio siglo transcurrido a la espera de sensaciones amorosas, resonaban, como sobre el estirado parche de una tambora, aquellas frases que invocaban besos y caricias, espasmos y deliquios.

¡Ser amado una vez!... ¡Ser dueño un instante de un corazón de mujer, aun cuando ese instante fuese rápido como el brillar de un bichito de luz, como la emoción de una carrera de trescientas varas!... ¡Po-

seer el recuerdo de una hora feliz que sirva para explicar la existencia; montar alguna vez un caballo de su marca y carnear, siquiera un día, una oveja de su señal; poder tarjar un triunfo en la lonja de la vida; hacer indeleble una fecha, guardar memoria de una tarde en que, al apagarse el sol y al asomar la noche, las sombras le encontraran desangrando feliz por sus múltiples heridas de vencedor!... ¡Pero nada! Para Casiano, la existencia había sido una pampa interminable, lisa, uniforme, desesperante en su monotonía colosal. Y por sobre esa planicie desolada, él había trotado triste y aburrido, durante cincuenta años. Y en su miserable docilidad de bestia buena, confiaba aun y esperaba todavía!... Aquella noche, espoloneado su espíritu perezoso por las frecuentes libaciones tuvo como la vislumbre del éxito.

—¡Si no es áura, no es nunca! —se dijo.— Y le dio otro beso a la botella. Luego, tomando la caldera, exclamó en voz alta.

—L'agua está friona: le viá dar un calorcito.

Salió. Con paso mal seguro atravesó el patio, llegó hasta la cocina, donde Clota, la peona, una mulata sucia y fea y vejancona, preparaba la cena con que los trasnochadores acostumbraban dar remate a la jugada Casiano, con singular osadía, se acercó hasta rozar con su brazo el brazo de la fregatriz. Y con entonación melosa, dijo poniendo los ojos en blanco:

—¿Me da un lugarcito pa la pava?

Ella respondió con voz agria y soñolienta:

—¡Dale a jeringar con la pava!...

El infeliz recordó que había oído a los patrones mentar la audacia como de máxima eficacia en las lides amorosas; y su intento fue *irse al bulto* y estrechar a la mulata entre sus brazos con caricia brutal.

Pero la eterna timidez de su vida le agarrotó la voluntad. Un triunfo así no era triunfo; no era triunfo que anhelaba su alma, ávida de cariños más que de satisfacciones groseras. Por eso, como siempre, en todos los instantes de su vida, en vez de obrar, habló, y, claro, como siempre. perdió la partida.

—No se enoje. Clota, que yo la quiero en deberas y las buenas mozas...

La sirvienta, medio dormida, cansada con el penoso trajín de todo el día y la mitad de la noche, le arrebató la caldera, lo hizo tastabillar de un empellón y heló sus entusiasmos exclamando furiosa:

—¡Bueno, bueno! — ¡Traiga la pava y no sea zonzo, que no está la noche pa baile, ni yo plancho pa que usté arrugue...

De la insolente respuesta, Casiano guardó una sola palabra: *¡Zonzo!...* El debía ser eternamente un zonzo y allí estaba el secreto de su empecinada mala suerte. ¡Ni aquella arrastrada le llevaba el apunte! Hasta en ese cañadón barrioso le era imposible el baño que calmase las ardencias de su alma sensitiva y despreciada! ¡Miseria!...

Bajó la cabeza, y cuando la caldera *empezó a chillar*, la cogió en silencio, y salió y atravesó el patio dando traspiés y murmurando con profunda amargura:

—¡Miseria!... ¡Miseria!...

FIN DE ENOJO

Con la cabeza sin más protección contra el rajante sol de enero que la espesa melena azabache, sentada sobre la tranca del cerco, Casilda investigaba curiosamente el horizonte.

Estaba furiosa Casilda. El sábado había visto a la vieja Sinforosa, quien le contó que Lindoro, en el baile de las Peña, había andado toda la noche arrastrándole el ala a la rubia pecosa. Y como aquella le dijese, —por comadrear, no más,— que no podía atenderlo por constarle el compromiso existente con Casilda, él, el muy trompeta de Lindoro, había respondido:

—"¡No m'enriede el fleco 'el poncho!... ¡Nu' haga caso 'e la chinusa!"...

Y Casilda, rabiosa, arrancaba mechones de lana al cojinillo que le servía de asiento y miraba insistentemente al camino, cual si quisiera atraer con la vista al ingrato desdeñoso.

—¡La chinusa!... ¡la chinusa! —exclama con encono.— ¡Muy delicao el mozo, dende que anda perdiendo las plumas por la rubia Peña, ese pichón de benteveo, más flaca que mestre'escuela y más fiera que remedio!... No li hace, no li hace; en cuanto llegue yo le viá arreglar la libreta y le viá cantar tuito el compuesto sin necesidá 'e guitarra... ¡Óidos le van a hacer falta al indino y le viá probar que a veces se llueve más l'azotea qu'el rancho 'e paja, y que hay criollos que la corren con el mestizo 'e más menta!... Ya tengo bien pensao cuanto le viá decir a ese trom-

peta mal agradecido... ¡Y lo viá repetir aura pa que no me se olvide!

Colérica, la china levantó la cabeza, sacudió la crin, escupió, se compuso el pecho y empezó a recitar con voz chillona:

—"¡Pué seguir no más de largo qu'el camino está güeno y tengo poco máiz y lo preciso pa las gallinas y ya he renunciao a criar chanchos y hace tiempo que no llueve y no quiero gastar el agua 'el pozo en lavar bajeras que se ensusean en el lomo 'e mancarrones mataos"... Y... y... y... ¿cómo era dispués?... ¡Ah! ya mi acuerdo: — "...y yo no soy sobra 'e naides y más menos de esa estopor que tiene el pelo mesmo como escoba 'e lavar servicios!... ¡Qué churrasco lindo pa ensartar el mozo!... La cigüeña tiene más pulpa en los caracuces qu'ella en tuito el cuerpo y que si la van a comer es como tararira chica criada en el barro, gedionda y llena de espinas!... Y arreglao al carro son las estacas y no tiene la culpa el chancho sino quien le da de comer y..."

La china volvió a escupir espeso y a mirar el camino.

—¡Allí viene! ¡allí viene! —exclamó; y mientras una ola de sangre arrebolaba su linda faz de morocha y le relampagueaban los ojos y se agitaba el seno opulento y firme, esforzábase en dar a su fisonomía la máxima expresión de desdén y de fiereza.

Llegó el mocito, un criollo de bella estampa; boleó la pierna con gracia, alzó la rienda al overo y se acercó a Casilda, haciendo sonar las rodajas de las espuelas de plata.

—¿Como le va diendo, mi vieja? —preguntó con mimo; y ella comenzó airada:

—"Pué seguir no más de largo qu'el camino está güeno y tengo poco máiz y lo preciso pa...

El no la dejó proseguir. Se acercó, la abrazó, y buscándole los labios con sus labios, preguntóle:

—¿Qu'está cantando mi nena?... ¡Traiga pacá esa trompita que la viá comer a besos!...

—¡No quiero!... ¡andá besar la rubia! —replicó Casilda defendiéndose.

—¡Bobeta!... ¿Qué te pasa?... ¿has pescao la madre 'el agua?...

—¡Salí! ¡salí!... ¡andá buscar la rubia mangangasa!...

El gauchito con voz de almíbar, siguió diciéndola:

—¡No diga cosas fieras mi prenda!... ¿Qué le importa que a otras les dé las achuras, si tuita la res es suya?... ¿Qué l'importa qui ande como pájaro, volando de rama en rama, si hasta en la noche escura sé rumbear al nido y te sé trair en el pico un granito 'e pitanga y una florcita del monte?... Desensille el picazo pa refrescarle el lomo y vamo a ver si en la cocina hay agua pal amargo, que traigo seco el tragadero de tanto galopiar pa estar pronto al lao de mi Casilda!...

—¡Me llamaste chinusa! —respondió la joven casi rendida; y replicóle el mozo:

—¿Y di'ái?... Por chinusa te quiero, criolla pura, flor de los pastos en las cuchillas lindas de mi tierra!...

Y tornó a besarla; luego dijo:

—¿En tuavía está enojada mi rainita?...

Ella hizo un mohín.

—Aura no, —respondió muy quedo, y rompió a llorar.

—¡Pucha digo! —exclamó; — si soy lo mesmo

que perro: me pongo brava y ladro y cuando me llama el amo...

—¿Vamos pal rancho?...

Ella lo miró con los ojos llenos de lágrimas, le dio un sonoro beso en la boca y respondió sumisa y contenta:

—Vamos.

LA CARTA DE LA SUICIDA

Corridos todos los trámites, enterrada la difunta, el juez de paz entregó a Torcuato la carta que ella había dejado escrita para él, su prometido.

Torcuato recibió el pliego, le dio vuelta entre sus dedos callosos, lo miró, tornó a darle vueltas y concluyó por doblarlo al medio y guardarlo cuidadosamente en el bolsillo interior de la chaqueta.

A pesar de que estaba oscureciendo, de que no había almorzado y de que sus ranchos quedaban lejos y a trasmano, montó a caballo y se dirigió al trote rumbo a la pulpería de don Manuel.

Allí, a solas con el dueño de la casa, sacó la carta, se la presentó y dijo con súplica solemne:

—Vengo pa que me lea esto.

Don Manuel, —un gallego petizo, grueso, hinchado con los cuatro o cinco miles de pesos que congestionaban sus arterias de labriego, se caló las antiparras, rasgó el sobrescrito y tras un momento de afanoso estudio, confesó con rabia:

—¡No entiendo estus jarabatus!

Torcuato, resignado, guardó la carta, montó a caballo y trotó hasta su rancho, distante, muy distante. La noche era oscura pero Torcuato y su overo sabían rumbiar con los ojos cerrados. La noche era fría; pero Torcuato y su overo tenían la piel curtida, resistente a todos los rigores del clima; helada, sol, lluvia, granizo... ¿que les iban a contar de nuevo?

El paisano llegó a su rancho, que con ser chico le pareció inmenso esa noche. Tiró el poncho sobre el

catre, se acostó sin desvestirse. Como no había cerrado la puerta se quedó mirando hacia afuera, hacia lo negro sin término, abiertos los ojos que el sueño no quería cerrar.

Cuando la aurora echó un resoplido purpúreo en el interior del rancho, el paisano se enderezó en la cama. Al recoger el poncho lo encontró destrozado, como si hubiese estado escarbando una alimaña uñosa. ¿Fueron las rodajas de sus espuelas en convulsión nerviosa, o fue algún bicho malo que penetrara en la noche, al amparo de las sombras y aprovechando la puerta abierta de par en par?...

No lo sabía, no intentaba saberlo, incapaz de raciocinios en la semi-inconciencia en que le había sumergido el trágico acontecimiento de la víspera, y en la ansiedad que le atenaceaba, por saber lo que decían las palabras sin voz de la muerta, guardadas allí, bajo un sobre, junto a su corazón, en un pliego arrugado.

Salió, se sentó en las raíces del ombú, tomó la carta y la estuvo contemplando largamente, estudiando con minuciosidad extrema cada uno de aquellos signos, para él misteriosos, indescifrables, incomprensibles.

El sol iba subiendo, iluminando, calentando. El casal de barcinos rabones y reyunos, daba vueltas, en silencio, olfateando, mirando al amo con miradas que parecían decir:

—"¿Hoy tampoco carneamos, patrón?"

Y el overo, atado a soga, extrañando que no se le largase aún, giraba alrededor de la estaca, se detenía, miraba fijamente al dueño, con las orejas inclinadas, con la cabeza baja, como presintiendo una desgracia.

En el intervalo, Torcuato leía, sí, leía; las cifras misteriosas se aclaraban, formando palabras, formando oraciones. Por intervención de una fuerza misterio-

sa él, que no conocía la *O* por redonda descifraba la carta de la novia muerta. Al principio dudó, creyéndose presa del delirio; pero, allí estaba el rancho, el ombú, los perros a su lado, el overo en la soga, el campo, las lecheras en el bajo, las ovejas en la loma...; hallábase bien despierto.

Leía. Y leía lo siguiente:

"Queridito mío: Esta que te escribo es pa desiarte salú, que la mía era güena, a Dios gracias... hasta áura que...

Aquí había algo confuso, muy confuso, un borrón tal vez. Y seguía:

"Y yo te quiero mucho y a vos solo y como no me dejan casar con vos yo me..."

En este sitio negreaba otro borrón; era claro: "yo me mato... Y adiosito, mi queridito de mi alma y perdoname que te haga sufrir y rezá por el ánima de tu pobrecita. — *Petrona.*"

Eso es; así era la carta. Torcuato no sabía leer, pero adivinaba. Su cariño hacía un milagro.

Ladraron los perros. El paisano levantó la cabeza. Su vecino don Jerónimo llegó hasta él.

—Buenos días, amigo.

—Buenos; bajesé.

—Supe que andaba baliao en un ala y vine para ofertarme... sirvo... en lo que mande.

—¿Sabe leer, don Jerónimo?

—Sí, sé leer.

—Tome, lea.

Y alargando la carta, agregó no sin cierta expresión de orgullo:

—¡Vea lo que me dice la chiquilina!

El vecino leyó, meneó la cabeza y dijo:

—Qué le vamos a hacer, amigo, las mujeres son así.

—¿Cómo así? —replicó violentamente el mozo.

—Así, pues, sucias como un peso papel y falsas como botas de pulpería.

El rostro de Torcuato quedó, al oir estas palabras, tan blanco y tan rígido, como un campo cubierto por la escarcha. Su mano, que temblaba, se posó sobre el brazo del amigo y con una voz que vanamente intentaba aparentar serena, interrogó:

—¿Usted lió?

—¡Natural!

—¿Me quiere hacer el servicio 'e lerla juerte?...

—¡Si se empeña!...

—"Queridito mío...

—¡Ansina!... ¡ansina es!...

—"Queridito mío: Esta que te escribo es pa desiarte salú, que la mía era güena, a Dios gracias hasta áura que..."

—¡Clavao!... Lo mismo que yo lí... ¡Siga, compañero!...

—..."me tengo que matar..."

—¿Nu hay un borrón ahí?

—Sí, grande.

—¡Es eso, el borrón!... ¡pobrecita!...

—"...me tengo que matar porque..."

—Vea, eso es lo que más interesa, lea despacito, no se apriesure...

—"...porque... sabés, mi queridito... yo tuve una disgracia con Sinforoso, el sargento, y no se quiere casar conmigo y dice que si yo me caso con vos te va a contar todo, mi queridito querido..."

Torcuato pegó un brinco, asió violentamente de un brazo a su amigo y le dijo:

—¡Eso es mentira, eso no puede ser... ansina!... Güelva a leer, por favor!...

Don Jerónimo tornó a leer el párrafo, y el paisanito tornó a increparle:

—¿Pero dice bien ansina?... Mire... la letra es fiera, puede que se equivoque!...

—¡No, m'hijo, es así!... ¡Pasensia!

—...Siga.

—"Como yo sé que el sargento Sinforoso es un desalmao, y yo sé que vos, mi queridito querido, sos muy bueno, te recomiendo antes de morirme, que me voy a matar, que cuidés de la criaturita que la tiene ña Pancha la del Rincón del Espinillo. Y te manda un beso tu fiel — *Petrona*."

Frío, súbitamente serenado, Torcuato dijo:

—¿Concluyó?

—Sí, amigo.

—Y... ¿está bien seguro de qu'ella dice eso, que yo... me haga cargo... 'el guacho?

—Sí, sí, lo dice.

—Güeno, amigo, gracias.

—¿No precisa nada?

—Nada.

—Adiosito entonces, y ser juerte.

—¡Vaya, amigo, vaya!... ¡Yo no he nacido a la orilla'el agua onde se crían mimbres y sarandises; yo he nacido tierra adentro, en la pampa, donde viven los ñandubaises duros y con espinas... ¡Adiós, paisano!...

Se estrecharon la mano, don Jerónimo montó y partió. El overo seguía dando vueltas alrededor de la estaca, impaciente. Los perros remolinaban gruñendo con gruñidos que querían decir: "¿No carneamos hoy tampoco?"

Torcuato, tras un momento de meditación, se dirigió hacia el sitio en que estaba atado su caballo. Quiso des-

atar el maneador y no pudo; intentó arrancar la estaca y no lo consiguió: sacó el cuchillo, cortó la guasca, quedó libre el overo. Siempre seguido por los perros, llegó hasta la cocina. De un garfio colgaba un pernil de oveja, negro, seco. Lo descolgó y lo arrojó a los barcinos. Más de cinco minutos permaneció inmóvil, la vista en el suelo, el cuchillo en la mano. Luego dijo en voz alta:

—Hembra... pasto 'e bañao que no alimenta, sol de otoño que no da calor... hembra!... El guacho queda a mi cargo... ¡Güeno!

Y silbando una vidalita muy triste, se puso a afilar el cuchillo en la piedra que estaba junto al fogón. Probó después el filo en el dedo, lo encontró a gusto, y dijo simplemente:

—Güeno.

POR HARAGANERIA

Era Lino el peón más estimado en la estancia del Juncal: ni fatigas ni peligros le detuvieron en ninguna circunstancia. Fuerte, guapo, noble, temerario, la lealtad le humedecía el alma al primer encuentro, como el sudor humea el lomo del caballo gordo al primer esfuerzo. Lo mismo que el ceibo, era puro corazón: corazón y flores lindas. Las gentes que desprecian las flores y las maderas inútiles, le despreciaban.

Atanasia lo quería. Es decir, Atanasia gustaba de él, de su bondad de perro, de su alegría de chingolo, de su paciencia de hornero. Le disgustaba, en cambio, su despreocupación de cigarra y su generosidad de oveja.

Estaba convenido que habrían de casarse; pero Atanasia no tenía prisa: sus dieciocho años podían esperar aún. En la espera comenzó a reflexionar. Hizo el balance de los placeres y los sinsabores que le proporcionaría el matrimonio con Lino.

El la quería: aceptado.

El era bueno: conforme.

El era trabajador: de acuerdo.

Una vez casados, no faltaría el techo y el sustento: indudable.

Empero... Atanasia era una chinita gorda, mortalmente haragana, para quien el máximum de la felicidad hubiera consistido en pasarse tres cuartos del día en la cama y el otro cuarto tendida en un sillón, tomando el mate dulce con azúcar quemada que le "acarriase" una "gurisa". En cambio, era ella quien

tenía que trabajar para otros y si se casaba con Lino, tendría que trabajar también... lavar, planchar, cuidar la casa... Atanasia era fabulosamente haragana.

Lo era a extremo tal que en su baúl se apolillaban cuatro o cinco cortes de vestido regalados por Lino y que ella dejaba dormir allí por no tomarse el trabajo de cortar una bata o coser una pollera.

Por haraganería era desaseada: el hermoso aspecto salvaje que le daba su triunfal cabellera mal sujeta entre cuatro horquillas, surgía de su pereza para imponerse con el peine a la rebeldía de las greñas. La cadencia lasciva de su andar debíase únicamente a su falta de energía física para imprimir a su marcha un ritmo honesto. Si ante ciertos espectáculos camperos su rostro era incapaz de ocultar la satisfacción proporcionada, en un púdico ruborizamiento de virgen práctica, debíase, no a perversión suya, sino al horror al esfuerzo.

* * *

Ocurrió en esto la muerte de la patrona. El patrón quedó inconsolable. Llevó bombacha, saco, pañuelo y hasta cuello y puños de merino negro.

Tan inconsolable quedó, que a los dos meses buscó un derivativo a su pena festejando a Atanasia, la peona.

La china no mostró sorpresa, convencida, sin embargo, de que jamás el patrón se decidiría a colocarla en el sitio dejado vacante por la difunta. Dentro de lo perceptible por su moral rudimentaria, la consagración oficial del matrimonio carecía de importancia. Entre "casarse" o "amigarse", la única diferencia visible para ella consistía en que la segunda clase de unión

no se solemnizaba con baile, asado con cuero, guisado de gallina y pasteles.

Habría, pues, aceptado sin escrúpulos los galanteos del patrón, si no hubieran estado de por medio Lino y su compromiso, es decir, el trabajo de romper aquel compromiso.

En vano el estanciero le decía:

—¡Ladiatelé no más, y y'astá!...

Ella objetaba:

—Sí: ¿y pa ladiarmelé?...

¡Claro! Para "ladiarselé", se requería un esfuerzo, un gran esfuerzo. No quiso; no pudo.

* * *

Docilmente, sin entusiasmos y sin resistencias continuó sus amores con Lino y concluyó por casarse con él, cuando él lo dispuso.

Todo iba bien. Los quehaceres eran menores; su marido tuvo la atención de conseguirle una mucamita, que ordeñaba la lechera, acomodaba la casa, cebaba el mate y cocinaba. Como la ropa era nueva, la aguja tenía poca ocupación.

Todo iba bien. Lo quería a su Lino; no disputaba nunca, y ni por mientes se le ocurrió traicionarlo.

Pasaron varios meses, pasó un año, nada cambiaba; lo único nuevo y molesto, fue la recrudescencia de los galanteos del patrón. Aquello fastidiaba a Atanasia. Resistía. Y semejante resistencia implicaba una horrible labor de todos los días. Al fin, una tarde, harta, cedió

Continuó amando a su marido con el mismo cariño reposado, sin exaltaciones, sin entusiasmos, pero continuó cediendo, sin un adarme de perversión, sin pizca de interés.

Por haraganería.

¡SE ME JUE LA MANO!

Valentina había sido la muchacha más linda del pago. Blanca y rubia, alta y airosa. —aunque delgaducha, eso sí, — pero admirablemente conformada.

¿Qué causas habían motivado la completa destrucción de su hermosura en el transcurso de diez años y cuando sólo contaba treinta y dos de edad?

Unos decían:

—De perversa.

—La yel, desparramandoselé pu'el cuerpo, la jué secando de a piacitos, —explicaba una curandera; en tanto un mozo simple y crédulo, se expresaba así:

—A mí me contaron que una vez, tomando agua en el arroyo, se tragó una nidada 'e víbora y los viborones han quedao adentro, creciendo, mordiendo y golviéndola asina, mala, fea y asquerienta como perro sarnoso. Yo no sé... a mi me lo contaron de esa laya...

Alta, flaca, lisa, Valentina tenía efectivamente una fealdad repulsiva. El rostro menudo, pecoso, estaba surcado en todo sentido por una inmensidad de pequeñas arrugas; los ojos, que debieron ser bellos, tenían una permanente expresión de fiereza; los labios, finos y secos, agitábanse en un temblor continuo: nadie podía imaginar la sonrisa ni el beso en aquellos labios convertidos en cuerdas, duras y ásperas, por el hábito de gritar, de reñir, de proferir palabras groseras y frases agrias. Aquella mujer era una espina humana.

Como hacendosa no tenía rival: cuando el gallo lan-

zaba el primer canto, lanzaba ella el primer grito y desde entonces hasta la noche, hasta que el sueño y la fatiga no la rindiesen, sus manos y su lengua no paraban un momento.

Los improperios, los insultos, los resongos salían de su boca como acompañamiento indispensable a la labor de sus brazos; parecía una máquina infatigable y barullenta.

Sobre su marido, Mateo, y sobre su sobrinita, Amelia, caía sin intermitencias el chubasco; sobre Amelia caían también, a menudo, pelliscos y mojicones. Los peones y las "peonas", cuando tenían cargada la paciencia "hasta la punta 'e las estacas", liaban sus petates y se mandaban mudar. Amelia, que no podía irse, lo pasaba llorando casi todo el día. Mateo, quien tampoco podía irse, se reía.

Era Mateo un cuarentón sano, robusto y alegre. A las frases compasivas de los amigos replicaba:

—Vea, don... Cuando en las montiadas, al llegar la noche, se tira uno a dormir y lo encomienzan a comer los mosquitos ¿qué hace?... Echarse el poncho por la cabeza y aguantar un poco el resuello hasta agarrar el sueño. Dispués, aunque se destape y la sabandija se le prienda, ya no se siente... Creamé, con un güen poncho 'e resinación sé puede hacer noche en cualquier estero 'e la vida. El primer aguacero es el que moja y luego de estar hecho sopa ¿pa qué hacerle asco al segundo?

Otras veces decía:

—¿Qué cómo puedo soportar?... Pero amigo, usté no soporta lo mesmo los grillos y las chicharras, y los sapos cuando hay tormenta y los perros cuando les da p'aullar? Creamé, pa pasarlo rigularcito en la vida nu

hay que ser delicao y acordarse de que habiendo hambre, hasta las tripas amargas son achuras.

Conviene advertir que, de cuando en cuando, de tarde en tarde, si es que estaba muy fastidiado, Mateo solía hacer sonar de un "mangazo" la cabeza dura de su mujer, pero esto, digo, rara vez, porque ella gritaba de tal modo entonces, que se hacía verdaderamente insoportable: había que matarla, o irse. Claro, él ensillaba y se iba, dejando aterrorizada a Amelia, al gato y al cuzco overo, que sabían lo que les esperaba.

La pobre chica, sobre todo era quien tenía que aguantar lo peor del chaparrón. ¡Así estaba casi sin pelo y el cuerpo cubierto de cardenales!...

A pesar de todo, seguía viviendo en aquel infierno donde, excusado parece decirlo, no visitaba nadie, salvo algún forastero, que, de fijo no demoraba veinticuatro horas en alzar el vuelo, a pesar de que, buena en el fondo, Valentina ofrecíale excelente y abundante comida, blando y limpio lecho. A este respecto decía un paisanito ladino:



—Tamién los camoatises tienen linda miel; pero cualquiera mete la jeta en un camoatí!...

En cuanto a Mateo era otra cosa; él quería a su mujer: sabía que su enojo perpetuo, su infatigable malhumor era una especie de enfermedad, o de vicio, y disculpaba; además según su propia expresión: "ya tenía curtido el cuero'el alma".

Empero, sucedió que una mañana el gaucho se levantó muy alunado. No había dormido, sacudido por una soberbia indigestión de sandías; seis se había comido la víspera, de una sentada.

Valentina, diligente, se había levantado, había hecho fuego, le había servido un té de manzanilla, le había puesto parches de sebo en la barriga, pero todo

esto, acompañado, naturalmente de furibundos reproches.

—¿No te lo había dicho yo, qu'ibas a reventar atracandote como chancho?... Pero dejuro, no hicistes caso y seguistes tragando no más!... Dispués que se jorobe la burra 'e la casa pa hacerle remedios al rai!... Tras qui una tiene que'echar los bofes lidiando dende que amanece Dios, entuavía nu ha poder descansar de noche!... ¡Vida más puerca!...

A la hora del almuerzo, Mateo llegó del campo más descompuesto que nunca. No quiso comer.

—¡Güeno! bramó su esposa, —¡aura no comás, asina te ponés más pior y me volvés a jorobar esta noche!... ¡Ah, no! no t'imaginés qu'esta noche tamién me lo viá pasar a lo gallo.

—¡Pero mujer!... ¿Cómo querés que coma, si parece que mi anda corcobiando un bagual entre las tripas?...

—¡Si ayer no hubieses comido media güerta 'e sándias!...

Hastiado, Mateo se levantó y se fue al campo: pero a la tarde, durante la cena, la provocación recomenzó más agria.

—¿Tampoco vas a comer el guisao de locro?

—No me dentra nada.

—¡Asina te dentrase un pasmo! ¡Vale la pena que una se mate cocinando pa que después haiga que echarle la comida a los chanchos!...

Mateo continuaba paseándose, impaciente, nervioso, castigándose la caña de la bota con el rebenque. Valentina, sin dar tregua a los insultos se levantó, dio un puntapié al cuzco y un pellizco a Amelia, después de lo cual se acercó a su marido para gritarle en la cara:

—¿Querés que te haga otra manzanilla?...

—¡Dejame el alma en paz!

—¡Pues la vas a tomar!... ¿entendés?

—¡No!

—¡Lo has de tomar a la juerza!

—¡No me mortifiqués más, mujer!

—¡Asina!... ¡Asina!... ¡Hacete aura el vítima, el disgraciao, cuando yo soy la que tengo que soportarlo todo dispués de deslomarme trabajando como una reyuna!

—¿Te querés callar? —exclamó el gaucho levantando el rebenque.

—¡No quiero! —gritó ella acercándosele.

Mateo, furioso, dejó caer el mango del rebenque sobre la cabeza de Valentina, quien se desplomó y quedó rígida. El golpe, recibido en la sien, la había muerto instantáneamente.

Su marido, aterrado, exclamó con profunda pena:

—¡Se me jué la mano!

Luego, tomando en sus brazos el cuerpo inanimado de Valentina y llorando como una criatura:

—¡Mi viejita!... ¡mi pobre viejita! —gemía.— ¡He sido un animal, un verdadero animal!... ¡Mi pobre vieja!... ¡No creiba pegar tan juerte, es que se me jué la mano!...

MAMA, AQUI'STA LA ROPA

Era un sábado.

Poco después de mediodía, bajo un blanco cielo de invierno, Belarmina envolvía su linda cabeza en floreado pañuelo de algodón, y, disponiéndose a trasponer el guardapatio, despidióse alegremente:

—Hasta lueguito, mama.

—No dilatés la güelta —aconsejó la madre; — la noche cae de golpe en este tiempo y no es güeno que te agarre pu'el campo.

Rió la chica.

—¡Cuidao, no me vayan a comer los lobinzones! —dijo; — y agregó en serio: —No hago más que enjugar la ropa que dejé asoliándose esta mañana y en seguidita me güelvo.

Y alegre y gallarda, echó a andar por la loma reverdecida, en dirección al arroyuelo que corría a pocas cuadras de allí.

El bosquecillo que custodiaba el arroyo engordado con las frecuentes lluvias invernales, tenía un aspecto huraño. Los árboles, representados por talas y sauces, raleaban; pero, en cambio, la chirca, la espadaña y las múltiples zarzas crecidas con lujuria en la constante humedad del suelo, formaban compacta muralla de verdura, rasgada a trechos, a manera de agrietamientos, por angostas y culebreantes sendas, que abrieron los vacunos en el cotidiano bajar a la aguada.

Por uno de esos túneles penetró Belarmina, yendo a salir a pequeñísima playa. Al borde del arroyo, en cuclillas, arremangada hasta el codo, entregóse afa-

nosamente a la tarea, trinando al mismo tiempo, en contrapunto con las calandrias y los zorzales que revoloteaban sobre su cabeza.

Pero el canto y el trabajo eran interrumpidos a menudo, por fútiles pretextos o por súbitas ausencias. Las mojarritas que, atraídas por el batir del agua, llegaban hasta sus manos en agitado cardumen; un bagre que coleteaba ruidosamente en mitad de la laguna; el mugido de un vacuno, el grito de una urraca, constituían otros tantos motivos para suspender la ocupación. Algo preocupaba a la linda cabecita criolla, haciéndole olvidar su promesa de pronto regreso, hasta el punto de que al concluir la tarea, comenzaba a oscurecer en el monte. Apresuróse a juntar las ropas, y en eso estaba cuando un crujido de ramas la hizo enderezarse y volver rápidamente la cabeza. Reconociendo a Luciano, se puso de pie y con la vista baja y las mejillas encendidas, díjole:

—Te había pedido que no vinieses.

—Verdá — contestó el mozo; — pero otro que manda más que vos, me ordenó que viniera.

Alzó ella la cabeza mirándolo con ojos interrogadores, y él continuó:

—¿No malisiás quién?... Mi cariño, que de ande quiera qu'esté m'espanta pa tu lao... que no me deja encontrar nada lindo donde no estás vos, ni encontrar nada güeno estando vos ausente.

—Siempre decís lo mesmo.

—Dejuro, dende que siempre pienso lo mesmo... Y ya, no aguanto más, mi prenda. Vengo a buscarte. El ranchito está pronto y mi overo tiene el anca chata y blandita como p'asiento'una reina...

Belarmina siguió juntando las piezas de ropas esparcidas sobre las ramas, escuchando en silencio las

insinuaciones del mozo; que hablaba con frase lenta y permanecía inmóvil, los brazos pegados al cuerpo.

—Mama no quiere —murmuró al fin la chinita; y él replicó:

—Tampoco quería la mama de tu mama que tu tata se la sacase pa quererla y ser felices.

—Sí... pero...

—No le gusta a ninguna madre que le lleven la cría, pero asina tiene que ser por juerza... Cuando los pichones son grandes, enllenan el nido y al emplumar las alas, vuelan buscando el árbol donde anidar con su amigo...

—Sí... pero...

Ella había juntado la ropa; hizo un paquete y lo echó al hombro. El se acercó, le enlazó el talle con el brazo, y, en silencio, comenzaron a andar por la senda estrecha, hasta llegar a la orilla del monte. Bajo un tala el overo tascaba impaciente el freno.

—¿Me querés? —preguntó Luciano oprimiéndola entre sus brazos.

—Mucho.

—¡Dame un beso!

—Tomá.

—¡Otro! ¡Otro!

—¡Pedigüeño!...

El gauchito tendió su poncho sobre el anca del overo; alzó a Belarmina, le alcanzó el atado de ropa, montó... y al trotecito se perdieron en la sombra, rumbo al nido.

....

Era un sábado. Había transcurrido una semana,

cuando Belarmina regresó al rancho; y poniendo el atado de ropas sobre la mesa, dijo tranquilamente:

—Mamá, aqui'stá la ropa.

La vieja la miró lagrimeando; la abrazó, la besó y exclamó con cariño:

—¡Sentate, pues!...

HORMIGUITA

Era una pobre muchacha, muy delgada, muy pálida, con lacios cabellos negros, con grandes ojos tristes, con finos labios amargos. Era una pobre muchacha, débil como un tallo de flechilla, insignificante como uno de esos pajaritos sin colores, sin voz, casi sin vuelo, que nacen, viven y mueren en la húmeda oscuridad de los pajonales.

Llamábase Tomasa y la llamaban "Hormiguita". Se había criado en la estancia como un cachorro flaco, que caído sin que nadie supiera de dónde, nadie se preocupa de averiguarlo; era como esos yuyos que nacen en lo alto del muro del patio: como no lucen, ni sirven, ni estorban, pasan inadvertidos.

Tan pequeña, tan silenciosa, hablando rara vez y con voz incolora y débil, deslizándose más que marchando, en rápidos saltitos de chingolo, nadie se daba cuenta de la enorme labor ejecutada al cabo del día por la humilde "Hormiguita". Ella ordeñaba, levantándose con la aurora; ella hacía diariamente un queso: ella amasaba todos los sábados; ella dirigía las comidas; ella cebaba todas las tardes, el amargo para el patrón, y el dulce con azúcar quemada, para la patrona y las niñas.

Y concluido el trajín diurno, recogida en su pieza, no se acostaba antes de un par de horas de trabajo de aguja, recomponiendo sus ropas, confeccionándose alguna prenda humilde.

Cuando había baile en la estancia, o cuando las niñas iban a algún baile en estancias vecinas, "Hormi-

guita" pasaba lo más del tiempo "ayudando", ofreciéndose para cebar el mate, hacer el chocolate o servir los refrescos.

Nadie le hacía caso; los mozos todos parecían guardar para ella algo más hiriente que el desprecio: la indiferencia. Con su carita triste, con su aire de inocencia irreductible, con su cuerpecito insignificante — más insignificante aún dentro de la bata lisa, de la pollera lisa, de colores oscuros y sin ningún adorno — con su vocecita de chicuela humilde, con su andar rápido y silencioso, pasaba por todas partes sin que ninguno la viera: era una cosa.

A veces, en los bailes, algún estanciero maduro, condolido, la sacaba para una danza dormilona o una mazurca aburrida. Ella seguía, sin demostrar placer ni agradecimiento, sin ruborizarse con las zafadurías inofensivas, con las alusiones picantes de su viejo caballero: no comprendía nada, no le impresionaba nada, ni nada abría brecha en su suprema inocencia, en la frialdad de su cuerpo insexuado.

Hasta los viejos concluyeron por considerarla una cosa, tornándose en proverbio la frase de uno de ellos:

—"Bailar con "Hormiguita", es lo mesmo que bailar con una silla: es desabrida como sándia pasmada!..."

Tomasa tuvo conocimiento del dicho y no protestó, no se ofendió: continuó siendo el mismo ser indiferente, trabajador y resignado, para quien la vida es buena, merced a la máxima sabiduría de la conformidad.

En sus ojos, pregoneros de adorable inocencia, de humildad extrema, jamás un relámpago de odio, de encono, de despecho, de rebeldía, llegaba a interrumpir el sosegado crepúsculo de una dulce y apacible

tristeza; sus labios demasiado finos, demasiado pálidos, demasiado fríos para servir de nido al beso, tenían el dejo amargo de esas frutas del monte en quien nadie repara; pero sin asomo de rencor, de envidia, o de protesta.

Era como una de esas florecitas del campo, que nacen en la mañana para morir en la tarde bajo el casco de un potro o la pezuña de un buey, de igual modo inadvertidas en la vida y en la muerte.

Sin embargo, llegó un tiempo en que Pedro, un paisanito de las cercanías, comenzó a mirar a la Cenicienta con ojos de ternura. Buscaba, muy discretamente, hallarse solo con ella y en las raras ocasiones en que lo lograba, aventurábase, también muy discretamente, en amorosos interrogatorios, en tímidas insinuaciones.

La "Hormiguita" no comprendía nada. Como jamás pasó por su mente la idea de que pudiese haber un hombre que la amara, como no entendía una sola sílaba del lenguaje del amor, las palabras del mozo resbalaban sobre su alma cual resbala la suave brisa de las madrugadas sobre la blanca escarcha del bajío.

Tan grande ignorancia, tan extrema inocencia, fueron convirtiendo en pasión la primitiva simpatía del mozo.

Una tardecita, encontrándola sola en el lavadero, se atrevió a ser explícito.

—Tomasa... ¿si usted quisiera ser mi mujer?...

—¡Callesé!... Ya sabe que no me gustan las bromas.

—No es broma: yo le hablo en serio: —y como el mozo se acercase tratando de tomarle una mano, ella la rechazó diciéndole:

—¡Sosieguesé!... Vaya por ahí, que sobran mozas lindas y dejemé a mí que soy...

—¿Qué sos?

—La hormiguita —exclamó, rompiendo a llorar.

—¡Sos la más buena, la más pura, la que yo quiero! —díjole Pedro estrechándola entre sus brazos cariñosamente.

"Hormiguita" resistió todavía un buen rato, negándose a creer en la sinceridad de Pedro. Al fin, vencida, cedió; protestando, sin embargo, contra el plazo de un mes señalado por el mozo para realizar la boda.

—Es muy corto —dijo.

—A mí me parece muy largo; pero haré lo que vos quieras. Señalalo vos...

—Güeno, pa...

—¿Pa cuándo?

—¡No sé!... Venga mañana aquí, a esta mesma hora y le contestaré.

—Bien. Hasta mañana... mi hormiguita.

Pedro depositó un beso ardiente en los labios fríos y apretados de la muchacha y partió.

Ella permaneció en el mismo sitio, con los brazos caídos a lo largo del cuerpo, el seno palpitante, los ojos fijos en el suelo y con el rostro arrebolado.

Al día siguiente, muy de madrugada, se fue corriendo hasta el rancho de ña Filomena, distante unas cuadras de la estancia. Ña Filomena, medio bruja, medio "médica", la recibió cariñosamente.

—¿Qué te pasa m'hijita, qué te pasa que trais esa cara de potrillo asustao?...

Hormiguita le contó lloriqueando la extraña aventura de la víspera, y la vieja respondió riendo socarronamente:

—Lindo, pues, lindo no más...

—Es que...

Y entonces Tomasa, siempre llorando, se acercó y murmuró unas palabras al oído de la bruja. Esta alzó los brazos al cielo y exclamó escandalizada.

—¡Pero muchacha!... ¡Otra guelta, y ya van cuatro!...

LA BAJA

Después de un suculento almuerzo constituido por medio costillar de ovejas, "la policía" de Pago Solo dormía concienzudamente la siesta.

"La policía" de Pago Solo estaba representada por don Abelino Montenegro.

El comisario, Carlos Leiva, era un rosarino cachafaz, que se había visto obligado a abandonar la ciudad y con ella su puesto de periodista oficial, a causa de unas trapisondas demasiado sonadas. Sus amigotes le obsequiaron con el cargo de comisario de Pago Solo, donde debería pasar unos meses a fin de que las gentes olvidaran el escándalo.

—¿Dónde está Pago Solo? —preguntó cuando le hicieron el ofrecimiento.

—Allá por la frontera de Córdoba.

—¡Ajá!... ¿Por donde el diablo perdió el poncho?

—Por ahí cerca.

—¡Bueno!... Iremos a Pago Solo. Siempre conviene conocer mundo, aunque dudo mucho que Pago Solo forme parte del mundo.

Y provisto de sus credenciales se marchó alegremente, diciendo que "para buen gaucho no hay caballo lerdo, ni hueso pelado para perro hambriento".

El edificio de la policía era un rancho ruinoso rodeado de ortigas y perdido en la soledad de la llanura. De lejos en lejos negreaban algunos ranchos semejantes que eran otras tantas poblaciones de "chacareros".

Carlos fue recibido por un viejo tuerto y patizam-

bo que al saber quién era y el cargo que traía, se cuadró militarmente e hizo la venia con comicidad tal, que el joven comisario lanzó una carcajada.

El viejo permaneció inmóvil. Con el deformado kepís sobre la nuca, con el cigarro paraguayo entre los dientes, con la enorme blusa militar, las viejas bombachas de merino negro, las alpargatas enlodadas y el sable inmenso, el personaje era grotesco.

—¿Dónde está la policía? —preguntó el novel comisario.

—¡Prisiente! —respondió el viejo haciendo gala de la más pura tonada cordobesa.

—Te pregunto dónde está el personal.

—¡Pues!... prisiente, don Comisario.

—¿Vos sólo?

—¡Pues!... Así ha i ser... io solo... el sargento Montenegro... pa servirlo...

—¡No puede ser!... Me han dicho que el personal constaba de un sargento y cuatro agentes.

—¡Pues!... El sargento soi io...

—¡Ya! ¿Y los soldados?

—¡Velay!... Los soldados son numerales.

—¿Qué es eso de numerales?

—¡Veiga!... así icía el comisario di antes... ¡Veiga!... Como la paga es poca, el comisario comía tres milicos...

—¿Y el otro?

—El otro lo comia io... Es el costumbre.

—¿Ajá?... Perfectamente, mantendremos la costumbre; y para probar que yo tengo mejor diente que mi antecesor, me comeré los cuatro soldados.

—No puede ser, mi comisario, uno lo he i comer ió...

—¡Chitón!... Si me fastidias, te como a tí tam-

bién, y de fijo que los vecinos no estarán peor servidos. Conque, ya sabes.

Y con esto, Carlos Leiva tomó posesión de su cargo.

Durmiendo, tocando la guitarra, escribiendo "décimas", jugando al naipe y enamorando a las "chacareritas", el experiodista se encontraba muy a gusto, en compañía de su "personal" el sargento Montenegro, que desempeñaba las funciones de ayuda de cámara, ranchero, mandadero y confidente. ¡El "servicio" era muy liviano!...

Pero no hay felicidad que dure, ni aun en Pago Solo. Cierta mañana, mientras "la policía" sesteaba y el comisario, en ropas menores ensayaba un tango en la viola, cayó un vecino apuradísimo, dando cuenta de una gruesa trifulca ocurrida en la pulpería del "Pito", distante tres cuartos de legua: una pelea, dos heridos, un muerto. ¡Había que proceder!

Leiva despertó a Montenegro y le mandó ensillar los caballos, enterándole previamente de lo que pasaba. El sargento cumplió la orden de mala gana, rezongando, y a poco, ambos trotaban hacia el lugar del siniestro. Montenegro iba pensativo. A poco andar dijo:

—Veiga, don Comisario... Si los dilincuentes son gringos, los prindemos; pero si son criollos, vale más dejarlos.

—¿Por qué?

—Porque los criollos son muy brutos y van a piliar.

—Los peleamos.

—¡Hum!...

Montenegro volvió a meditar. Diez minutos después apareó su caballo con el del comisario y dijo:

—Veiga... ¿Sabe lo qui estoy pinsando?

—¿Qué pensás?

—Qui mi dea la baja.

—¿Cómo te voy a dar la baja en medio del camino... Te la daré cuando volvamos.

—Veiga, don Comisario... ha i ser aurita... y si no...

—Si no ¿qué?

—Si no... me vi a resiertar... ¡Y ia mi risierté tamién! —gritó dando media vuelta y partiendo a escape para la comisaría.

Leiva se quedó mirándolo, desconcertado, y cuando el sargento desapareció entre una nube de polvo lanzó una carcajada y a su vez emprendió el regreso.

En la comisaria encontró a Montenegro tomando mate, muy tranquilo.

—A ver, aprontate que te voy a dar la baja —díjole fingiendo cólera.

—¿Pa qui la quiero?

—¿No me la pediste recién?

—La pedí allá... pero aura no hay motivo... ¡pués!

Leiva volvió a reir y dijo:

—Alcanzá un amargo.

RIVALES

Don Dalmiro Morales, parado en medio del brete, haciéndose vicera con la mano, dijo indicando un jinete que se acercaba:

—Aquel es mi compadre Santiago... ¿no hallás?...

El peón interrogado, sin hacer caso de los tirones de la oveja, que tenía sujeta de una pata, observó a su vez, confirmando:

—Es el mesmo... ¿no conoce el azulejo sobrepaso?

—Ansina es. ¡Viene a vichar el viejo!...

Entre gritos de hombres, balidos de ovejas, ruidos diversos y en medio del olor nauseabundo de las grasas y de los sudores, la esquila seguía, afanosa en la tarde de despiadada canícula.

El jinete fue acercándose, amenazando con el arreador a la tropilla de perros que le rodeaba el caballo, ladrando, saltando, sordos a los: — "¡juera!... ¡juera!" — del dueño de casa.

—¡Alleguesé, compadre!... ¿Qué viento lo ha traido? — y riendo, extendida la manaza velluda, arrastrando con dificultad el corpachón enorme, fue al encuentro de su compadre.

—¿Cómo vamos?... ¿La gente?...

—Güenos, gracias. ¿Y pu allá? ¿mi comadre y compañía?...

—Tuitos lindo.

—Pase pacá, bajo l'enramada... A ver, gurí, alcanzá esos bancos y preparate una caldera y un mate.

—¿Tuavía lidiando con las chivas? — interrogó don Santiago.

—Así es; y usté, ya concluyó — respondió don Dalmiro.

—¡Dende antiyer! — dijo el visitante sonriendo con satisfacción.

El dueño se mordió los labios y guardó silencio.

Don Santiago Rivas y don Dalmiro Morales eran dos ricos estancieros, linderos, viejos camaradas ligados por una de esas francas y sólidas amistades paisanas, que se trasmiten de padres a hijos, sin interrupción y sin merma.

Grandes, gruesos, sanos, simplotes y joviales los dos; feroces *mateadores* ambos y ambos encarnizados jugadores de truco, —siempre andaban buscándose y no se juntaban nunca sin armar una disputa.

Eran rivales, eternos e irreconciliables rivales, que pasaban la vida haciéndose rabiar mutuamente con encarnizamiento infantil. Sin trepidar, uno se haría matar por el otro en cualquier momento; si alguno de los dos necesitaba unos puñados de onzas de oro, ya sabía que el trabajo era ensillar el caballo y trotar hasta la estancia del compadre, llenar el cinto y volverse; sin dejar documento alguno, es claro, ni un simple recibo: "entre hombres honraos no se precisan papeles; palabra es contrato". Entre ellos nunca era demasiado grande un servicio solicitado; al contrario, uno y otro encontraban inmensa satisfacción en servirse. En cambio ¡de cuántos ardides valíanse para aventajarse en todos los negocios, para comprar ganado de invernada medio real más barato que el vecino; para vender un real más caro!... ¡Qué alegría para don Santiago saber que la majada del compadre había dado 19 y 3/4 % de rendimiento, mientras la suya propia al-

canzó al 20!... ¿Y para vender las lanas, para conseguir una ínfima superioridad en el precio?... Valíanse de todas las astucias, de todo el maquiavelismo gaucho para salir triunfantes.

Naturalmente, la avaricia no entraba para nada en esta eterna rivalidad. Por otra parte, las diferencias de utilidades eran siempre insignificantes: lo que buscaban era la superioridad moral. demostrar que se había sido más *vivo:* poder *chichonear* al compadre. Era, ya lo hemos dicho, una rivalidad enteramente infantil. Doña Josefa, la esposa de don Santiago, lo había dicho gráficamente a propósito de una disputa en cierta partida de truco, en la cual, como siempre, —la *parada* era un cigarrillo negro:

—"Parecen gurises estos vejestorios!... No puede estar uno sin el otro y en cuanto se juntan es pa peliarse!"

* * *

En el año anterior, don Santiago había vendido sus novillos ganando en cada uno cinco centésimos más que don Dalmiro. Como habían invernado la misma cantidad —400 reses— resultó que el primero obtuvo de su venta 8020 pesos oro, y el segundo tan solo 8000. En la venta de lanas don Santiago consiguió *dos centésimos* más que don Dalmiro, en cada diez kilos. En las hierras, con igual número de hacienda, don Santiago marcó cinco terneros más que don Dalmiro — 678 el primero y 673 el segundo.

Y aún había más. Durante el año los compadres habían entrado en seis *pencas,* y como es natural, cada uno jugaba en contra de los caballos del otro. Don Santiago había ganado dos: don Dalmiro ninguna.

Se comprende, pues, que don Dalmiro estuviese muy caliente y ansioso de desquite.

Tan caliente estaba que había quedado mal con su viejo amigo Faustino Elizalde — rico comerciante del pago — impidiendo los amores del hijo de éste, Julián, con su hija Benita. Julián era buen muchacho; él lo apreciaba; pero bastó que don Santiago manifestara su simpatía por tal unión, para oponerse rotundamente.

Súplicas, ruegos, todo fue inútil: don Dalmiro mantúvose inflexible.

* * *

Aquel año iba a ser su desquite ruidoso y lo saboreaba de antemano, mientras mateaba con su compadre bajo la enramada.

—¿Qué tal el peso? —prosiguió don Santiago.

—Regulando en veinte. ¿Y la suya?

—Por ai.

—Aura, la cuestión de vender... Yo ya tengo oferta.

—¿Güena?

—Ansinita...

Don Dalmiro resopló, se palmeó el vientre, y mirando fijamente al amigo, como para no perder uno solo de los gestos de asombro y desagrado que habrían de marcarse en su rostro, dejó caer esta frase:

—¡Treinta y cinco!...

Aquello era asombroso: los precios corrientes oscilaban entre veintiocho y treinta. Sin embargo, el compadre, sin demostrar extrañeza, preguntóle:

—¿Cerró trato?

—Sí.

—Hizo mal: yo vendí a treinta y siete.

—¡A treinta y siete!...

Don Dalmiro sintióse mal.

—¿A quién vendió?

—A Elizalde.

Don Santiago vio a su amigo sufrir de tal modo, que no quiso abusar de su triunfo; se despidió y partió.

* * *

El buen hombre sufría horriblemente. Esa tarde concluyó la esquila. No cenó. Bebió mucha caña y pensó. Pensó largo tiempo. Aquella derrota no era posible, de ningún modo posible. Por primera vez en su vida el viejo estanciero había cometido una mala acción, combatiendo deslealmente a su compadre: él no había vendido a treinta y cinco, mentira; pero había convenido con su comprador, Martínez — venderle un medio más barato con tal que certificase la venta por aquel precio. ¡Y el compadre vendía a 37!... Lo peor es que él habíale declarado a don Santiago que era trato cerrado; ya no había enmienda!...

Al siguiente día, su determinación estaba tomada. Venciendo repugnancia, iría a ver a Elizalde. Ensilló, montó, salió. El almacenero recibiólo con afabilidad. El, abandonando preámbulos fastidiosos, dijo:

—¿Quiere comprarme las lanas?

—Bueno.

—¿Cuánto?... Vd. las conoce.

—Conozco... Pagaré... treinta y dos...

—Treinta y dos.

—Treinta y dos... ¿Y a Santiago no le pagó treinta y siete?... ¿Es mejor que la mía la lana 'e Santiago?

—Mejor no; pero don Santiago sigue siendo cliente mío y amigo mío, mientras Vd. se ha enojado y ha

hecho sin motivo que mi pobre muchacho ande medio loco por culpa suya no más...

—¿Lo del casorio con Benita?

—¡Pues!

Don Dalmiro se rascó la cabeza, pensó, resopló, y dijo:

—Yo no he de dejar de ser su amigo.

—Pruébemelo dejando que se casen los muchachos.

El estanciero volvió a rascarse la cabeza a resoplar y a toser y al rato respondió:

—Y si fuese ansina ¿cuánto?

—Entonces igual que a don Santiago. 37.

—¿No... 38?

—Imposible.

—¿Y medio?

—¡No puedo, don Dalmiro!

—Güeno: 37 y 1/4... o nada.

—Por complacerlo, acepto, perdiendo.

—Trato hecho.

—Trato hecho.

Se estrecharon las manos, y don Dalmiro galopó radioso para su casa.

* * *

A la semana siguiente, gran comilona en casa de don Dalmiro, festejando la próxima boda de Julián y Benita. En medio de la fiesta, estando juntos don Santiago, Elizalde y el dueño de casa, el primero preguntó al último:

—¿Cuándo carga Martínez?...

—No carga ya; me faltó — respondió don Dalmiro.

—¿Entonce?

—Vendí al señor, —dijo indicando a Elizalde.

—Verdá, —dijo Elizalde.

—¿A cómo?

—A 37 y 1/4 —esclamó triunfante don Dalmiro. —¡Un cuarto más que Vd!...

Su amigo largó una carcajada.

—¡No, viejo! ¡no!... ¡Cinco riales y cuarto... porque yo vendí a 32!...

—¿Entonce?

—Entonce, fue una gauchada mía, combinada con don Elizalde, pa conseguir que usted dejase casar a esos muchachos que s'estaban muriendo uno pu'el otro.

Un instante, don Dalmiro quedó como petrificado. Luego, reaccionando, dominado por la innata hidalguía gaucha, dijo:

—Entonce... hemos vendido igual.

Y tendiendo la mano a Elizalde:

—A 32, amigo.

CHAMAME

Patricio mezcló las cartas con arte, puso sobre la mesa el mazo y dijo con áspera, imperativa voz:

—¡Corten caballeros!... ¡Hay cien pesos de banca!...

Lo dijo con tal energía, que osciló la luz de la vela, afanada de esparcir humildes claridades sobre el tapete verde.

Cortaron. El tallador volcó un tres y un rey.

—¡Copo al tres! —gritó uno de los jugadores; y con sus dedos negros, temblorosos de emoción, movió la carta elegida, haciéndola formar un ángulo recto con la que dejaba al banquero.

—Este esperó un instante, la mano sobre el naipe, la mirada sobre la mano.

Su contrincante, impaciente, temiendo quizá que la demora fuese calculada, para distraer su atención, y "armar el pastel a gusto", tornó a decir:

—¡Copo!... ¡y dése güelta!...

El tallador sonreía.

—Me han dejao el ancho, —murmuró. — El finao mi padre — que Dios lo tenga en su santa gloria, — me solía decir: "Si querés conservar la salú, tomá solamente agua'e manantial; si querés vivir tranquilo, sin quebraderos de cabeza, no tengás nunca ni mujer ni caballo propio, y si querés ganar al monte, apuntale siempre al rey, ¡qu'es el que tiene más panza, y la panza es gobierno!... ¿Me doy guelta?...

—¡Dése güelta!...

—¡Allá vá!

Volcó el naipe que mostró una sota.

—¡El rey chico! —exclamó; — como quien dice, el sargento: detrás viene el comisario... Vamos tironiando despacito que no se juega plata'e locos... Este es basto: no castiga a naides... ¡Espadas!... por ai me gusta... ¡un mancarrón!... ¡Mala seña, compañero!: ¡lo vienen convidando pa que dispare!...

—¡No sé lo qu'es eso! —replicó el otro picado.

Y Patricio con sorna:

—Es verdá —dijo; — aquí no estamos en las guerrillas.

—¿Y en las guerrillas, qué?

—¡Nada! que hay más campo para disparar.

—¡Le albierto que si es pa insulto!...

—¡Al revés!... ¡ponderación!...

Los asistentes intervinieron para calmar los ánimos.

—¡Vamos, señores, vamos!... ¡pa pelarse la plata, no carece enojos!...

—¿Me lleva dos nales, don Patricio? —preguntó un mulatillo tísico.

Y el tallador, sin dejar de correr las cartas, respondió jovialmente:

—No puedo, m'hijito; no puedo llevar a naides porqu'estoy cansao... El rey, señores...

El perdedor cubrió la banca. Los demás jugadores, con los codos sobre la mesa se apretaban para acercarse al banquero cuyos movimientos seguían ávidamente, cual si jugara su propio dinero. Cuando Patricio dio vuelta al mazo, ocho pares de ojos, brillando en medio de las ocho caras pálidas, clavaron en sus manos las visuales.

—¡Doy en tres!

—¡Pago!

—¡Me juí! —dijo solemnemente el tallador. Y co-

mo el mulatito tísico susurrara —por no dejar de pialar pasando el terreno a tiro:

—¡Men juí, venden las copas! —Dos codazos le hundieron las costillas, imponiéndole silencio.

—Una sota en trampa: ¡la alcagüeta'e siempre!... Una... dos... tres... y si no sabés... pa qué te metés... ¡Esta te pido güesito!... Un seis... Un caballo... ¡no corre en esta carrera!... ¡Rifilate, Reginaldo y te hago obispo!...

Un viejo que seguía especialmente atento la jugada, extendió la mano y dijo:

—¡Paresé compañero, no tire!...

—Estoy parao — respondió Patricio.

—¡Le cargo al tres vainte pesos!

—Pué cargar no más.

—¿Me lleva dos nales? —insinuó el mulatillo tendiendo dos billetes en las puntas de sus dedos secos y descoloridos.

—Salí p'allá, —respondió el viejo dándole con los codos; y en seguida, al tallador:

—¿Van jugaos?

—De juro, eche pal rodeo ¿es de los que apunta?

—¡Al tres!... De fijo que al tres ¿se li han tapao los óidos?... tire no más y no esté escarbando como gallina culeca.

—¡No crea! Al que le toque macho, macho, y al que le toque hembra...

—¡Que se degüelle y se saque el cuero, que pa tamangos sirve, estando bien estaquiao!...

—¡Habló como un libro el viejo! ¿tiro?

—¡Párese! Vamo a despabilar la vela pa que se vea lo que conversamos.

—¡Se me hiace, viejo, que de miedo a las víburas, es capaz de dormir a caballo!... ¿Me doy güelta?...

—¡Paresé, don Patricio! — interrumpió el mulatillo, que tendiendo en los dedos su dos pesos, agregó:

—¡Lléveme esto en la banca!

Y el tallador contestó egoísta.

—Ladiate, ladiate; no estorbés que la picada es angosta... ¿Tiro?...

—Tire.

Patricio volvió al naipe; redobló la atención, y, en medio del silencio oscuro, el pobre mulatillo tísico, brillantes los ojos, torturado el rostro, dijo:

—¡Pongo esto al tres!

—¡Ese rey, señores!... La banca está gorda aprovechen los que precisen sebo ¿hay quien cope?...

—¡Yo no copo, amigazo, — respondió el principal perdedor porque el caballo no me da pa correr en ese tiro, pero apunto.

—¿Está dispuesto a perder?

—¡Hasta las tripas, amigos!...

....

Clarea el día. Santos el jugador infortunado, aprieta lentamente la cincha a su overo y "conforme" para partir. El mulatillo, envuelto en un poncho desflecado, se le acerca; tose, tose y tose al recibir el aire frío de la madrugada Pasado el acceso, dice quejumbrosamente:

—¿Sabe? ¡Jugué los dos pesos a su mano... y me pelaron!

Y volvió a toser, sorda, contínuamente, desesperadamente.

El gauchito había colocado los pellones, la badana encima, luego el cinchón, una mano en la rienda, la otra en la cabezada, el pie en el estribo. El overo sa-

cudió la cabeza, el gaucho detuvo el ademán, echó el sombrero a la nuca, y escupió esta frase:

—¡La plata'el arrendamiento! ¡el desalojo, la vergüenza, la miseria! Si mi mujer me hace...

Montó a caballo y, al erguirse, la aurora naciente echó sobre su rostro tostado una pincelada rojiza.

UNA PORQUERIA

Amigos, pero entrañablemente amigos, eran Lindolfo y Caraciolo; amigos de aquellos entre quienes carecen de valor las palabras tuyo y mío.

Si Lindolfo no encontraba su cinchón al ensillar, tomaba, el de Caraciolo; si Caraciolo, en un apuro, hallaba más a mano el freno de Lindolfo, con él enfrenaba. Por eso andaban casi siempre con las "garras" misturadas.

Común de ambos eran los escasos bienes que poseían, siendo, como eran, humildes peones de estancia, y además, mocetones despreocupados y divertidos. Pero común de ambos era también el opulento caudal de sus corazones.

A pesar de esto llegaron a ser rivales. El caso ocurrió del modo siguiente:

Con motivo de una hierra fructuosa el patrón regaló un potrillo a cada uno de los peones. Lindolfo eligió un pangaré; Caraciolo eligió un overo. Un año después ellos mismos domaron sus pingos, y para probarlos decidieron una carrera por un cordero "ensillado". es decir, el almuerzo: un cordero al asador, el pan, el vino y lo demás.

Corrieron y ganó el overo.

Lindolfo no se dio por satisfecho y concertaron otra prueba, tiro igual, plazo de un mes.

Volvió a perder el pangaré, pero tampoco quedó convencido su dueño.

—Me has ganao por la largada.

—¡Qué quiere, hermano! Cuando se corre un caballo hay que cerrar la boca y abrir los ojos. Aunque te advierto que no me vas a ganar ni haciendo vaca con el diablo.

—¿Querés jugarla pal otro domingo?

—¿Las mismas trecientas varas?

—De juro.

—Ta gueno.

Y al domingo siguiente corrieron con igual suerte. Esta vez Lindolfo quedó amoscado. No pudo, como antes, soportar impasible las burlas de su amigo. Este comprendió "que estaba demasiado caliente el horno y que había peligro de que se arrebatase el amasijo", y calló.

Si esa tardecita, cuando regresaban de la pulpería, Caraciolo hubiese rodado, quebrándose una pierna, Lindolfo quizás se hubiera alegrado; pero al día siguiente ya no conservaba ningún rencor, expulsado el despecho por el afecto fraternal que los unía.

A pesar de eso, Lindolfo no se resignaba a reconocer la inferioridad de su caballo, encontrando para cada derrota una causa justificativa y empecinándose cada vez más en obtener el desquite.

—Si es al ñudo, hermano; —decíale Caraciolo; — su pangaré es mestizo con burro.

—Lo veremo el domingo.

Aquel duelo divertía al pago entero. Domingo a domingo repetíase la prueba. Varias veces Caraciolo, condolido de la terquedad de su amigo, fue dispuesto a dejarse ganar; pero luego en las excitaciones de las "partidas", la pasión lo dominaba y de nuevo era suyo el triunfo.

Un día, viendo que las cosas iban tomando mal cariz, Caraciolo dijo:

—Bueno, hermano: esto ya es zoncera; no le corro más.

Lindolfo no podía conformarse. Alegó, protestó, rogó.

—La última pal domingo, y nada más.

—¿La última?

—Sí.

Quedó convenido. Lindolfo tuvo durante esa semana todos los cuidados imaginables, viviendo solamente para su caballo, que el día de la carrera se presentó en un estado admirable.

Cuando le quitó la manta, el paisanaje conocedor se manifestó admirado, y esa admiración llenó de alegría el alma de Lindolfo. Sin embargo, desde la primera partida empezaron las ofertas con usura, causándole verdadero dolor.

—¡Cinco a dos!

—¡Diez a tres!

—¡Tres a uno!

—¡Doy doble y luz al overo!...

Largaron. En balde Lindolfo despedazó su caballo a espuela y chicote: perdió. Al desmontar estaba densamente pálido. Anduvo un rato dando vueltas, sin saber lo que hacía, y concluyó por acercarse a Caraciolo. Un numeroso grupo rodeaba y elogiaba al overo.

—¡Lo qu'es aura no corremo más! —dijo Caraciolo, poniendo cariñosamente la mano sobre el hombro de su amigo.

—No, no corremos más, —respondió éste con voz amarga y ronca. En seguida, como presa de un vértigo, sacó la daga y la hundió en el codillo del overo.

Caraciolo, asombrado, dio un paso atrás, mientras su caballo se desplomaba, pataleando.

—¿Qué has hecho?... —dijo.

Y, furioso, desnudó el cuchillo, se avalanzó sobre su amigo y antes de que nadie pudiera intervenir, Lindolfo caía con el cuerpo acribillado a puñaladas.

* * *

Preso, Caraciolo, mostróse resignado y tranquilo, confiando en la absolución.

—¡Quién había'e creer que Lindolfo juese capaz de hacerme esa porquería!... Porque ¡pucha! es porquería grande matarme el caballo, queriéndonos como nos queríamos!...

¡EL LOBO!... ¡EL LOBO!...

Era un muchacho enclenque, las piernas increíblemente flacas, arqueado el torso, hundido el pecho, demacrado y pálido el rostro, donde los grandes ojos oscuros estaban inmovilizados en eterna expresión de espanto.

Tenía quince años; se llamaba Cosme, pero sólo le llamaban *El idiota.*

Vivía *El idiota* con un viejo puestero sin familia, cuyo rancho dormitaba a dos cuadras del Arroyo Malo. En el arroyo pasaba el chico casi el día, todos los días, pescando que era cuanto sabía hacer. Algunos suponíanlo al viejo don Pancho abuelo del idiota: pero eso no era cierto. Si lo tenía consigo, era obedeciendo a órdenes del patrón, quien le había cedido el rancho de la finada Jesusa, encargándolo al mismo tiempo del cuidado del huérfano, que contaba ocho años en la época de la desgracia.

Refiriendo ésta, volaban muchas narraciones distintas, bordadas todas ellas con comentarios absurdos. La verdad parece ser así:

El patrón don Estanislao era ya maduro cuando se casó con la viuda doña Paula, la mujer más mala que haya nacido en el pago del Arroyo Malo, desde el tiempo de los españoles hasta ahora. Sus celos lo tenían medio loco a don Estanislao, que era hombre bueno, aun cuando la cara enorme, la cabeza cerduda, la nariz chata, los ojos saltones y los rígidos bigotes le dieran un cierto aspecto feroz de lobo fluvial.

Los celos de doña Paula se enredaban en todo bicho que gastase polleras, fuese joven, fuese viejo, rubio, pardo o negro. Ni la lógica, ni las posibilidades, ni la verosimilitud intervenían para nada en sus agravios. Don Estanislao estaba ya a punto de *enllenarse*, cuando su consorte descubrió las relaciones que en un tiempo tuvo con Jesusa, la puestera del Arroyo Malo... ¡Ardió el campo!...

Al fin de dos meses de vida envenenada, Estanislao se dijo una mañana:

—¡Este animal no me va dejar ni cebo en las tripas!... Hay que buscarle remedio.

Y montando a caballo, salió al campo, castigando a su zaino, mientras su mujer le gritaba, desgañitándose:

—¡Andá buscarla, asqueroso!, ¡andá buscarla, andá!...

No oyó más.

Como hacía calor y él estaba con rabia, se dirigió al arroyo para darse un baño. Aquí encaja decir que el nombre de *Malo*, con el cual se designa aquel curso de agua, no es fruto de la hipérbole criolla. Hállase constituido por una serie de lagunas — no anchas pero profundas y *sucias*, — separadas entre sí por trozos de estero, terror del que tiene que atravesarlos.

Don Estanislao, pues, amontonó unos camalotes junto a la orilla del agua, entre los sarandíes, y se sentó, desnudo, "para secar el sudor". Una voz de criatura le hizo levantar la vista y observar la otra margen. Allí, en una abra pequeña, estaba Jesusa lavando; al lado suyo, brincaba el chico. Aquella visión le hizo perder la cabeza; su cabeza de bruto, que se incendió de odios contra la pobre mujer, causa inocente de sus mayores fastidios conyugales. Todo el fu-

ror impotente en que le había arrojado su consorte, derivó en un instante hacia Jesusa, la humilde amiga de lejanos tiempos. El vértigo le oscureció la vista, y va completamente loco se deslizó en el agua y arrancando un gran manojo de camalotes detrás de los cuales se ocultaba, se puso a nadar hacia el lavadero.

La mujer seguía su tarea, pero el chico se quedó mirando aquella isla de hierbas que avanzaba rápidamente hacia ellos. De pronto, el chico dio un grito de espanto.

—¡Mama!... ¡el lobo!... ¡el lobo!...

Los camalotes se habían detenido junto al lavadero y de entre las grandes hojas verdes emergía una cabeza siniestra, con sus ojos redondos y saltones, su nariz aplastada y sus largos bigotes de cerdas rígidas.

—¡El lobo!... ¡el lobo!...

No pudo decir más. La fiera se avalanzó sobre Jesusa, que se había inclinado para observar, —la cogió del cuello y la arrastró al fondo de la laguna en rápida zambullida.

El muchacho echó a correr gritando con espanto:

—¡El lobo!... ¡el lobo!...

* * *

Dos días después se encontró a Jesusa flotando en la laguna. Cosme, completamente idiota, fue recogido por el patrón y entregado a la solicitud de un viejo puestero sin familia.

* * *

Allí, cerca del agua, creció *El idiota*, enclenque, enfermizo, encorvado, pálido, los grandes ojos oscuros inmovilizados en eterna expresión de espanto.

En un atardecer de invierno, rondaba por la ribera, cuando oyó pedidos de auxilio partiendo del próximo *paso* en el estero. Atraído por los gritos, pero sin prisa, fue andando hacia allá, y al echar la mirada al bañado, dio un brinco atrás, exclamando despavorido:

—¡El lobo!... ¡el lobo!...

Era él, en efecto; era don Estanislao, cuyo caballo, hundiéndose en la ciénaga, había cedido, aplastándole. A cada pataleo, a cada esfuerzo del animal para enderezarse, el barrizal lo tragaba un poco más. Del ganadero quedaba afuera solamente la cabeza, la horrible cabeza de lobo, cuyos ojos redondos, saltones, rojos. se fijaban con desesperación en el chico y cuyos labios, coronados por inmensos mostachos cerdudos, se agitaban gritando:

—¡Avisá en el puesto!... ¡avisá en el puesto!...

Pero Cosme, fijos en la horrible cabezota sus ojos sin luz, no se movía; de cuando en cuando, señalando con su dedo escuálido gritaba:

—¡El lobo!... ¡el lobo!...

La noche iba llegando ya. El caballo había casi desaparecido entre el lodo y sólo se divisaba del grupo la cabeza espantosa del ganadero, haciendo desesperados esfuerzos por mantenerse a flote. La voz ronca y sin eco, seguía aullando:

—¡Avisá en el puesto!... ¡avisá en el puesto!...

De pronto la voz cesó, la cabeza desapareció bajo el barro. Entonces, Cosme, *El idiota,* echó a correr, rumbo al puesto, gritando con creciente espanto:

—¡El lobo!... ¡el lobo!...

DE TIGRE A TIGRE

—Todo arreglao — dijo "Ventarrón".

—¿Pa cuando?

—Pasao mañana.

—¡Ya saben pues! — exclamó el jefe de la gavilla, "Alacrán", dirigiéndose a los diez bandidos que churrasqueaban con él en escondido potrero del Uruguay entrerriano.

—Yo no voy — dijo Lino Baez.

—¿No venís? — interrogó Alacrán.

—No.

—¿Andás apestao?

—Gracias a Dios puedo vender salú.

—Entonce te ha entrao miedo.

—Yo no tengo miedo a naides, ni a vos mesmo, Alacrán.

El jefe de los bandidos miró a Lino con extrañeza.

—¿Tenés algún motivo particular?

—Ninguno.

—Güeno. No vengás; nosotro bastamo; pero ya sabés que las ganancias son pa los que exponen el cuero, y no esperés nada si nos sale bien el asunto.

Lino Baez se encogió de hombros. Esa misma noche ensilló y desapareció del potrero.

* * *

¿Qué motivos había tenido él para oponerse al asalto y saqueo de la pulpería de Pereyra? Explicable, ninguno. No lo conocía a Pereyra: y un asalto, un homi-

cidio, un robo más o menos, ¿qué podía importarle a Lino Baez?... ¿Por qué entonces cometió aquella cochinada con sus compañeros, aquella baja delación que costó la vida a uno, dos balazos a otro, un sablazo al jefe y la pérdida de un rico botín?... No lo sabía: tantas burradas se hacen así, sin saber por qué...

* * *

Lo peor del caso es que la polka se le puso sumamente ligera a Lino Baez. De balde no le llamaban "El Alacrán" a Pedro Cruz, jefe de la más desalmada gavilla de bandoleros que haya sembrado espanto en Entre Ríos.

Nadie lo conocía mejor que Lino Baez, y no tardó en darse cuenta de que pesaba sobre su cabeza, inexorable sentencia de muerte; empero, guapo, audaz y astuto, aceptó la situación con cierto regocijo. Le repugnaba el pasado, la cobardía de los asesinatos en común. No es que no le gustase matar; matar le gustaba mucho; pero no así, once contra uno, contra dos o tres, agarrados dormidos y sin perros!... ¡Matar peliando parejo!... ¡Así era lindo!...

Bueno: ahora se trataba de no caer en las uñas del Alacrán y la pandilla, quienes, de agarrarlo lo habían de picar como para chorizos.

Primeramente pensó en huir del pago; mas bien pronto reconoció lo absurdo de la idea. ¿Dónde iría que no lo siguieran sus antiguos camaradas?... No, bien pensado, lo mejor era estar cerca de ellos, seguirles los pasos, descubrir sus planes. Siempre había pensado así: "enemigo que se vé, ya no es más que medio enemigo".

* * *

Su plan le dio excelentes resultados. El Alacrán y sus compinches hicieron varias tentativas para "madrugarlo"; ¡vanas tentativas!... El los dejaba hacer, gozándose, a igual del zorro, en pegarles el grito burlón detrás de una masiega. Llegó a tomarle gusto al juego. Sin embargo, una vez, la guitarra se le quedó sin prima. Fue así.

Alacrán y sus amigos habían llegado un anochecer al boliche de Umpierres, un ranchito perdido en la llanura de Villaguay. Lino Baez, que le seguía continuamente, llegó poco después y, agazapándose, fue a instalarse junto a la ventana, una ventanita hecha con tablas de cajón, por cuyas hendijas pasaba la luz de la vela y la voz de los bandidos.

Estos combinaban su plan. El jefe decía:

—De aquí al rancho'e la china Nemesia habrá cosa de una legua, y asigún me dijo la china, Lino cairá por allí al subir el crucero...

—¡China arrastrada! —pensó Baez.

—Pa la media noche, —continuó El Alacrán,— cuando la luna esté en mitá del cielo, nosotro caimo, le rodiamo el rancho.

—¡Y lo achuramo! —exclamó otro.

Lino Baez pensó:

—Lo qu'es en esta recogida no caigo al rodeo; pero hay que cavilar un poco. Yo ando, como quien dice, a pie; y matreriar sin buen caballo es como cortarse las uñas pa dispués pelar mondongo.

De prontó rió interiormente y se dijo:

—¡Soy bobo! ¿Y no están ahí los caballos de ellos?... ¡Han de haber fletes!

Ya iba a marcharse, cuando una frase de Alacrán lo detuvo:

—¡De juro que va a peliar! es muy sabandija, pero

es guapo ¿pa que negarlo?... Lino Baez no para la mano. Aura, la cuestión es que no lastime a ninguno, y pa eso he pensao una combinación.

—Andá diciendo.

—Es ansina. Al llegar al rancho, nos desnudamo tuitos, bien desnudos. De una patada echamo la puerta abajo.

—Es fiero dentrar en cuarto oscuro, —observó "Ventarrón".

—Ya sé, —continuó el jefe; pero dentramo desnudo; ansina, vamo manotiando; si tocamo carne, es compañero; si tocamo ropa, ¡meniar daga!... ¿comprienden?...

—¡Lindo! —exclamaban alborozados los bandidos; y Lino Baez se dijo también, mentalmente:

—¡Lindo!

En seguida fue hasta el cardal donde había dejado su caballo, montó y trotó hasta el rancho de Nemesia. Recibiólo ésta con muestras de cariño, él, sin hablar, ¿para qué hablar?... le hundió la daga en la garganta. Cuando dejó de patalear, la levantó y la arrojó encima del catre. Luego, tranquilamente, se desnudó por completo. Hizo un atado con sus ropas y lo puso junto a la puerta. Apagó la vela, desenvainó el facón y sonriendo, sonriendo con indefinible placer, fue a estacionarse en un ángulo del rancho.

* * *

Tras un tiempo que a Lino le pareció un siglo, su oído de matrero oyó el pisar de caballos que se acercaban. De pronto, un golpe recio; la puerta se abrió de par en par. Absoluto, terrible silencio. Los bandidos iban sobre seguro; a dos pasos del rancho estaba

el moro de Baez y la casa no tenía más salida que aquella puerta. Sin embargo, la víctima no hacía ninguna manifestación de defensa. Los asaltantes avanzaban cautelosamente, extendiendo la mano izquierda en tanteo al aire. Alacrán, que iba delante, tocó un cuerpo; estaba desnudo; detuvo el ademán de la diestra; casi de inmediato, una mano se le posó en la espalda y en seguida dio un grito y se desplomó con el corazón partido de una puñalada.

—¡Traición! ¡traición! —gritaron varias voces.

Lino Baez ganó la puerta, gozando de la horrible escena que se desarrollaba en el interior del rancho: los bandidos, presa del pánico, se apuñaleaban entre sí, y cuando alguno intentaba huir y por casualidad daba con la puerta en la profunda oscuridad de la noche, lo recibía el facón inclemente de Lino Baez...

* * *

Al venir el día, en el interior del rancho de Nemesia no había más que cadáveres y moribundos.

Lino Baez se vistió; ensilló el mejor caballo, puso el bozal con cabestro a otro considerado bueno; volvió; observó y dijo:

—Los caranchos no van a tener tiempo de comer tanto dijunto. Vamos a prenderle juego para que el jedor no envenene el aire.

Sacó un fósforo; lo encendió y lo aplicó a la reseca paja del techo.

Después montó a caballo. Meditó un momento; luego dijo:

—En la Banda Oriental están en guerra.

Y silbando un estilo, sin volver la cabeza, al trote, con su caballo de tiro, enderezó rumbo al Uruguay.

JUICIO DE IMPRENTA

La copiosa cuanto intempestiva lluvia obligó a suspender las carreras, y al atardecer no quedaban arriba de 20 personas en la pulpería.

Algunos "rialudos" adueñáronse de las dos únicas carpas de vivanderos, entregándose a "trucos" barullentos o a silenciosas partidas de monte, mientras la chusma, refugiada en la "glorieta", derrochaba charla y ginebra.

Más de una docena de harapientos habíanse juntado allí; y si bien todos metían baza, gritando, como de estilo, el tallador era el viejo Malaquías.

Menguado en carnes cuanto opulento en pelos, presentaba Malaquías una simpática y original fisonomía. Sus grandes ojos pardos, rebosantes de malicia, parecían reir siempre, con una risa burlona, y despectiva. Con una cara larga y flaca, con su nariz curva y fina, ofrecía un cierto aspecto de pájaro —de urraca— decían algunos.

Sus cuentos sabrosos, su charla amena, sus hirientes invectivas, permitíanle vivir de *gorra,* vagando de rancho en rancho y de pulpería en pulpería, sin más bien que su yegüita tubiana y su "recado de negro".

Sin ser muy vasto su repertorio, sabía él variar sus historias, renovando los dicharachos y adjuntando episodios inéditos. Pero de todas ellas, la más grata al paisanaje era la del juicio de imprenta, en que había actuado como protagonista.

Aquella tarde, el auditorio, saturado de alcohol, le había exigido relatos escandalosos —de los cuales te-

nía buen acopio, — pero al fin clamaron por la famosa aventura, que los encantaba, como todas las vivezas gauchas.

Condescendiente, Malaquías apuró un vaso de ginebra y dio comienzo así:

—Güeno, ustedes han de saber que a mi siempre me gustó refregarme con la gente, y como no soy muy negao del todo, algo había de pegarsemé por juerza. Siendo potrillo estuve de pión con Luis Peralta, un procurador más fino que chiflido de águila y capaz de correrla parejo con qualisquiera dotor en leyes... Güeno, mientras mi hombre pasiaba por la pieza, ditándole cosas de papel sellao al galleguito escrebidor, yo le acarriaba mate y al mesmo tiempo m'estruía escuchandolé... Si me hubiese dao por aprender a leer y escrebir, a esta fecha yo sería algo: empliao de tienda, deputao... ¡quién sabe!...

—¡Mentira! — interrumpió el sargento, que emponchado y de pie junto a la puerta de la glorieta, miraba llover con filosófica tranquilidad.

—¡No es mentira, sargento! — replicó ofendido el narrador.

Rio el otro y compuso:

—¡Digo!... ¡mentira parece que llueva con tanto viento!...

Dándose por satisfecho, don Malaquías prosiguió:

—Dispués dentré de mucamo de un vasco, dotor en medicina, que se lo pasaba día y noche jugando al "mus" en la trastienda del boticario, y yo cebándoles mate aprendí...

—¿Medicina?...

—No, a jugar macanudamente al "mus"... Pero la querencia me tironeaba y un mal día enderecé pal campo y anduve una punta de años de monteador, de

esquilador, de carrero y pión de estancia, hasta que una vez que juimos con tropa me quedé en el pueblo enlazao en las trenzas de una rubia orillera... Y andaba más cortao que oveja trasquilada por gringo, cuando me conchavé pa cuidarle los parejeros a un dotorcito que tenía un diario contra el gobierno... ¡Y aquí viene el cuento!... Sucede que un día mi patrón puso en el diario un escrito bárbaro, meniándole leña al comesario, y el comesario ai no más le encajó un pleito... Entonces, mi patrón, el dotor, me llamó y me dijo:

—"Te doy cincuenta del país si te animás a dir al juzgao y decir que sos vos el autor del escrito".

—"Animarme, me animo —dije yo; — pero ¿qué debo hacer?"

—"Eso no más — dijo él, — sostener que vos sos el autor".

—"Güeno — dije yo: y juí a la audiencia y me declaré autor, y aunque el precurador del comesario patiaba y rabiaba, yo seguí alegando y no hubo qui hacerle; el juez tuvo que acetarme por parte, y dispués que leyeron la diclaración, me alcanzó la pluma para firmar... ¡Junamente!... ese piacito no lo llevaba preparao; pero ¿para qué me había refregao tanto con gente de letra menuda?..."

—"¡Disculpe, señor juez! — dije — ¡No sé escrebir!..."

—"¡Cayó en el garlito! — gritó el precurador loco de contento. — Y el juez me dijo furioso:"

—"¿Te pensás burlar de la justicia?... ¿Cómo tenés la desfachatés de decir que vos sos el autor del escrito, si no sabés escrebir?"

—"Soy el autor, sí, señor — dije yo, y acordándome de mi primer patrón añadí: — ¡No sé escrebir, señor juez... pero sé ditar!..."

—¡Y ansina los pité en cachimbo a los letraos! — concluyó el viejo largando una carcajada que el auditorio coreó estrepitosamente.

EL HOMBRE MALO

Era día de hierra y el sol derramaba luz aquella mañana hasta enceguecer las cachillas.

En el gran corral de palo-a pique, en medio de nubes de polvo, giraban inquietos los novillos de pezuña nerviosa y de mirada de fuego, rabiosos con el encierro.

Afuera, los *pialadores* escalonados en dos filas formando calle, esperaban, firmes sobre los garrones de acero, el lazo pronto, la vista alerta.

A un lado de la puerta, el inmenso fogón lanzaba llamaradas.

De pronto, el enlazador salía arrastrando un novillo, que al pisar la playa, enloquecido por el griterío del gauchaje, bajaba el testuz y emprendía la fuga. Diez, doce *armadas* silbaban en el aire, y la gran bestia, dando un bramido, se desplomaba ruidosamente. Un segundo después, los hombres estaban encima, lo liaban, lo oprimían...

—¡Marca! —gritaba uno.

Y desde el fogón, corriendo, el marcador acudía. El hierro, hecho ascua, hacía chirriar la piel, levantando una nubecilla de humo blanco y hediondo. Luego, mientras el animal, sangrante; dolorido y humillado, libre de los lazos, huía campo afuera, los gauchos, riendo y dicharachando, se acercaban al fogón en busca del *trago*, premio del pial.

En medio de la general alegría encendida en el alma de los gauchos por aquella ruda y arriesgada faena que formaba su diversión favorita, Mauro Núñez

era la sola nota discordante. Alto, recio, algo cargado de espaldas, tenía una enorme cabeza boscosa, y de la cara, el único rasgo visible era la formidable nariz, que emergiendo de entre la frondosidad capilar, parecía una peña amarillenta en medio de un matorral de molles negros y enmarañados.

Mientras los otros hablaban, él gruñía; y cuando se reían los otros, él bramaba.

—¡Marcá! — gritábanle con apremio.

Y Mauro respondía furioso:

—¡Ya va, canejo! ¡No soy fierrocarril!...

Y a la vuelta, siempre rezongando, abríase paso a empujones y daba un puntapié a un perro y un coscorrón a un chico, con cualquier pretexto.

—¡Manga'e haraganes!... ¿No pueden ladiarse pa dar paso a la gente?...

—¡Delen lao al rai! —solía replicar algún paisanito burlón— y Mauro, sin volver la cabeza, lo rajaba de un juramento en que iban enrabadas todas las malas palabras del vocabulario campesino.

Siempre había sido así el viejo Núñez; irascible, duro, mal hablado, agrio como membrillo verde. Por eso le llamaban "el hombre malo", que imponía respeto con su cabeza de león, grande y clinuda, con su hosca faz cubierta de pelos, con los pequeños ojos de mirada torva, con su voz bronca y con la larga daga que llevaba siempre cruzada en la cintura.

¿De dónde había salido?... Nadie lo sabía.

"Del infierno" quizá; de alguna cueva de puma, "tal vez". Nadie conocía su vida, pero todos daban por sentado que era un bandido de siniestra historia... Un hombre muy malo, sin afectos, sin sentimientos, un alma seca, un corazón hecho piedra...

Y él rezongaba a todos sin dirigirse a nadie.

De pronto, una tremenda gritería resuena en la playa. Un toro de cuatro años, grande y cerril recién mutilado, se ha puesto de pie, ha escarbado furiosamente el suelo y ha embestido, ciego de dolor y de ira. Los gauchos, tomados de sorpresa, corrieron despavoridos. En cuatro brincos la bestia estuvo a pocos pasos del fogón. Mauro tuvo todavía tiempo de salvarse, encaramándose a las tapias del corral... Pero al volver la cabeza vio a su lado a un chico, un chico de seis años, que con la pava en una mano y la calabaza en la otra, estaba lívido, inmovilizado por el terror... El hombre malo no titubea un segundo, agarra el niño y lo levanta sobre su cabeza, ofreciendo su propio pecho a las astas del toro.

Oyóse un grito de horror salido de veinte bocas a un mismo tiempo; los rojos tizones del fogón vuelan en todas direcciones, una nube de humo y polvo borra momentáneamente la escena, y cuando el toro es arrastrado de ella, con dos lazos en las astas, las gentes, atónitas, presencian el cuadro.

Junto al fogón deshecho, el chico está de pie, muy pálido, pero ileso. A su lado, en el suelo, tendido a lo largo, inmóvil, está Mauro, el hombre malo de la historia siniestra; la cabeza reposa sobre las cenizas y del robusto pecho, abierto por una cornada feroz, salen las vísceras, sangrientas y destrozadas.

EL TIEMPO BORRA

En el cielo, de un azul inmaculado, no se movía una nube. Esparcidos sobre la planicie de inabarcables límites, multitud de reses, casi inmóviles, salpicaban de manchas blancas y negras, amarillas y rojas, el verde tapiz de las pasturas de otoño. Ni calor, ni frío, ni brisas, ni ruidos. Luz y silencio, eso sí; una luz encegecedora y un silencio infinito.

A medida que avanzaba, a trote lento, por el camino zigzagueante, sentía Indalecio que el alma se le iba llenado de tristeza, pero de una tristeza muy suave, muy tibia, experimentando sensaciones de no proseguir aquel viaje, de miedo a las sorpresas que pudieran esperarle a su término.

¡Qué triste y angustioso retorno era el suyo!... Quince años y dos meses llevaba de ausencia. Revivía en su memoria la tarde gris, la disputa con el correntino Benites por cuestión de una carrera mal ganada, la lucha, la muerte de aquél, la entrada suya a la policía, la amarga despedida al pago, a su campito, a sus haciendas, al rancho recién construido, a la esposa de un año... Tenía veinticinco entonces y ahora regresaba viejo, destruido con los quince de presidio... Regresaba... ¿para qué?... ¿Existían aún su mujer y su hijo? ¿Lo recordarían, lo amarían aún?... ¿Podía esperarle algo bueno a un escapado del sepulcro?... ¿Estaba bien seguro de que era aquel su pago?... El no lo reconocía. Antes no estaban esas grandes poblaciones que blanqueaban a la izquierda ni las extensas sementeras que verdeaban a la derecha.

Y cada vez con el corazón más oprimido prosiguió su marcha, espoloneado por fuerza irresistible.

* * *

¿Era realmente su población aquella ante la cual había detenido su caballo?... Por un momento dudó. Los paraísos que la sombreaban, los había plantado él; el horno de amasar, el chiquero de cerdos. la huerta de hortalizas, nada de aquello existía en su tiempo. Sin embargo, el rancho, a pesar del techo de zinc que reemplazaba el de paja quinchado por él, era su mismo rancho: lo conocía en el tallado de los horcones y en la comba del tirante frontal.

—¡Bajesé! —gritóle desde la puerta de la cocina una mujer añosa, que, enseguida, anudándose el pañolón que le cubría la cabeza, fue hacia él, seguida de media docena de chiquillos curiosos.

—¿Cómo está?

—Bien, gracias; pase pa adentro.

Ella no lo había reconocido; él presentía a su linda morochita en aquella piel cansada y aquellos mechones de cabello gris que aparecían bajo el pañolón.

Entraron en el rancho, se sentaron, y entonces él dijo:

—¿No me conocés?

Ella quedó mirándolo, empalideció y exclamó con el espanto de quien viera aparecer un difunto:

—¡Indalecio!

Los ojos se le hicieron agua y los chicos la rodearon, se le prendieron del vestido y comenzaron a chillar. Cuando se hubo calmado un poco, habló creyendo sincerarse.

—Yo estaba sola, no podía cuidar los intereses; hoy me robaban una vaca, mañana me carniaban una oveja... dispués, habían pasao cinco años; tuitos me decían que vos no volverías más, que te habían condenao por la vida... entonces... Manuel Silva me propuso que nos juntásemos... yo resistí mucho tiempo... pero dispués...

Y la infeliz seguía hablando, hablando, echando palabras desesperadamente, repitiendo, recomenzando, defendiéndose, defendiendo su prole; pero hacía rato que Indalecio no la escuchaba. Sentado frente a la puerta, tenía delante el amplio panorama, la enorme planicie verde, en cuyo fin negreaba el bosque occidental del Uruguay.

—Vos comprendés —proseguía ella,— si yo hubiera creido que ibas a dar la güelta...

El la interrumpió:

—¿Tuavía pelean en la Banda Oriental?

Ella quedóse atónita y respondió:

—Sí; los otros días bandió una juerza de acá, por las puntas de la laguna Negra, frente a Naranjito, y...

—Adiosito —interrumpió el gaucho.

Y sin hablar una palabra más, se levantó, fue al galpón, desmaneó, montó y salió al trote, rumbo al Uruguay.

Ella quedóse de pie, en el patio, mirándole atónita, y cuando lo perdió de vista, dejó escapar un suspiro de satisfacción y se volvió apresuradamente a la cocina, sintiendo chillar la grasa en la sartén.

PALABRA DADA

Muy de mañana, Petronila, la ahijada del patrón, fue como todos los días a llevar los baldes y los jarros al corral, donde Venancio estaba maneando las lecheras.

Recién se había instalado el día, luminoso y fresco. Con la humedad del rocío desprendíase de las gramillas una fragancia suave y sana, que, mezclándose al olor fuerte del estiércol pulverizado del piso del corral, formaba un perfume extraño, excitante y deletéreo como el que emana de la tierra reseca en un chaparrón de estío.

A la llegada de la moza, Venancio, que, en cuclillas, remangado el chiripá y al aire los brazos musculosos, terminaba de manear una barcina, respondió torpemente al saludo. Luego, enderezándose, apoyóse en el anca huesuda de la lechera y se inmovilizó contemplando en silencio a Petronila, ocupada entonces en alinear los cacharros.

Estaba más linda que nunca, la linda morocha, cuyas mejillas, color de trigo, encendía el fresco matinal, y cuyos ojos, inquietos como cachilas, brillaban intensamente, pregonando alegría y salud.

Venancio, mortificado, como atorado por las frases que tenía prontas para decirle y que no quisieron salir de su garganta, dirigióse al chiquero inmediato, y largó un ternerito, que brincando y balando, corrió a prenderse golosamente a la ubre opulenta.

—¿Y hasta cuándo vas a dejar que mame el ternero? —interrogó ella.

Estremecióse el mozo, y retirando el mamón fue a atarlo en un palo del corral. Luego murmuró a manera de excusa:

—Estaba pensando en vos.

—Pensá en ordeñar ligero, que la patrona está esperando la leche pal mate, —replicó ella con cierta violencia.

—¿Te fastidia que piense en vos?

—¡Dejuro! Ya es tiempo que concluyás de cargociarme. Es bobo estar siempre codiciando una prenda que tiene dueño.

Venancio fijó en ella sus dos ojos pardos, de mirada intensa, sus labios se contrajeron en expresión amarga y dura y exclamó con voz sorda:

—¡Falsa y tras que falsa, soberbia!... ¡Andá no más, que en este mundo tuito se paga!... ¡tuito!... ¡hasta el pedazo 'e tierra que ha de guardar nuestra osamenta!...

—¡Sólo te faltaba amenazar!... ¿Por qué no me pegás tamién?...

Un enjambre de recuerdos iluminó el alma del gauchito, enterneciéndolo.

—¿Pegarte a vos, Petronila, pegarte a vos?... ¡Más antes me encajaría el cuchillo en el pecho!... Y, sin embargo...

—Sin embargo ¿qué? —insistió ella, orgullosa y provocativa.— ¡Hablá, no te tragués la lengua!... ¿Qué tenés que echarme en cara?... ¡Solamente que te he dejao por un hombre que vale más que vos!...

Ante el insulto, Venancio irguióse airado y dijo:

—Vos te casarás esta tarde con Sandalio, dispués de haberme engañao, dispués de haberme estao mintiendo cariño tres años enteritos...

Ella interrumpió:

—Cuando dentramos de novios, no firmamos contrata.

Sin responder a la sátira, Venancio prosiguió:

—Vos te casarás esta tarde con Sandalio, pero... casarse y ser feliz son dos caballos de distinto pelo... ¡Ya lo verás!... ¡Te lo juro por el finaíto mi tata, que Dios tenga en su santa guarda!...

Y cruzando los índices, los besó ruidosamente.

Respondió ella con una sonrisa forzada. El se puso a ordeñar, llenó un jarro y se lo alcanzó sin hablarle y sin mirarla. Petronila, tomando el cacharro, dio un despreciativo coletazo con la pollera y se alejó cantando.

....

Concluido el suculento almuerzo, y luego de efectuada la boda, comenzaron a vibrar las guitarras, y mozas y mozos invadieron la sala, dejando solos en el comedor al cura, al comisario. al juez y al patrón, dispuestos a darle al truco y al amargo hasta que los espantase la patrona para tender de nuevo la mesa.

Y el baile estaba en todo su apogeo, cuando entró Venancio en la sala. En ese mismo instante, Petronila, linda como el lucero, orgullosa de su dicha y de su triunfo, bailaba con Sandalio una lánguida mazurca.

Acercóse Venancio, detuvo la pareja, y dijo sonriendo:

—Vengo, Petronila, a cumplir lo prometido: ¡palabra dada, palabra cumplida!...

Oyéronse un grito de dolor y un grito de espanto. Retrocedieron atemorizadas las parejas, y el cuerpo de Sandalio cayó pesadamente sobre las baldosas del piso.

Al oir los gritos y lloros, acudieron presurosos el patrón y el comisario.

—¿Qué hay? — interrogó el segundo.

Entonces, Venancio, adelantándose, entregó el cuchillo ensangrentado, diciendo con pasmosa calma:

—Cuasi nada, comesario... ¡Un dijunto y una viuda!...

MALOS RECUERDOS

Para Luis Reyes y Ciriaco Borges, amigos.

La víspera se había combatido con encarnizamiento, sin que hubiera sido posible afirmar a cual de los bandos pertenecían los laureles del triunfo.

Siempre ocurría lo mismo: ninguna batalla tenía otra significación ni otra importancia, que el mayor o menor desangre de los adversarios. La guerra no debía concluir por combinaciones tácticas, sino por el aniquilamiento de uno de los combatientes... o de los dos.

Semejantes a dos perros bravos, irreconciliables, cuando se encontraban, reñían hasta que uno de ellos, agotadas las fuerzas se alejaba un poco e iba a echarse, ensangrentado, erizado el pelo, rojas las pupilas, secas las fauces, hirviente la cólera. El otro, el triunfador, se echaba en el sitio del combate, ensangrentado, erizado el pelo, rojas las pupilas, secas las fauces, hirviente la cólera.

Desde cada uno de sus sitios de reposo, continuaban mirándose y gruñendo. Ni el vencido tenía objeto en marcharse más lejos, ni el vencedor tenía por qué espantarlo. ¡De todos modos, en cuanto estuvieran descansados volverían a agarrarse a diente!

Por eso, al siguiente día de una batalla, los dos ejércitos dormían tranquilos, a pocas leguas uno de otro, curando sus heridos y restaurando sus fuerzas.

Uno de los bandos despertaba después de prolon-

gado sueño reparador, sin importársele un ardite del resultado de la batalla.

La carneada fue abundante; las reses eran gordas y como había mucha leña, se churrasqueó mucho y bueno. La *indiada* quedó contentísima.

A la vera de un cañadón de lecho pedregoso, había un grupo de soldados. Como el tiempo era espléndido no habían necesitado armar las carpas que se improvisaban con los ponchos y trozos de alambre del vecino.

En medio ardía un enorme fogón hecho con tres o cuatro postes de ñandubay. Al rescoldo, en los asadores chamuscados, dos costillares de vaca que no habían podido engullir los milicos; cerca, tirados sobre los cojinillos, aquellos amargueaban, mirando sus caballos que pacían, atados á soga, en el verde de enfrente...

A un lado de la hoguera, negros y herrumbosos estaban tres fusiles armados en pabellón; de la bayoneta de uno pendía, ensartada, una lengua de vacuno.

El opulento sol de otoño llenaba de luz y alegría el campo verde y ondulado, todo cubierto de tropas y de caballos; de muchísimas tropas y de una enormidad de caballos. Toda aquella insólita población de la campaña aparecía en el más plácido y despreocupado reposo.

Uno de los milicos del grupo, un gauchito aindiado, grueso, lustroso, de cara lampiña, de ojos dormilones, echado boca abajo sobre el poncho *patrio*, se incorporó un poco, extendió el brazo, cogió un tizón y, lentamente dio fuego al cigarrillo que acababa de liar. Luego tiró lejos el tizón, —que al caer dejó en el suelo un reguero de brasas,— chupó el *negro*, cerran-

do un ojo, lanzó una gran bocanada de humo y dijo con acento de extrema satisfacción:

—¡Es linda la guerra!... Se pita, se pita, se pita, se pita...

Y sorbiendo el amargo, otro de los soldados agregó:

—Se come gordo y después se pita...

—Se pita, se pita, se pita... —continuó el indiecito con voz perezosa y echando humo.

—¡Es linda la guerra!... Güenos pingos pa ensillar, güenos asaos pa comer, aire puro, vida libre...

—Se come, se duerme, se amarguea, se pita...

—Y en ocasiones se pelea...

—Güeno ¿y qué?... Se pelea y el que queda, queda y se acabó... Barriga llena, corazón contento... ¡Es linda la guerra!...

Un muchachón greñoso que parecía dormitar sobre un montón de cueros de carnero, lanudos y sucios, intervino con voz quejumbrosa:

—¡Es linda, sí!... Pero si nos tratasen mejor... Yo tuavía tengo el lomo dolorido de la paliza que me atracó antiyer el sargento Gómez sólo pu'habermele asustao con el cinto a un gringo chacarero.

—La verdá: ¡De un gringo!... ¡Al fin es plata nuestra, plata que nos han robao a nosotros, los hijos del país!...

—¡Dejuramente!...

Y siguieron mateando y pitando.

....

Dos horas más tarde el ejército marchaba lentamente por las cuchillas desiertas.

Por allá se veía un rancho incendiado; por acá una huerta abandonada, y, entre los yuyos, volcado, herrumboso, inútil, un arado. Los cercos de alambre

habían desaparecido; los rebaños sin pastor erraban en grupos y al aproximarse la tropa huían abandonando girones del vellón comido por la sarna.

Al tranco, indiferente bajo el luminoso sol de otoño, el ejército, — los miles de caballos gordos, — continuaba desfilando sobre la loma rica y desierta.

¡Es linda la guerra!...

La columna pasó junto a un grupo de terneritos, veinte, treinta, quizá más, terneritos que balaban desconsoladamente alrededor de las cabezas y las panzas de sus madres sacrificadas esa mañana.

El indiecito gordo y lustroso, siempre con el cigarrillo entre los dientes, miró el grupo desdeñosamente y dijo con su voz cantora y despaciosa:

—¡Es linda la guerra!... Se come, se duerme, se amarguea y se pita, se pita, se pita, se pita...

DE "LEÑA SECA" (1911).

LA TAPERA DEL CUERVO

A Julio Abellá y Escobar.

I

En la linde del camino, ancho y plano, sobre robusto pedestal de cal y canto, una lápida cuadrangular, de granito tallado, indica el límite uruguayo-brasileño. Diez metros más al norte, sobre diminuta meseta que forma como un balcón de la sierra mirando a la hondonada donde se retuerce el regato, afirma un caserón, bajo de techos, recio de muros y rico en hierros que guarnecen las exiguas ventanas. Es una *venda* riograndense.

El comercio, propiamente, lo forma una sala reducida y oscura, en cuya añeja anaquelería fraternizan los artículos más heterogéneos, dando pobre idea de la importancia del negocio; pero luego, en salas y galpones adjuntos, las pilas de charque y cueros, los grandes zarzos soportando miles de quesos de todas formas y tamaños, y la profusión de bultos cuidadosamente embalados, denuncian la casa fuerte, rica a la manera de los hormigueros. Las cinco carretas que se asolean junto al guardapatio, contribuyen a robustecer esa opinión.

Yo había llegado esa tarde y debía permanecer allí varios días para la realización de un negocio ganadero. Y había tragado en la jornada una docena de esas leguas brasileñas que se estiran como perro al sol, y estaba harto de trote por caminos en cuyos fre-

cuentes *atoladeros,* era menester *tirar as botas* para vadearlos. La fatiga y el sueño me rendían; y haciendo poco honor a la *feijoada* y al arroz hervido de la cena, gané con gusto el cuartejo donde me habían preparado alojamiento, teniendo por cama un catre de guascas, por cobijas mi poncho, por dosel un zarzo lleno de quesos y por compañía, las ratas y ratones que formaban, al parecer, enjambre. Habituado a hospitalidades semejantes, me acosté filosóficamente y el catre crujió con el peso de la fatiga acumulada en diez horas de trote por caminos brasileños.

Dormí. No sé cuánto tiempo dormí, pero dormí. Al despertarme, más por la comezón que en mi cuerpo producían huéspedes incómodos, que por saciedad, me encontré a oscuras. A tientas quise abrir la puerta y la encontré cerrada por fuera. Encendí un fósforo, miré el reloj y ví que era poco más de la una. Entonces intenté dormir de nuevo, pero un ruido extraño, que había ya oído entre sueños, me mantuvo despierto. Llegaban hasta mí las voces de varias personas que hablaban quedo, y oía al mismo tiempo golpes sordos hacia el lado del guardapatio. Intrigado con semejante actividad inusitada, estuve largo rato despierto, hasta que el sueño me rindió otra vez.

Pasó la noche y el sol entraba a chorros por las grandes hendijas de la puerta, cuando torné a despertar. Me vestí, moví la aldabilla, y notando que la puerta estaba abierta esta vez, atravesé el patio y fui al almacén, donde se hallaban el dueño de casa y varias personas más. Mientras tomábamos mate traté de inquirir la causa del movimiento nocturno; pero a las primeras palabras el patrón me detuvo, diciéndome en tono que no admitía réplica:

—Antes de las nueve, todos dormían en la casa; el señor ha soñado con duendes.

Guardé silencio, y poco después ensillábamos los caballos para dar un paseo por el campo que el ventero poseía en territorio uruguayo. Atravesamos la línea, y mientras trotábamos por el ancho camino fronterizo, fui observando a mi acompañante, que empezaba a presentárseme como un personaje algo misterioso. Llamábase *Maneca Philippe Figueredo* y era hombre como de cincuenta años, grueso, fornido, ventripotente y de una plácida fisonomía rubicunda. Sonreía frecuentemente bajo los bigotes rubios, y sus ojos azules tenían una mirada buena y mansa. En mangas de camisa, bien recto el busto sobre el tordillo *andador*, apoyado sobre el basto el arreador plateado, contábame anécdotas mientras yo le observaba casi en silencio. Franco, jovial, comunicativo, su charla destruyó mi anterior suposición de que fuera un sujeto taimado y misterioso. Hasta gustaba de la literatura y me citó en su verba caprichosa, versos de Abreu y de Gonçálvez Díaz. Fruto de su afición poética eran los nombres dados a sus hijas: la mayor llamábase *Mimosa*, la segunda, *Luceola*, la menor, *Iracema*, —que en guaraní significa *labios de miel*,— y su único varón, *Pery* (junco silvestre), como el indio de la famosa novela de José de Alencar.

Bajando una rápida pendiente rocallosa, entramos en un vallecito donde pacía una majada ruin; y al escalar de nuevo la colina, ví en la cuesta, un gran edificio ruinoso, señoreándose sobre los áridos peñascales.

—La tapera del Cuervo, —me indicó Maneca.

Era una sólida construcción cuadrangular encerrada en hermético valladar salvaje de cinacina, talas y mem-

brilleros. Las paredes mostraban en partes el rojo lívido de los ladrillos y en partes las manchas verde-oscuro de los musgos que mordían el revoco; las maderas de las ventanas estaban sustituidas por trozos de hojalata herrumbrosa y la única puerta del frente, tapiada con piezas de hierro galvanizado, que gruesos clavos sujetaban al quicial. En lo alto verdeaban las hierbas parietarias, invadiendo todo el derruido torrejón que defendía el ángulo oriental de la azotea. Al pie de ese torreón, donde aún se ven las aspilleras, se eleva majestuoso un viraró centenario, pardo, desgreñado, y que erguido y altivo en medio de su sordidez, parecía representar el sereno agotamiento de una raza imperiosa. El pasto y los yuyos avanzaban hasta los muros, indicando que nadie frecuentaba la misteriosa tapera, negra en medio de la opulenta luz de la mañana, silenciosa y huraña en la riente extensión del despoblado. Y para acrecentar su aspecto fatídico, un cuervo familiar bostezaba en la cúspide del torrejón, mustias las alas, rígidos los zancos blanquecinos y abatida la cabeza calva: a la distancia, su inmovilidad le hubiera hecho tomar por un detalle ornamental del edificio.

Como yo me detuviera demostrando deseos de acercarme a la ruina, mi acompañante me increpó ásperamente:

—Vamos, vamos; no trae suerte arrimarse a la tapera.

Obedecí a disgusto y cuando estuvimos a respetable distancia, Maneca Philippe me dijo, todavía con voz áspera:

—La tapera del Cuervo: *e uma casa enfeitada.*

—¿El qué? —dije.

—Una casa asombrada. Es una historia —y luego,

dado que los brasileños, aún aquéllos que como mi acompañante, hablen correctamente el castellano, necesitan recurrir a su idioma para las expresiones superlativas,— agregó:

—*Uma historia terrivel, assustadora!* — y alargó las últimas dos sílabas en un imponente ahuecamiento de la voz. En seguida, y sin necesidad de exigencias de mi parte, se dispuso a narrarme la terrible aventura, que él había oído, me dijo de los propios labios de *Lanzaseca*, el único sobreviviente de la catástrofe.

La historia era más o menos así:

II

Treinta años atrás fue famoso en los pagos fronterizos, Pantaleón Escobar, el malevo de las crines doradas y de los ojos azules. Contrabandista, jugador, había hecho derramar muchas lágrimas en los ranchos humildes de la sierra, y había hecho nacer muchas cruces entre el pasto opulento de los llanos.

Era soberbio, era insolente; más le gustaban los hombres cuanto más potros, y para la mujer tenía la lástima desdeñosa que el gaucho guarda para las yeguas. El delito era un amigo que le acompañaba sin reproches, ajustada la conducta a esta su máxima favorita: "Si la daga tiene filo, es para cortar". Y, como él decía, el mundo es un gran rodeo, donde hay gordo y hay flaco, donde hay duro y hay tierno: tanto peor para el maturrango que aparta la res cansada y come pulpa espumosa... Las vacas, —solía agregar sonriendo,— fueron inventadas por Dios, y las marcas por los hombres: mi facón es mi marca y mi boleto de propiedad.

Se le temía mucho a Pantaleón Escobar, pero se le

estimaba también, porque, al fin y al cabo, si mataba, no mataba con veneno, como las víboras y los manates, ni con artimañas, como el zorro y la mujer. Era un macho, Pantaleón Escobar.

Un día desapareció. La comarca no ganó nada con su ausencia: cuando el águila se va, vienen los caranchos y los corderos son devorados lo mismo.

Transcurrió mucho tiempo. Un día cayó al pago un viejo de cabellera ruana y de rostro malo, que imponía con la mirada dura de su único ojo. Compró la estancia del Yaguary, levantó en la cumbre del cerro más alto la fortaleza que le había de servir de nido. Se hacía llamar Pedro Denis, y aunque muchos hallaron en su rostro estropeado rasgos que coincidían con los del famoso malevo de las crines doradas y de los ojos azules, nadie se atrevió a mentarlo en su presencia. A través de los años el recuerdo del gaucho de rostro suave como hoja de camalote y de alma dura como piedra de afilar, vivía en las imaginaciones comarcanas encendiendo pesadillas.

Lo que pasaba dentro del caserón era un misterio. La fortaleza permanecía cerrada como una lechiguana y la curiosidad circunvecina deteníase al pie de los cercos espinosos. Al patrón le juzgaban una especie de fiera que la prudencia aconsejaba rehuir y los cuatro peones del establecimiento, — hombres desconocidos, venidos de lejos, — tenían cara de pocos amigos y se mostraban ariscos como aguarases y duros como cogote de toro.

Nunca nadie supo nada de lo que ocurría en la estancia del Yaguary. Nunca nadie supo dónde compraba ni dónde vendía Pedro Denis. No pedía ni daba rodeo y su hacienda era un entrevero de marcas extrañas desconocidas para todos. Y esa ignorancia ha-

cía nacer, naturalmente, las leyendas más absurdas, las suposiciones más ridículas, que se narraban a media voz en la penumbra de los fogones.

Sin embargo, la vida en el caserón transcurría sosegada y sin pizca de extraordinario.

Todas las noches, concluido el trabajo, los moradores se reunían en la gran cocina, amargueando mientras se doraba el asado.

Eran cinco. El patrón, una chicuela, tres peones, —todos hombres de garra,— y Matuco, un negro. Matuco ya era viejo, pero grande y fuerte y de expresión terrible entre sus terribles compañeros de retiro. Todos hablaban poco y él hablaba menos, y cuando hablaba no se podía decir que hablaba, sino que gruñía. Sentado sobre un tronco de ceibo, junto al fogón, las piernas cruzadas *en número cuatro*, arqueado el torso, inmovilizado en una actitud de fiera en reposo, imponía. Las llamaradas del hogar hacían aparecer más rojos sus ojillos sanguinolentos y más temible su pequeña cabeza motuda y su frente estrecha y más formidable, su formidable mandíbula de gran carnicero. Era siniestro Matuco. Los demás eran, no cabía duda, hombres malos; pero Matuco era triste también, y cuando un hombre malo es triste, es dos veces malo.

Mientras los tres peones hablaban recordando aventuras, Matuco parecía meterse dentro de sí mismo, evocando los recuerdos de su juventud lejana, allá por las sierras desgreñadas de Santa María da Roca do Monte, donde el sol entorna los ojos para mirar el terciopelo verde de los bajíos y hacen alto los huracanes ante los escuadrones de molles, de talas, de coronillas y guayubiras. Cuando el patrón está allí, Matuco se muestra sosegado, libre de una gran responsabili-

dad, y se olvida hasta de emocionarse con sus recuerdos juveniles, en el tiempo en que cazaba perdices con cimbra y combatía a facón con los pumas en la sombra de la maraña, o cuerpeaba los yacarés entre los camalotes de las arboladas márgenes del Piray. Entonces una sonrisa casi buena hacía ondular de manera apenas perceptible, sus grandes labios cárdenos. Pero cuando el tuerto se iba a habitaciones interiores, Matuco tornábase violento y concluía por levantarse y seguirlo.

Allá adentro se encontraban y se chocaban, sin herirse, porque las dos eran de acero bien templado, la mirada del ojo azul del amo y la mirada de los ojos negros del liberto. Esas miradas se habían encontrado cien veces, diciéndose siempre la misma cosa. Mientras Denis permanecía en las piezas interiores, Matuco andaba por allí acomodando un mueble, tanteando una puerta, pero siempre con un ojo fijo en el patrón y el otro ojo en Jacinta.

III

Y toca ahora hablar del quinto morador del caserón: Jacinta. Era una chiquilina. Doce años a lo sumo, pero linda, ¡oh, linda! como la flor más linda del monte. Un poco baja, algo gruesa, pero muy rubia, muy rubia y blanca como cuajada, y los ojos azules y los labios como un nidito y una nariz de mulata, y... una linda chiquilina, linda, linda!...

Matuco solía pensar algunas veces. Y cuando pensaba se decía: "Vamos a ver, ¿pa qué?" Justo: ¿para qué?... Evitarlo, como lo iba a evitar, y además, ¿qué le importaba a él, a Matuco, que otro comiera una fruta que él no había de comer, que no le tentaba si-

quiera?... Pensando eso, Matuco se encontraba estúpido y le daba rabia.

—Si eu pudese!... murmuraba.

Pero no podía. En su gruesa piel paquidérmica, tenía aún los costurones del látigo del amo imponiéndole una voluntad pretérita. El no era bueno ¡ah, no! él no era bueno. Ni aun en medio de la indigestión producida por un asado muy gordo comido sin fariña, le había atormentado el recuerdo de sus innumerables crímenes. No era bueno, pero...

¡Animal curioso, el hombre!... Las gentes que habían asesinado y robado, el Matuco, en compañía de Escobar —¡no! Escobar era antes— de Denis y su cuadrilla! Una vez en la Abra Honda, cayó entre los muertos una mujer encinta; *Lanzaseca* le abrió el vientre y sacó vivo el *bacaray* y se lo tiró a Matuco diciendo:

—Tomá una achura, retinto.

Y Matuco lo barajó en el facón respondiendo:

—¡Clavao y venga a prata!

Y después, arrojando la piltrafa ensangrentada:

—Tapichy sim mojo não presta —dijo.

Y se limpió el facón en la bota.

No, no era bueno. El mismo no sabía por qué estuvo a punto de pelear con los camaradas porque no matasen a la pequeña Jacinta en el asalto de la estancia *dos Caraguatás;* ni por qué la había llevado consigo, envuelta en su poncho para preservarla del frío de la noche; ni por qué la había sostenido en su brazo mientras nadaba, cortando la impetuosa corriente del Ituzaingó, bajo una lluvia de balas de los policianos bagenses.

El la salvó, él la crió, él se tomó trabajo con ella en las continuas correrías, y la quería, no precisamente

como a una hija —¡una hija de Matuco! ¡Matuco! ¡Matuco con una hija! — sino como a una cosa suya, como a sus espuelas de fierro, por ejemplo, que eran fieras y le lastimaban, pero que eran suyas y las quería por eso.

El jefe se enojó al principio.

—¿Matreriar con potrillo? —dijo. — Lo mesmo que acostarse a dormir junto a una cueva e'lechuza.

Matuco porfió y Jacinta creció con ellos, comiendo asado gordo todos los días y cada día de un rodeo distinto.

Al cabo de tanto andar en lucha continua, el jefe reunió un buen día a su gente y le dijo:

—Yo tengo mi campo en Yaguary; ya nos estamos poniendo viejos y es juerza buscar un arrimo. El que quiera venir que me siga y los demás que vuelvan p'ande quieran: el cielo es grande y no tiene alambraos!

Todos meditaron un rato. Tres, que eran jóvenes aún, se despidieron, montaron a caballo y partieron, pensando que las quebradas riograndenses ofrecíanles todavía mucho campo en que ilustrar sus nombres. Otros tres dijeron por la boca de *Lanzaseca,* que era el más ladino.

—¿Pa la banda oriental?

—Sí.

—¿Y la polecía?

—¿Qué le va a decir la policía a un hombre dueño de cuatro suertes de estancia y de seis mil vacunos?

—Es una razón.

Los tres hombres asintieron y entonces habló Matuco.

—¿Y yo? —dijo.

—De vos no hablo, porque si se menta un lazo,

dejuro ha de tener argolla, y vos sos pa mí como la argolla'el lazo.

—¿Y la chiquilina?

—Traila tamién. Mi casa es grande como nido'e chimango y ande hay sitio pal sombrero, hay sitio pa los piojos.

Y todos se fueron a ocupar el caserón construido sobre el cerro más alto de aquella agreste región.

Tres años se pasaron en apacible conformidad. Patrón y peones se entendían a maravilla y la vida era buena, en la quietud y en la opulencia, después de las fatigas pasadas, no siempre sin peligros. El comisario cuando llegaba allí, sentíase un poco avergonzado, porque tenía la conciencia de su inferioridad, a pesar de todo, pero, como al fin y al cabo estaba entre colegas, se conformaba.

Aquella existencia paradisíaca vino a ser interrumpida por un acontecimiento, previsto de largo tiempo atrás, indiferente para todos menos para Matuco.

El jefe de bandoleros, que a pesar de los años, se conservaba mujeriego, había resuelto *criar* a Jacinta. Esta palabra tiene una terrible acepción entre las gentes semibárbaras de la campaña. "Criar una moza", es dejarla crecer, bajo severa vigilancia y controlar prolijo, para "comerla cuando esté madura, bien a punto, ni verdona ni pasada". Es un refinamiento del vicio que sólo cabe en las siniestras lobregueces de un alma de bandido.

Matuco conocía las intenciones del jefe, como las conocían todos, incluso la presunta víctima, en el caserón del Yaguary. Lo sabía y no albergaba dudas ni creía posible ningún esfuerzo capaz de torcer la decisión del destino e impedir la iniquidad. Muchas veces, presa de inquietudes que le irritaban por consi-

derarlas estúpidas en razón de su manifiesta improductividad, se había preguntado: "¿Cuándo llegue el momento me opondré yo?" Y la respuesta invariable, dictada por su hábito de obediencia a quien la dominaba en valor, en ardides, en crueldad y en poderío, era negativa.

No; él no se opondría; él no podría oponerse; el crimen debía fatalmente consumarse. En tanto vivía en angustia perpetua esperando el terrible desenlace.

Este debía llegar en un día de radiosa primavera, en que los brotes de los árboles y las corolas de las flores parecían echar al aire tibio incitantes perfumes de cuerpos de mujer.

Cuando el sol, rojeando tras las crestas azules de los cerros iba disminuyendo lentamente la luz en el toldo acerado y en el verde victorioso de las lomas, Pedro Denis *volteaba,* junto a las tapias del guardapatio, la vaquillona más gorda de su rodeo.

Era para "carnear con pelo", y los cuchillos filosos y diestros arrancaron en un santiamén las "picanas", los "sobrecostillares" y la "degolladura". Antes — y cuando el animal se agitaba aún en los estertores de la agonía, — Lanzaseca le había extraído la lengua a la que tenía derecho, según la tradición gaucha, por haber desgañotado la res.

—¿Y las achuras, patrón? — dijo uno.

—Agarranselás.

—Pa mí los chinchulines.

—Y la tripa gorda pa mí.

—Yo me le apunto a los riñones.

Sólo Matuco no pidió nada, dando lugar a que el amo le increpase:

—¿Y vos, no elegís, retinto?

—El tongory — respondió el negro.

Lanzaseca replicó con sorna:

—El tongory es duro, carece güenos dientes y vos tenés las carretillas más peladas que un camino!

Entonces Matuco, con una entonación siniestra que hizo frío por todas aquellas almas endurecidas,

—No es pa comer — dijo — es pa mango'e mi cuchillo.

Adentro, en mitad del patio, ardían los troncos de coronilla preparando las brasas y lanzando hacia arriba rojas llamaradas que parecían desafiar a las llamaradas escarlatas del sol que se escondía tras las crestas agrisadas de la sierra.

El patrón estaba alegre y saltarín como cordero en una mañana de sol, manso como caballo de mujer y generoso como un señor de la vieja estirpe ganadera. Cuando le preguntaron:

—¿Y las pulpas, patrón?

—Las pulpas pa los perros — respondió — que hoy es día de fiesta y quiero que hasta los perros queden panzones!...

En tres hogueras distintas chisporroteaban los leños, formando lechos de ascuas, a cuyo calor se doraban los asados, en tanto circulaba el amargo a manera de aperitivo, y se sorbía, de rato en rato, un trago de caña para mantener el regocijo decretado por el patrón en la noche en que iba a celebrar sus nupcias infames.

V

El festín se efectuó en una gran sala del pabellón del frente, un comedor de gaucho rico: gran mesa de pino blanco, dos largos y toscos escaños y un armarito, de pino también, en un rincón.

Sobre la mesa, vestida con un mantel de algodón a grandes flores amarillas, verdes y rojas, blanqueaba el servicio: una pila de platos de latón, cucharas y tenedores de estaño; cuchillos no había, porque cada comensal llevaba el suyo en la cintura. En medio de la mesa, una fuente ovalada rebosando fariña cruda; al lado, en un candelero de lata, una vela de sebo, escuálida, negra y que esparcía por la estancia, junto a una luz escasa, un abundante tufo apestoso.

Los hombres estaban ya instalados; Matuco, que tenía a su lado, en el suelo, la damajuana de dieciocho litros, cargada de vino carlón hasta el gollete, sirvió un gran jarro de lata, y bebió sin cumplimientos, y lo pasó a su vecino; era el segundo aperitivo.

En ese momento entró Jacinta, sosteniendo con ambas manos un fuentón repleto de gallinas guisadas en arroz.

Las miradas de los gauchos fueron, primeramente, al humeante manjar, luego, llenos de curiosidad y malicia, a la muchacha.

Esta, encerrado el cuerpo en un batón de zaraza de colores vivos, rígido con el exceso de almidón, los pequeños pies calzados con alpargatas de lona, bochornosamente enaceitada su encantadora melena rubia, se sentó y empezó a servir, seria, callada, en una perfecta indiferencia de esclava. No había en sus claros ojos azules ni una sombra de temor, de vergüenza o de curiosidad. No comprendía o fingía no comprender las groseras alusiones de los gauchos que se excitaban con la comida y con el vino.

Todos estaban alegres y decidores; hasta Matuco, el torvo gruñidor Matuco, parecía transformado, contento con su cometido de escanciador de vino: apenas vaciado el jarro, lo tomaba, lo llenaba y lo pasaba al

vecino, insistiendo, obligando a todos a beber. Algunos protestaron debidamente.

—¡Despacio, qui hay aujeros, Matuco! —dijo uno— y Lanzaseca agregó:

—¡Nu apure... güeyes flacos en cuestarriba!

A lo que respondió el negro intentando una sonrisa:

—¡Pucha! Vucedes son frojos como fumo de pueblero!...

Y para probar que no eran flojos, todos y cada uno *se le durmieron* al jarro, que Matuco hubo de llenar de nuevo para concluir la vuelta.

El guisado de gallina terminó en medio de una extrema alegría y sin que nadie hiciera ya caso de Jacinta, quien, por su parte, no desplegaba los labios. Cuando se levantó para recoger los platos, Matuco se ofreció para ir a cortar los asados y salió sin ser advertido por los demás comensales, que medios borrachos ya, reían y gritaban recordando y discutiendo la parte de gloria que le había cabido a cada uno en las sangrientas aventuras de la vida pasada.

Volvió Matuco al rato, al mucho rato, trayendo una fuente más grande que la anterior. Los bandidos miraron golosamente los dorados trozos de carne y no pudieron advertir la extraña expresión de alegría feroz dibujada en el rostro del negro, ni se dieron cuenta de la amenaza encerrada en esta frase que lanzó sonriendo:

—¡A noite está preñada como pra parir rayos!...

Casi todos estaban ebrios ya; y mientras comían el asado, concluyeron de emborracharse. Matuco no cesaba de escanciar el vino con actividad inusitada, que en otros momentos hubiera sorprendido a sus com-

pañeros quienes lo sabían perezoso como perro viejo y pontífice del egoísmo.

El patrón y Jacinta se retiraron; Lanzaseca había cogido la guitarra y cantaba con voz enronquecida, décimas uruguayas y *modinhas* brasileñas.

—¡Dame vino, retinto!

—¡Gostoso! —replicó Matuco llenando el jarro; y como el cantor dijese:

—Jacinta te pagará el servicio; —él contestó tarareando con entonación casi tétrica:

Dos homes aceito a paga,
Das moças não quero nada!...

Y arrebatando la guitarra la hizo vibrar de insólita manera. Las cuerdas parecían lanzar quejidos y amenazas, en unas armonías que tan pronto semejaban el silbar del huracán en las ramosas quebradas de la sierra, como el sordo y lejano rugido del puma cuando penetra entre las pajas del estero. Los dedos negros y gruesos y nudosos, corrían con vertiginosa celeridad, produciendo compases extraños, agudos como colmillo de *cruleva*. o roncos como la voz del trueno en la montaña; ásperos lo mismo que hojas de caraguatai, amenazante cual los crepúsculos rojizos del *sertão*, briosos cual los potros libres de la sierra. De pronto, ante el asombro de los espectadores, Matuco empezó a cantar:

¡Oh vinho é sangue de Christo,
E' alma de Satanás·
E' sangue quando ell é pouco,
E' alma quando é demais!

Uno de los bandidos, cuya cabeza se inclinaba so-

bre la mesa y cuyos ojos sanguinolentos se mantenían en continuo parpadeo, gritó con voz estropajosa:

—¡Veen... ga... viii... no!

—¡Vino! dijo el otro.

—¡Vino! confirmó Lanzaseca.

—¡Não hay mais vinho! —declaró el negro.— ¡Agora vein a cachaza!

Y pasó la botella de caña que sus amigos recibieron con alegría, apurando cada uno cuatro o cinco sorbos seguidos. El nuevo licor llevó la embriaguez al paroxismo y eran tales los gritos, los cantos desconcertados, las risas sin objeto y los juramentos sin motivo, que Matuco volvió a decir, con la misma entonación solemne de poco antes:

—¡A noite está preñada como pra parir rayos!

—¡Miente! —respondió uno.

Y entonces el negro, que a veces hablaba en portugués, a veces en portugués y español mezclados y en español a veces, destrozando siempre ambos idiomas, dijo con voz helada:

—A os meninos e a os velhos, tein que se acreditar sempre, porque os meninos ainda não saben mentir, e os velhos ja não saben.

Lanzaseca, que era el menos borracho de todos, y que desde largo tiempo atrás había estado observando con recelo la actitud extraña de Matuco, quedóse absorto al escuchar su última y sentenciosa frase. Jamás Matuco había pronunciado tantas palabras seguidas, y aquella intempestiva elocuencia, junto a sus anteriores observaciones, le dio a cavilar. Lanzaseca era, a la vez que uno de los más feroces, el más maula de la banda, y por ello, el más prudente y avisado. Sin saber por qué tuvo miedo; sintió instintivamente un peligro, y como era su hábito en análogas circunstan-

cias, pidió a la astucia lo que no podía darle el valor. El miedo había casi disipado su borrachera, pero encontrando oportuno no demostrar la lucidez de su espíritu se afanó, al contrario, en exagerar la embriaguez.

Un profundo silencio había sucedido a la algazara de momentos antes. Dos de los peones dormían profundamente, los brazos apoyados sobre la mesa grasienta, y sobre los brazos, la cabeza inmovilizada por el alcohol. Lanzaseca hizo como los otros y fingió dormir.

VI

Unos minutos transcurrieron. Cerciorado Matuco de que todos estaban agarrotados por la embriaguez, salió sigilosamente para volver a entrar trayendo dos tarros de kerosene que empezó a desparramar por el suelo. Concluidos, tornó a salir y volvió a entrar con dos tarros más.

Lanzaseca observaba al negro con el rabillo del ojo. Jamás le había parecido tan diabólica la figura del viejo bandolero. Sus ojillos sanguinolentos tenían una expresión aterradora; sus gruesos labios amoratados se contraían en una terrible sonrisa, y temblaban las pulpas de su desparramada nariz, cual si estuvieran gozando del perfume de un asado apetitoso.

No contento en bañar con petróleo el suelo, las puertas y los muebles, Matuco levantó la lata y roció con el líquido infecto, las ropas de los bandoleros dormidos. Al sentir Lanzaseca que caía sobre su cuerpo el aceite, siniestro en aquellas circunstancias, tuvo un involuntario estremecimiento, y le vinieron tentaciones de gritar y abalanzarse sobre el negro. Pero fue sólo una ráfaga de coraje, desvanecida, inmediatamente

después de observada la torva y amenazante fisonomía del liberto.

Las dos velas de sebo, ya casi concluidas lanzaban una claridad mortecina en el recinto donde sólo se oían los ronquidos de los facinerosos dormidos. Con gran cautela, Matuco fue hasta la ventana enrejada, y la abrió. Echó en seguida una mirada investigadora, meditó un momento y tornó a salir apresuradamente. Su obra no estaba completa aún: algo faltaba para rematar dignamente la fiesta nupcial del amo.

Volvió a entrar a poco trayendo un gran brazado de leña seca, que fue a poner junto a la puerta, ya cerrada, que daba comunicación a las piezas ocupadas por el amo. La idea le entusiasmó y sonriendo lúgubremente, fue en busca de más leña, que, esta vez, amontonó alrededor de la mesa. Hizo varios viajes y los bandidos fueron casi tapados con las ramas, que formaban una enorme pila en mitad de la pieza.

Hecho esto, Matuco meditó de nuevo, de nuevo sonrió de manera diabólica, y partió.

Lanzaseca entonces, temblando, castañeteándole los dientes, pálido como un muerto, salió cautelosamente de entre la ramazón y se escabulló yendo a ocultarse entre los espinillos, cinacinas y membrillares del cerco. Desde allí vio al negro que volvía a entrar llevando otras dos latas de kerosene. Arrastrándose contra el muro de la casa, pudo observar cómo Matuco desparramaba el contenido de las latas sobre los montones de leña, y cómo, luego, tomaba el resto de vela y les prendía fuego.

Hecho esto, Matuco retrocedió, cerró la puerta, la atrancó sólidamente por afuera, reatándola con lazos, sobeos y alambres. No satisfecho todavía, arrimó un

carrito que había en el patio; echó encima el barril del agua; luego un arado, después palas, picos, ladrillos, cuanto encontraba a mano, a fin de tapiar en absoluto la puerta.

Lanzaseca, oculto nuevamente entre las ramas del cerco, miraba estos preparativos mudo de terror, asombrándose de que pasara el tiempo y no se produjese ninguna novedad adentro. En la semioscuridad de una noche de tormenta, el caserón blanqueaba, recio, sereno, silencioso.

En tanto, Matuco, infatigable, corría de un lado a otro, amontonando objetos en la única puerta, que ya casi desaparecía ante la barricada. Nada le parecía bastante al negro para hacer imposible la salvación de sus víctimas. Mientras buscaba en el patio y en el galpón, vio en un ángulo de éste, una pila de rollos de alambre. Lanzó un grito de alegría salvaje y, corriendo, empezó a hacerlos rodar; uno tras otro, apilándolos junto a la puerta. No le pareció bastante aún; la pila de leña era grande: hacía poco que se había *monteado.* Fue allá y con esfuerzos prodigiosos, empezó a cargar y transportar gruesos troncos de coronilla, de espinillo y de guayabo. En seguida arrojó por encima de todo varias brazadas de ramas secas, y prendió fuego a todo. ¡Por allí no saldrían!...

De pronto, en el solemne silencio de la noche, se oyeron varios gritos angustiosos que salían del interior del edificio; y poco después, un rugido largo, agudo, terrible, en el que Lanzaseca reconoció la voz del amo.

Completamente enloquecido por el miedo, saltó el cerco y echó a correr en dirección al cerro inmediato, que trepó con agilidades de cabra. Cuando estuvo en

lo más alto, se dejó caer sobre una reja y volvió los ojos azorados hacia el caserón de la estancia.

Entonces, un espectáculo asombroso se presentó a su vista, haciéndole dudar de si estaba despierto o si era víctima de una horrible pesadilla engendrada por el alcohol absorbido en el festín.

La estancia era una hoguera inmensa. De segundo en segundo, furiosas llamaradas brotaban de la entraña del edificio y culebreaban entre la humaza que ascendía velozmente, y empujada por el viento, se desparramaba, rumbo al Brasil, para ir a contarles a las famosas serranías el trágico fin de los que fueron sus trágicos señores. Era aquello como un horno colosal, de donde brotaba un borbollón de fuego, y Lanzaseca se imaginaba a sus compañeros, sorprendidos en la estupidez anonadadora de sus borracheras, por una muerte horrorosa; y se imaginaba sobre todo, al jefe, el rubio feroz, al tuerto terrible, bramando como fiera en su impotencia, revolviéndose en medio del brasero, loco de rabia y de coraje. Se lo imaginaba, primero durmiendo plácidamente tras la satisfacción de sus apetitos infames; se lo imaginaba después, de verse aprisionado en su propia cueva, escarbando el suelo como toro enfurecido, dominando el fragor del incendio con sus blasfemias espantosas, con sus imprecaciones de cíclope vencido...

Y en tanto las llamas, salían y se elevaban, remolineando ante la vista asombrada del viejo y sórdido viraró, cuyos gajos duros y torcidos había soportado el ultraje de centenares de borrascas.

Y lo que concluyó por desconcertar enteramente a Lanzaseca, fue el distinguir, al resplandor de las llamas, envuelto en ellas, negro como las pavesas del incendio, siniestro como un demonio, a Matuco, de pie

sobre el torrejón que dominaba el ángulo oriental de la azotea. El bandido agregaba que, desde la cúspide del cerro, y merced a la intensa claridad, pudo ver al negro, inmóvil, dibujada en los gruesos labios cárdenos, una diabólica sonrisa triunfal. Y no pudo ver más; porque medio enloquecido, echó a correr en dirección al Brasil; traspuso la línea fronteriza y se internó en las serranías, sin volver la vista atrás, sin detenerse un instante, cual si le fueran persiguiendo las lenguas de fuego del incendio y la rabiosa voz del jefe que se estremecía iracundo en su prisión de llamas.

....
....

Eso cuenta la leyenda: y agrega que el cuervo familiar que bosteza eternamente sobre el derruido torrejón, es el mismo Matuco, quien perdurará por los siglos de los siglos, para dar testimonio de su terrible venganza.

FACUNDO IMPERIAL

A Martiniano Leguizamón.

No es fábula, es una historia real y triste, acaecida en una época todavía cercana, bien que sepultada para siempre; es una historia vulgar, un crimen común, sin otra originalidad que el procedimiento empleado para realizarlo; trasunto de los tiempos bárbaros y avergonzadores del caudillismo analfabeto y sensual, repugnante episodio de despotismo cuartelero que ya sólo puede revivir en las creaciones evocadoras del arte.

I

En la campaña del litoral, en casa de un rico hacendado, al finalizar la esquila. A la tarde se ha merendado en el monte bajo amplio cenador silvestre formado por apretadas ramazones de sauces y guayabos; la alfombra era de trébol y gramilla; los adornos, tapices escarlatas de ceibos en flor, albos racimos de arrayán, guirnaldas de pasionarias y rubíes de arazá; la orquesta, cuatro guitarras que sabían gemir como calandrias cantando amores en el pórtico del nido al apagarse el sol; por únicos manjares, doradas lonjas del tradicional asado con cuero.

Por la noche se bailó en la sala de la estancia. Muchas parejas, mucho gaucho burdo, mucha criolla tímida; destacándose en el conjunto de rostros bronceados y de polleras almidonadas, Rosa, la morocha de ojos más negros, de labios más rojos, de cuerpo

más airoso; entre los hombres, imponiéndose estaban Santiago Espinel, comandante, comisario y caudillo, y Facundo Imperial, joven, rico, buen mozo. Ambos cortejaban a Rosa: ambos se odiaban.

Espinel era bajo y grueso; tenía estrecha la frente y pequeños los ojos, roma la nariz, carnosos los labios, copiosa la barba.

Imperial era alto, delgado, garboso; linda la cabeza de rizada cabellera, enérgica la aguileña nariz, algo pálido el rostro y de un rubio oscuro la barba muy sedosa y muy brillante; los ojos color topacio, tenían la mirada suave, aterciopelada, de las razas que mueren.

Rosa sentía instintiva predilección por el comisario, cuya insolente grosería emparejaba con las tendencias cerriles de su alma; pero sus veinte años elevaban mezclado con el simple aroma campesino, el acre perfume de una filosofía práctica. Rosa había estado en la ciudad; sus dedos habían gustado el voluptuoso placer de estrujar telas de seda, sus ojos se habían deleitado en la contemplación de blondas de encajes, de pieles, de plumas y de joyas, y en su imaginación flotaban indefinidos ensueños de riqueza y de lujo. Como Imperial era rico y bueno, la criolla dudaba.

Esa noche, en el baile, Facundo fue, desde el principio, su preferido. Espinel, furioso al verse desdeñado, no tardó en partir, yendo a cruzar campos, en lo lóbrego de la noche, para mascar la raíz amarga de la derrota y rumiar la venganza.

Facundo quedó solo y triunfante. Rosa, un tanto mortificada al principio con la brusca partida del comisario, recobró sin demora su alegre frivolidad, extremando las amabilidades para con su cortejante. Y

cuando éste, tímido, trémulo, tartamudeante, le dijo, casi al oído:

—¿Hoy también nos separaremos sin que dé ese sí que... — ella lo interrumpió, exclamando:

—¿Está muy apurado?...

—Siempre hay apuro en conseguir la felicidad.

—Si la suya consiste en conseguir mi cariño, no necesita andar mucho.

—¿Entonces?... ¿me acepta?

—Lo quiero — dijo ella simplemente, tendiendo la mano que el mozo estrechó con fuerza entre su ancha y ruda mano de paisano laborioso.

No vio Imperial que la mujer adorada ligaba su existencia a la suya, en pacto solemne, sin asomo de emoción; no vio la glacial, la humillante tranquilidad con que había resuelto el más fundamental problema de la vida. No vio nada. Cuando un hombre ama a una mujer, y esa mujer le dice: "¡Te amo!" ¿quién se detiene a observar y analizar su semblante?... El amor sólo entra en nosotros cuando la razón, centinela del espíritu, se queda dormida.

* * *

Poco tiempo después Imperial y Rosa se casaron. El gaucho cesó de concurrir a las reuniones. Ya no cuidaba parejeros, ya había olvidado el naipe y la taba, y hasta descuidaba un tanto sus haciendas, para consagrar mayor tiempo a su adorada. Vuelto del trabajo sentábase junto a Rosa, bajo el toldo esmeralda de un venerable paraíso, y era aquél su paraíso.

Mientras su mujercita cebaba el amargo, él recostaba la cabeza en el seno opulento, y su mano callosa jugaba con la larga y negra trenza. Las tiernas fra-

ses, expresión de su cariño y de su dicha, se formamaban sin adquirir sonido. En las sombras tibias del crepúsculo, en el silencio infinito de la campaña, su alma se adormecía, sus labios buscaban los labios de la morocha, y su corazón latía despacio, con la inefable tranquilidad del obrero que ha concluido su trabajo y reposa.

—¡Prenda! —murmuraba el gaucho.

—¡Vidita! —exclamaba ella besándolo.

—¿Me querés mucho?

—¡Bobo!...

Y las sombras se iban espesando, un toldo plomizo sustituía al dosel azul; el paraíso suavizaba sus contornos, se apagaban los rumores y dulcísima paz acariciaba el alma del paisano.

Diez meses habían transcurrido así, cuando una tarde se presentó de improviso el comisario. Facundo empalideció, presintiendo una desgracia; pero el caudillo sonriendo mansamente, le tendió la mano, y le dijo:

—Buenas tardes, amigo Imperial y la compaña... ¿No interrumpo?

Rosa se empurpuró. Facundo ofreció una silla. El comisario se sentó, aceptó un mate y durante un tiempo habló de cosas indiferentes y sin importancia. Después, poniéndose de pie, dijo con acento extraño:

—Siento tener que molestarlo, amigo Imperial, pero el jefe lo manda llamar.

—¿A mí?... ¿Para qué?

—No afirmo, pero colijo que sea por cosa de elecciones.

—Está bien, mañana iré —respondió Imperial.

Espinel se despidió y partió. Facundo no durmió esa noche, luchando con un enjambre de ideas negras y pesadas como nubes de tormenta. Rosa también pa-

deció inquietudes. Se levantaron de madrugada. Pronto a partir, Imperial tomó en sus brazos a Rosa y la besó apasionadamente en la boca y en los ojos, exclamando con acento triste:

—No sé por que temo que algo malo me espera.

—No seas tonto. ¿Qué te va a pasar?...

—No sé — replicó Facundo, y al fijar sus pupilas leales en las pupilas oscuras de su amada, le pareció advertir que su amada no experimentaba pena alguna con su partida.

Tornó a besarla, y notando que las lágrimas amenazaban afrentar sus ojos varoniles, montó a caballo y partió a galope, sin volver la cabeza.

* * *

Al llegar a la jefatura de policía, el coronel lo recibió afablemente y lo convidó a comer, pero esquivó todas las explicaciones que Imperial solicitaba con insistencia. Concluída la cena el jefe díjole:

—Usted debe estar cansado; vaya a acostarse y mañana charlaremos.

El paisano intentó protestar; pero el coronel impuso silencio, ordenando al oficial que estaba al lado suyo:

—Acompañe al señor.

Lo condujeron al fondo del edificio, hacia una pieza sin luz. Facundo, receloso, se detuvo en el umbral de la puerta. El oficial que le acompañaba, dióle entonces un violento empujón, y antes de que el gaucho hubiera vuelto de su asombro, varios soldados le cayeron encima, agarrotándole.

II

Esa misma noche, cargado de cadenas como un bandido peligroso, lo llevaron, en compañía de una veintena de infelices, a un cuartel de infantería situado en la ciudad próxima.

Al día siguiente le cortaron el pelo, le afeitaron y lo obligaron a trocar su traje civil por el uniforme de soldado de línea, sin que él opusiera resistencia, atolondrado como estaba con la insólita, inexplicable aventura. Pero cuando se vio uniformado, dándose cuenta de que había dejado de ser hombre libre, cuando contempló los muros siniestros de aquel cuartel famoso, la reflexión comenzó a obrar. descubriéndole la terrible verdad. Lo habían cazado, y en adelante sería uno más entre los infelices "voluntarios", como con sangrienta ironía se les llamaba en esa época.

¡Lo habían cazado!... Pero ¿por qué? En las *razzias* enderezaban al gaucho pobre y desvalido; cuando un individuo de alguna significación se hacía sospechoso, en vez de encerrarlo y hacerlo marcar el paso, se recurría a medios más expeditivos. Luego, él, rico, considerado, sin enemistades de política, por cuanto nula casi fue siempre su actuación en ella, ¿obedeciendo a qué causa lo humillaban así?...

La clave del enigma estaba cercana, y bastóle a Facundo evocar un nombre para aclarar el misterio: ¡Espinel!... Espinel, herido en su orgullo de hombre, de comisario, de comandante y caudillo, abusando de su poder y de su influencia para realizar la más atroz venganza!...

—¡Ah, miserable!... —exclamó Imperial, y de inmediato otra idea, más dolorosa y más terrible, na-

ció en su espíritu; ¿si Espinel le hubiera hecho aherrojar para?... ¡No, no! ¡imposible!... ¡Rosa se dejaría matar antes de ceder a tan infame propósito!...

En ese estado de ánimo se encontraba cuando un sargento, un negro alto y fornido, entró y le dijo con voz áspera y conminatoria:

—¡A la estrucción!...

El gaucho observó al sargento, quien, muy marcial dentro del uniforme de brin blanco y almidonado, lo miraba impasible, frío, sin una expresión en su rostro de ébano.

El cautivo salió, andando, inseguro, obedeciendo sin saber por qué.

En la espaciosa plaza de armas estaban ya, formados en pelotón, sus veinte compañeros de infortunio. Un cabo, armado de una vara de membrillo, les hacía marcar el paso.

Y la vara funcionaba, cimbrándose sin piedad sobre las piernas de los reclutas, quienes inclinaban la cabeza, humildes, rendidos de antemano, sometidos y resignados a los vejámenes.

En cuanto a Imperial, la contemplación de aquella escena le encendió el rostro en un borbollón de grana, y al ordenarle el sargento ¡firme!, él echó un pie atrás, sacudió la cabeza con ademán de gaucho bravo dispuesto a jugar la vida, y, rabioso, escupió una palabra fea.

Rápidamente, el sargento armó la bayoneta, pero en ese mismo instante un capitán, que cruzaba el patio y que había visto y oído, corrió, espada en mano. Bajo, grueso, trigueño, el quepís inclinado sobre la oreja y como incrustado en la crespa melena de mulato, un hombro alzado, caído el otro, entornados los

párpados, desdeñoso el labio, el capitán gritó con voz nasal:

—¿Qué dice ese sarnoso?...

Facundo, pálido de coraje, fulgurantes los ojos, respondió:

—¡Digo que quiero hablar con algún jefe, que quiero saber por qué me han traído aquí, a mí que soy un vecino, un estanciero! — Y luego en un arranque de orgullo, agregó: — ¡Tengo tres leguas de campo y más de seis mil vacas!...

—¡Seis mil palos te vi'atracar yo, trompeta! —replicó el oficial; y uniendo la acción a la amenaza, descargó un hachazo feroz sobre la cabeza del rebelde que se desplomó ensangrentado y sin sentido. Sin compasión, sin misericordia, el bárbaro continuó dando palos hasta cansarse el brazo. Entonces ordenó:

—¡Cepo colombiano!...

Unos cuantos soldados presentes cargaron con la víctima, conduciéndola al calabozo donde habría de sometérsele al castigo decretado.

Los reclutas habían presenciado horrorizados la rápida escena. El cabo instructor gritó:

—¡Vivo! ¡vivo!... ¡Un dos, un dos, dos, dos... — y la vara de membrillo continuó cayendo inclemente sobre las piernas, sobre las espaldas, sobre las cabezas de los desdichados que marcaban el paso sin una protesta, sin ánimo de rebelión, perdida la conciencia de hombres libres.

III

Durante todo el día y durante toda la noche permaneció Facundo en el cepo colombiano. Al concluir la tortura, su cuerpo ardía, sus sienes latían con fuerza,

los ojos tenían reflejos metálicos, los labios estaban descoloridos y resecos. Hubo que pasarlo a la enfermería.

El médico diagnosticó una fiebre grave; sin embargo, la robusta constitución del gaucho se impuso, y pocos días después entraba en convalecencia. Cierta tarde, el soldado que le llevó el rancho, preguntóle afablemente:

—¿Cómo sigue don Facundo?...

El prisionero volvió la cabeza, extrañado de que lo llamasen por su nombre, y más extrañado aún de escuchar voces afables en aquel sitio que comenzaba a considerar como un infierno, donde todos los rostros expresaban odios y donde todas las palabras traslucían rencores. El soldado comprendiéndolo dijo:

—Soy Lucas Ríos, de Pago Chico.

—¡Ah!

—Si en algo puedo servirlo...

Lucas Ríos había sido peón de Facundo: lo conocía, era un paisano bueno y leal a quien en cierta ocasión había prestado un servicio importante.

—Gracias, amigo, — contestó con evidente emoción; y luego:

—Si pudiera conseguirme con qué escribir una carta...

—¡Cómo no!... ¡Y llevarla ande quiera también!...

—Al correo, no más.

—Aurita güelvo.

A poco volvió, efectivamente, y merced a su buena voluntad, Imperial pudo escribir y enviar a su esposa, a su inolvidable, a su siempre amada Rosa, la carta que sigue:

"Mi china querida: Ya sabrás que me agarraron

como malevo y me metieron en un cuartel lo mismo que pudieran hacer con cualquier gaucho de maletas, vago y bandolero. Yo sé quién fue el autor de la artería: uno que te codiciaba, mi prenda, y que, en su despecho, quiso hacerme pagar muy cara la dicha de guardarte en mi rancho y vivir en tu corazón. Maniado como oveja me trajeron al cuartel, me vistieron de tropa y un mulato con galones intentó afrentarme. No pude defenderme, no tenía armas; me golpearon, me apalearon... ¡Me apalearon, mi vida, me apalearon, a mí, a tu Facundo!... Me dejaron sin sentido y he estado en cama, medio por morirme, no sé cuántos días. Lo que sufrí no lo sabrás nunca, porque es imposible explicarte el entrevero de penas que estuvieron mordiéndome el cuerpo y el alma... Ahora empiezo a criar fuerzas y, siempre pensando en vos, mi chinita querida, voy empollando el desquite. Me han humillado, se han limpiado las manos en mí. Yo siempre fui bueno y tranquilo; vos lo sabés y todos lo saben en el pago; pero Facundo Imperial no es perro manso que se agacha si lo castigan. ¡Todavía me arde la marca y la sepultura está esperando al bandido que me sableó indefenso!... Ya lo he pensado bien, en las largas noches sin sueño, pasadas en este cuarto, sólo con mis dolores y mi vergüenza. Lo mataré al indigno, lo mataré infaliblemente; pero eso será más luego. Antes tengo que arreglar otras cuentas. En seguida que esté sano me ingeniaré para ganar la puerta, desertarme y volver al pago en busca de Espinel. Lo encontraré, lo encontraré, aunque se meta en la tierra y cave como peludo; y entonces, mi vida, entonces, a pesar de ser grandote, ¡cuerpo le va a hacer falta para recibir puñaladas!... ¡Por algo se ha de desgraciar un hombre, y yo te aseguro que a ese sa-

bandija, cobarde y traicionero, lo dejaré muy pronto con la panza hacia arriba y las achuras de afuera, para evitarles trabajo a los caranchos y los chimangos!... Después, te alzaré en ancas de mi tordillo, te llevaré muy lejos, donde Dios quiera ampararnos, te esconderé en pagos ajenos, te guardaré muy bien, estrellita mía, y volveré para concluir mi venganza, ¡porque mientras viva uno solo de los miserables que me humillaron, tendré vergüenza de decir que soy hombre! ¡Adiós mi vida, mi flor de ceibo, mi lindo lucero!"

IV

Transcurrió un mes. Facundo Imperial marcaba el paso junto a los otros reclutas, y, como ellos, aprendía el ejercicio al rayo del sol, en el amplio patio del cuartel. En apariencia sometido, estaba a la espera del momento oportuno para huir, conservando vivas en el alma las altiveces ingénitas y los rencores acumulados durante el afrentoso cautiverio.

Y así, en resignada expectativa, pasó otro mes. Sus compañeros empezaron a tener puerta franca; pero para él no se abría nunca aquella puerta maldita. Los demás iban amoldándose a la suerte; en cambio, Facundo enflaquecía, languidecía, consumíase lentamente requemado por las ansias de vengarse y el deseo de volver al pago.

Pasó otro mes. Era un sábado. Se había pagado a la tropa y se había dado puerta franca; casi todo el batallón se lanzó a la calle en busca de aire, de luz, de libertad, de bajos e innobles placeres que hicieran olvidar momentáneamente los diarios sufrimientos de sus existencias de esclavos en la ignominia cuartelera.

Sólo para Facundo no tenía tregua el encierro. Nun-

ca una licencia, jamás una salida, ni aun para las guardias fuera del cuartel: se le guardaba con precauciones, como a una bestia peligrosa.

Ese día su corazón rebosaba amargura. Cuando todos hubieron partido, cuando se vío solo en el inmenso patio rodeado de murallas, cuando observó la única puerta guardada por bayonetas, sintióse ahogado por una tristeza infinita. Más que el deseo vehemente de vengarse, más que el deseo ardoroso de ver a su mujercita, fue la nostalgia del pago, extendiéndose en espeso nublado por su espíritu. El recinto del cuartel, no obstante su amplitud, aparecíasele con estrechez de celda, en la cual sus pulmones, habituados al derroche de aire y luz en las inmensidades camperas, trabajaban con fatiga. Flaqueó su energía, una lágrima humedeció sus ojos...

Por largo rato anduvo errante, fumando con vicio, baja la vista, el cuerpo encorvado y el pensamiento distante, muy distante, recorriendo los llanos y las cuchillas, las cañadas y los arroyos de la comarca nativa, o durmiéndose a la sombra del frondoso paraíso del patio de su estancia, junto a Rosa, sol de sus días, luna de sus noches, estrella del rumbo en el viaje de la existencia... Sin duda alguna el sufrimiento iba desgastando rápidamente sus energías orgullosas. Sólo así podía explicarse que se acercara a un grupo de oficiales reunidos bajo el corredor del cuartel, y que, cuadrándose y haciendo la venia, dijese:

—Mayor... Vengo a pedirle que me dejen salir siquiera una vez...

Los oficiales lo miraron con asombro.

—¿Quién es este idiota? —preguntó el jefe.

Imperial respondió, humildemente, sin experimentar el ardor de la bofetada:

—Soy un vecino bueno, señor; no he hecho mal a nadie, se me trajo por maldad; tengo familia, señor; no he cometido ningún delito...

El mayor lo miró fijamente y dijo:

—¿Tenés mujer?...

—Sí, señor.

—¿Es linda?

Imperial comprendió y enrojeció de indignación. Le castañetearon los dientes, se le inyectaron de sangre las conjuntivas, tembló todo y respondió con voz ronca:

—¡Es linda y es mía!... ¡Es mía como el ganado de mi señal y los caballos de mi marca!... Vos, ¡canalla!, no has de tener... ¡ni padre!...

Jefe y oficiales pusiéronse de pie echando mano a las armas. El primero gritó:

—¡Cabo cuarto! —y cuando aquel llegó presuroso, acompañado de dos soldados, agregó, serenado ya:

—Lleven ese hombre al calabozo y delen cincuenta azotes.

Facundo no intentó resistir: sus fuerzas físicas y morales estaban agotadas. Se sometió; lo llevaron y soportó resignadamente el tormento. ¿Qué había de hacer el infeliz? ¿Qué puede hacer un hombre a quien le cae encima una montaña o lo arrastra un río desbordado?...

V

Pasaron dos meses más, y Facundo escribió a su esposa una segunda carta concebida así:

"Mi prenda querida: Hace cerca de medio año que me tienen encerrado; en todo ese tiempo no he salido a la calle una sola vez; y tú no te imaginas como es triste tal vida de galpón para un potro como yo. ¡No

sé por qué me muestran tanto rigor; no sé por qué me queman con la marca tan sin piedad!... El coronel me prometió darme salida un día de estos.

Me dijo que no se me dejaba salir temiendo me desertase. He contestado que no. ¿Dónde voy a ir? Protesto y no me creen. El coronel es bueno, no me trata mal, pero desconfía, a pesar de que yo, sin renunciar a mis propósitos, trato de ocultarlos, convencido de que sólo la astucia puede ayudarme en este trance. Será lo que Dios quiera. Adiós mi amada, muy amada"...

Ya Imperial era un soldado hecho; ya no se mostraba tan huraño; hablaba con los camaradas, en ocasiones aceptaba un trago de caña y a veces reía. La bárbara disciplina del cuartel había quebrado su carácter altanero, su soberbia gaucha. Las humillaciones diarias, los repetidos insultos, los continuos castigos, habían concluido por domarlo. Carcomida la dignidad, coraza mortal, la moral se destruía precipitadamente, como se destruye una muela después de averiado el marfil protector. Llegó a ser, al igual del mayor número, un esclavo sometido. Pero así y todo no le dejaban salir. Ahora, mordido en lo hondo por la degradación progresiva, la idea vengativa había casi borrádose en su mente; apenas le atormentaba el recuerdo de la esposa ausente, de la fortuna secuestrada, de la vida antigua de señor rico en pago propio. Al oir, en el crepúsculo de la cuadra, las relaciones de los camaradas contando sus divertimientos durante las veinticuatro horas de franquicia, la envidia le roía el pecho, desesperado por salir, por beber con ellos el *duraznillo* en el almacén de la esquina, por echar con ellos una moneda de cobre en el *cuadro* de una ruleta, por *amacarse* como ellos, en las danzas lascivas de

una *academia*, por gozar, como ellos, la embriaguez consoladora de las negras abyecciones...

Salir, aun cuando fuese por un rato, abandonar siquiera por una hora la terrible cárcel, llegó a ser una obsesión en Facundo. Venciendo las últimas resistencias del amor propio, se atrevió un día a solicitar humildemente del coronel un permiso de salida. El jefe contestó con sequedad:

—No.

—Pero señor —balbució Imperial— vea que hace un año que me tienen encerrado. ¡Déjeme salir un ratito no más!...

—¡He dicho que no, retírate!

Facundo insistió:

—¿Qué crimen tengo, señor, para que me traten así?

—El de ser bobo con mujer bonita.

El gaucho enmudeció; púsose densamente pálido; subiòle algo amargo a la garganta, se le nubló la vista, resurgió el orgullo y tornó a salir a flote la dignidad adormecida a palos.

—¡Miserables! —exclamó.

Y ante el asombro del jefe, repitió:

—¡Miserables!... ¡Sí, miserables! ¡bandidos! ¡verdugos! ¡todos ustedes!...

Cinco minutos después, Imperial golpeado y maniatado era conducido al calabozo, de donde debería salir la madrugada del día siguiente para sufrir el inquisitorial castigo a que lo había hecho acreedor su incalificable insubordinación.

Al venir la aurora, el batallón estaba ya formado en cuadro en la plaza de armas. Reinaba un profundísimo silencio, y entre aquellos cuatrocientos hom-

bres más o menos envilecidos, ningún labio se atrevía a sonreír.

Imperial, custodiado por cuatro soldados, llegó hasta el medio del cuadro.

Trajeron una silla; el coronel hizo su entrada, se sentó y cruzó la pierna.

Cuatro reclutas llegaron llevando un poncho patrio, que tendieron en el suelo; otro apareció con un balde de salmuera; dos soldados siguieron, cargados con haces de varas de membrillo.

Todos estos preparativos realizábanse en medio de un silencio absoluto, siniestro, casi fúnebre. Hacía frío, el aire estaba inmóvil; escasa claridad llegaba hasta la plaza de armas, y los soldados, rígidos, mudos, el arma en descanso, parecían hileras de peñascos sombríos.

A una señal del jefe adelantaron diez cabos que se abrieron en dos filas. Imperial despojado de sus ropas, fue llevado allí y obligado a acostarse, boca abajo, sobre la bayeta roja del poncho patrio. Los cuatro reclutas lo sujetaron de pies y manos. Entonces el coronel sacó del bolsillo interior de la blusa un cigarro habano, le quebró la punta con los dientes, escupió el fragmento, y con voz imperativa, ordenó:

—¡Rompan diana!

Luego, encendió el puro, aspiró una humada, y dijo:

—¡Rompan el castigo!

El primer cabo de la derecha, hincó una rodilla en tierra, apoyó el codo de la diestra sobre la otra rodilla y la vara de membrillo se alzó, silbó y cayó sobre las carnes desnudas. La víctima lanzó un grito y se encogió forcejeando inútilmente por escapar a los reclutas que le tenían amarrado. El cabo, después de des-

cargar rápidamente los diez azotes reglamentarios, se levantó cediendo el sitio al contiguo.

Facundo se revolvía desesperado, mientras las varas caían incesantemente, rítmicamente, sobre las carnes maceradas. Y los gritos, los rugidos, las súplicas y las blasfemias eran apagados por la voz de bronce de los clarines y el sordo redoble de las cajas.

Por fin el coronel arrojó el cigarro. Era la señal: los verdugos suspendieron el castigo; la diana cesó. Uno de los cabos, tomó el balde de salmuera, y, con un hisopo de trapo, roció las carnes despedazadas de Facundo, quien yacía sin conocimiento.

En seguida el coronel se puso de pie, adelantóse hasta el centro del cuadro, y con voz tranquila, suave, paternal, como quien da un bondadoso consejo, dijo, dirigiéndose a la tropa:

—Que esto sirva de ejemplo.

VI

Sólo después de transcurrido un mes pudo Facundo volver a las filas. Pero ya no era Facundo: ya no quedaba de él nada del paisano noble y altivo, del hombre de vergüenza, del ser libre, consciente y amante de su derecho. Olvidó que tenía campos y haciendas; olvidó hasta la mujercita tan entrañablemente adorada. Las heridas abiertas en su alma por las primeras humillaciones, habían cicatrizado. Ni recordaba la injuria ni pensaba en venganzas. Por el contrario, adulaba a los jefes, se había hecho servil como todos sus compañeros de infortunio.

De tiempo en tiempo, muy de tarde en tarde, solía recibir cartas de Rosa; cartas breves, frías, indiferentes; frases de condolencia y protestas de cariño que

10 - 24.

sentía falsas, que no llevaban el mínimo calor de las almas que quieren y padecen: Imperial sufrió; sufrió, pero disculpó, perdonó.

Andando el tiempo, Rosa dejó de escribir; Facundo mismo lo hacía muy de tarde en tarde, y sus cartas no tenían ya la vehemencia cariñosa de las anteriores. Su amor, como todos sus sentimientos, fue apagándose de una manera lenta y continua, en la disolución progresiva de su sentido moral. Si alguna vez recordaba sus campos, sus rodeos, sus caballos, el viejo edificio paterno, no lo hacía echando de menos los bienes perdidos, sino considerándolos como propiedad ajena, como algo que no había sido suyo y que le gustaría disfrutar... Solía ocurrirle en las noches, tendido boca arriba sobre la dura tarima de la cuadra, solía ocurrirle evocar el recuerdo de Rosa, solía imaginársela en brazos de otro hombre, sin experimentar torturas.

Había aprendido a emborracharse, estaba iniciado en todas las infamias y en todas las degradaciones cuarteleras. Su existencia anterior no existía en la memoria. El embrutecimiento iba invadiendo cada día una nueva zona del cerebro. Ya no sabía pensar.

Su cuerpo holgaba dentro del uniforme; su rostro, demacrado, color ocre, mostraba los pómulos salientes entre el hueco de las mejillas y el hueco orbitario; en el fundo de éstos, los ojos de córnea amarillenta parecían sin movimiento y sin luz, como si se hubiese roto la comunicación con el alma. El cabello comenzaba a ralear y a blanquear; surcos profundos marchitaban la frente y multitud de arrugas estriaban las sienes. Y, sin embargo, el cuerpo erguido, la cabeza alta, las piernas firmes, parecían no sentir extenuación ni dolor. Su cuerpo, al irse secando, había concluido por

perder la sensibilidad física, del mismo modo que su alma, corrompiéndose, había perdido la sensibilidad moral.

Pero el mal iba haciendo estragos y un día lo abatió, en un instante, de un solo golpe. Hubo que conducirlo al hospital. Allí pasó muchos días, muchos días, humilde y resignado como una bestia enferma.

La monótona igualdad de sus horas fue turbada en la tarde de un jueves por un extraordinario acontecimiento, la inesperada visita de su mujer. Facundo la reconoció apenas. La encontró gruesa, vulgar, ajada y negra.

¿Por qué había venido?... Tomando quizá su enfermedad como pretexto para divertirse en la capital que no conocía. Esta suposición le hizo advertir que Rosa vestía un traje de seda y un elegante sombrero, no salidos, seguramente, de las torpes manos de las modistas del pueblo.

—¿Cuándo viniste? —preguntó el enfermo, sin entusiasmo, sin emoción, olvidado en absoluto su pasado.

—Hace cinco días —replicó Rosa; y luego comprendiendo su aturdimiento, agregó:

—No vine a verte antes porque llegué algo enferma. ¡Con el viaje tan largo! y ¡con los disgustos! ¡los disgustos, sobre todo!... Además no tenía nada que ponerme; vos sabés lo que son las modistas de allá: unas mamarracheras.

Facundo sonrió tristemente. En otro tiempo le habría desgarrado el alma la impiedad de las palabras que escuchaba; ahora en su miseria infinita, tenía el alivio de una insensibilidad completa.

—¿Viniste sola? —preguntó.

Rosa se turbó, se puso escarlata, tosió y dijo después:

—No; Espinel me acompañó... El pobre siente mucho lo que te pasa y se ha comprometido a trabajar para que te suelten.

En seguida, recobrando el aplomo, empezó a bordar su mentira, explicando con frases precipitadas, cómo el comisario se le había ofrecido, muy respetuosamente, ¡eso sí!, asegurándole que él no tenía ninguna culpa, que estimaba mucho a su amigo Imperial y que estaba dispuesto a sacrificarse por servirlo.

El enfermo oyó todo eso con profunda indiferencia, como quien oye la narración de sufrimientos tan ajenos y lejanos que ni conmueven ni interesan.

Al cabo de media hora de charla vacía y necia, Rosa se levantó, pretextando una visita al médico.

—¿No precisás nada?

—Nada, gracias.

Ella le tendió la mano, sin atraverse a darle un beso, y partió, haciendo crujir la falda de seda. Los demás enfermos sonrieron. Imperial cerró los ojos y quedó inmóvil en su deliciosa insensibilidad de bestia que, cansada de trabajar, se siente morir sin dolores.

Durante un mes Rosa visitó con frecuencia a su marido: las primeras veces sola, luego cínicamente acompañada por Espinel, cuya presencia no impresionó de ningún modo a Facundo. En una de esas visitas, que eran cada vez más breves, Rosa se despidió la primera y salió. El comisario entonces preguntó al enfermo:

—¿No precisa nada, amigo Imperial?... Ya sabe, si algo se le ofrece, ocupe al amigo, con confianza...

Facundo reflexionó. Su mujer no le había llevado en sus visitas el más insignificante obsequio; nunca fue

capaz de dejarle una moneda, ni él de solicitarla, no por vergüenza, sino por timidez... Un momento permaneció indeciso; luego, con la impudicia de los seres miserables, hundidos en la crápula, saturados de ignominia, exclamó:

—Si tuviera unos realitos... pa tabaco...

ENTRE PURPURAS

A Eduardo Ferreira.

Policarpo había visto desfilar la triste caravana apeado, junto a unas talas, en compañía del *teniente* Donato y los seis soldados que le acompañaban en su reciente excursión. Cuando todo el ejército hubo pasado, cuando ya se le veía distante, ondulando como una inmensa culebra parda, se volvió hacia sus compañeros y les dijo:

—Muchachos, traigo una "picana" gorda bajo los cojinillos, y mi "chifle" está preñado: todo esto es para luego, si me acompañan hasta aquí cerquita.

—Ande mande, capitán —respondieron los soldados a coro; y Donato, mostrando su dentadura de perro de presa, agregó:

—Vos sabés, hermano Policarpo, que yo soy como el carancho: ande hay carniza me abajo.

—¿Por qué no decís como el cuervo? —replicó uno de los soldados en son de mofa. A lo que replicó airado el negro:

—¡No te cayés, mal hablao, verás si te sumo el facón y te saco el sebo pa engrasar mis garras!

—¡No t'enojés, tizón!...

—¡Tizón te vi'a meter yo!

Policarpo tuvo que intervenir para hacer cesar la disputa, que, sobre el mismo tema, se repetía veinte veces al día.

—Güeno —dijo Montón de humo,— por respeto

a vos, me cayo; alcanzá el chifle pa que se me pase la rabia.

Alcanzóle el mozo la cantimplora; él absorbió un buen trago de caña, y limpiándose la boca con el revés de la mano:

—Aura sí —exclamó,— y'astá pronto el indio.

Y como otro soldado dijera:

—El negro, será; —Donato se amoscó de nuevo y gritó furioso, dirigiéndose a Policarpo:

—¡A ver si aprienden de una vez a rispetar a los superiores!... ¡Che! capitán: ¿yo soy teniente, o no soy teniente?...

Y antes de que nadie hubiera tenido tiempo de replicarle, lanzó una sonora carcajada, y, sacudiendo la cabeza, agregó bonachonamente:

—¿Ande vamos?...

—A un ranchito de aquí cerca.

—¡A chiniar el mozo!

Policarpo se ruborizó y replicó con enojo:

—¡No! El año pasado, cuando venía herido, estuve allí unos días; y como me trataron muy bien, quiero llegar a saludarlos... gente pobre, muy buena, muy servicial.

—Soy testigo — agregó Donato.

Y sin hablar más, los ocho hombres montaron y emprendieron la marcha rumbo al Tacuarembó, cuyo bosque se veía negrear en el horizonte.

Delante iban Policarpo y Montón de humo. El primero vestía chiripá de merino negro, botas de becerro y camiseta, también de merino negro, con pechera tableada, bajo el grueso poncho de paño azul, bayeta colorada y cuello de pana cerrado con alamares de seda. Su caballo, un tordillo pequeño, fornido, ágil, lucía el vistoso apero plateado que había sido objeto

de admiración para Donato, hasta que vio el portentoso "herraje" de Segundo Rodríguez, el coloso que murió gloriosamente en la acción del Sauce. Debajo de los cojinillos, junto a las boleadoras retobadas en cuero de ciervo, se alzaban las infladas alforjas, y más atrás, a los tientos, el maneador bien sobado y engrasado, y la guampita que hacía las veces de copa.

Sombreado por las anchas alas del hongo, el rostro del mozo, antes blanco, hoy dorado, presentaba un aspecto de resolución y de dureza que imponía. Las penurias, el peligro, el ejemplo, el contacto diario con hombres tallados apresuradamente en bloques de granito, dieron a aquella fisonomía, de suyo varonil y enérgica, esas líneas fuertes, esos rasgos firmes que revelan los dedos del infortunio trabajando en la pasta resistente de una alma altanera. En su faz, como en su modo indolente y seguro de montar a caballo, se descubría al gaucho de origen; sin embargo en la mirada honda y escrutadora, en el desdeñoso pliegue de los labios y en el inconsciente pliegue de las cejas, había ese algo indefinido que deja la educación en los espíritus que su luz ha tocado.

En aquella vida independiente y despreocupada, Policarpo se encontraba a gusto; las empresas temerarias que miden las fuerzas, pesan los méritos y producen una admirable selección natural, tenían para él inagotables encantos. Era *jefe* de nacimiento, y así como otros nacen para esclavos, él había nacido para el mando; y por eso mismo, porque la superioridad era innata y no adquirida, su despotismo se manifestaba sencillo, cariñoso, protector. Donato, que trotaba a su lado con los pies descalzos sobre el estribo de hierro, las pantorrillas desnudas, apenas cubierta la región pudenda con corto chiripá de lona y abrigado

el busto con poncho hecho de dos cueros de oveja; Donato, el negro contrahecho, el mono convertido en hombre por un error de la naturaleza, era un compañero, su amigo, y en muchas circunstancias un igual del rico y presumido capitán. Se tuteaban, se manoseaban y, en todos los menudos incidentes de la vida, nada los diferenciaba, nada establecía la superioridad del uno sobre el otro. Pero, cuando era necesario obrar, el *jefe ordenaba.* Montón de humo, bajaba la cabeza, y a veces gruñendo, en ocasiones furioso, se entregaba siempre sumiso ante la voz seca y breve del boquirrubio y ante la mirada imperiosa y fría de aquellos ojos claros.

Como Donato, los demás soldados lo respetaban, sabiéndolo bravo, fuerte, audaz, y lo querían porque era escrupulosamente justo. Inexorable con los pillos, rápido en el castigo, no penaba sino en la absoluta seguridad del delito. Castigar a un hombre que pudiera ser inocente, le parecía una monstruosidad más grande que perdonar a un culpable.

Ese día, Donato llevaba en las oscuridades de su alma más de un resentimiento, rojo y caliente como brasa de madera de ley; pero guardaba silencio y obedecía, esperando el momento de un desquite lucrativo. Así, conversando, cantando, silbando, según su hábito seguía en apariencia contento, mientras el capitán trotaba en silencio y los soldados se quejaban del frío que les amorataba el rostro. Y hacía frío, en verdad, el terrible frío de las tardes azules y serenas que anuncian helada grande.

A lo lejos, junto al monte, negro como los árboles

que le formaban fondo, divisábase un rancho, un bulto informe sobre el cual flotaba una nube blanquísima, semejante a las últimas expiraciones de un incendio.

Policarpo, sobresaltado, interrogó a Montón de humo:

—¿Ves?

—Veo.

—Parece quemazón.

—Parece. Los *zumacos* han asao churrasco gordo en fogón grande!... Con tal que no estén ahí entuavía y nos churrasqueen a nosotros también...

Sin escuchar las últimas palabras de Donato, el mozo picó espuelas y la partida emprendió al galope, en silencio, los labios apretados, los ojos lucientes, las manos oprimiendo convulsivamente los astiles de las lanzas. No necesitaban hablarse, comunicarse nada; aves de presa, el instinto los ponía de acuerdo y los guiaba.

Ya cerraba la noche cuando llegaron junto al rancho, cuyas paredes de cebato se mantenían firmes: en tanto, adentro, donde el techo se había desplomado, las maderas ardían aún, enviando una llama baja y un humo blanco, tenue, que se cernía indolente sobre la ruina.

No había huerto, ni cerco, ni otros árboles inmediatos que algunas talas nacidas de semillas llevadas por el estiércol de los pájaros. El silencio era absoluto, pues los hombres de la partida presintiendo el drama, no se atrevían a desplegar los labios. Al principio no vieron a nadie; pero luego, costeando los muros, Policarpo contempló un espectáculo horroroso. En el suelo, desnudo, tendido largo a largo, estaba un hombre ya anciano, cuyo cuerpo, rojo en sangre, presen-

taba innumerables heridas de daga: a su lado, igualmente desnuda, rígida, el cabello en desorden y la garganta partida de un tajo feroz, había una joven, una niña casi; una de esas vírgenes criollas, de formas perfectas, de piel suave, tersa y colorida como una terracota; y entre los dos muertos, en cuclillas, enmarañada la cabellera entrecana, una mujer, consumida más por las fatigas y privaciones de una vida penosa, que por los muchos años.

A la llegada de los forasteros, la vieja no se movió, no miró, no habló. De cuando en cuando, una llamarada iluminaba su faz enjuta, aceitunada, la nariz filosa, los pómulos marcados, los labios gruesos y el mentón fino y fuerte. Los ojos inmóviles y áridos, la boca contraída, la rigidez de todas las líneas y el color rojizo que le prestaban los resplandores de la hoguera, la hacía semejarse a las estatuas indias halladas en las ruinas de Palenque. Otras veces, el viento, sacudiendo la llama, dejaba la siniestra figura en una semioscuridad que le daba un aspecto aún más fantástico y terrible.

Ante aquel cuadro de dolorosa intensidad dramática, Policarpo y sus hombres —no obstante estar habituados a contemplar escenas sangrientas, episodios conmovedores y agonías horripilantes,— permanecieron mudos de estupor. En la inmensa soledad del despoblado, interrumpido apenas el silencio augusto por los rumores de la cercana selva y el crepitar de las maderas incendiadas; en las medias tintas de la tarde agonizante, aquellos resplandores rojos iluminando a ratos dos muertos desnudos, tintos en sangre y un espectro velándolos, adquirían una solemnidad dominadora.

El capitán fue el primero en reprimir su emoción;

y echando pie a tierra, llegóse a la anciana, y la tocó en el hombro preguntándole:

—¿Qué ha pasado, vieja?

Ella alzó la vista pausadamente; lo miró un rato con fijeza, y por fin, reconociendo a Policarpo, exclamó con voz ronca, preñada de dolor y de odio:

—¡Los bandidos!

—¿Quién?

—Martiniano Lemos.

—Cuente, cómo fue.

—Llegaron... quisieron... El finao repelió... lo mataron... ¡eran muchos!... Dispués... a ella... ¡pobrecita! ¡pobrecita!... ¡Los bandidos!...

—¡Oh! —exclamó Policarpo; y la vieja interpretando mal la exclamación, irguió el busto, apretó los puños y replicó con voz más ronca aún:

—¡Y ya estaba medio muerta cuando la degollaron!... ¡Pobrecita, hija de mi alma!...

Un sollozo semejante a un hipo, la ahogó; y los ojos, abiertos y secos, color de púrpura, brillaban con intensidad de pupila felina. En seguida tornó a quedar inmóvil, absorta en la contemplación de sus muertos, que para ella constituían el mundo.

Policarpo volvió a contemplar los cadáveres; los miembros flacos, velludos, con rudos tendones, del viejo puestero, y los miembros gráciles, torneados, de la niña, cuyo rostro expresaba los tormentos de una muerte horrible. Sobre la frente pálida caían los bucles de un cabello negro, rizado y lustroso; la pequeña nariz, contraída en un espasmo supremo, mostraba las ventanillas cubiertas de espuma sanguinolenta; la boca, grande y de gruesos labios, dejaba ver los dientes menudos y blancos; entre los senos, redondos y firmes, había un gran coágulo de la sangre brotada de la he-

rida del cuello, cuyos bordes cárdenos se habían contraído hacia arriba y hacia abajo.

Policarpo observaba con piedad aquellos labios que él había besado en unos inocentes y castos amores de pocos días; y vio de nuevo en su imaginación, la chicuela alegre, cariñosa, que llenó de luz sus dos semanas de sufrimiento físico. Ella lo había amado, él también: los dos sabían que aquellos debían ser amores fugitivos, pasajera conjunción de dos almas, sin más trascendencia, sin otra ulterioridad, que el delicioso recuerdo de sus caricias puras, de sus divinos éxtasis. De pronto, sintiendo unirse a su innato instinto de justicia su orgullo herido, como si la ofensa lo alcanzara en aquel crimen alevoso, sacudió con rabia la cabeza, y dirigiéndose a la vieja, preguntó con imperio:

—¿A qué hora fue esto?

La pobre mujer, como petrificada, no se movió, no respondió.

Policarpo, impaciente, la sacudió, repitiendo la interrogación:

—¿Oye?... ¿A qué hora fue?...

Ella, sin alzar la vista:

—No sé —contestó.

—¿Hace mucho?

—Hace como... ¡no sé!... ¡Hace rato!

—¿Y no sabe con qué rumbo salieron?

La infeliz tendió el brazo escuálido, señalando el monte y con displicencia:

—P'allá —dijo; — Tacuarembó arriba, po la costa.

Y bruscamente, como si hubiera creído adivinar,

como si una idea hubiera entrado en su cerebro aletargado, dio un salto, se alzó terrible, con sus vestidos, su rostro contraído y pálido, sus ojos lucientes y secos, sus labios trémulos, estirados, negros.

—¿Los vas a seguir? —rugió con acento de leona.

—Sí —replicó el joven con firmeza.

—¿De verdad?

—Sí.

Con un brusco movimiento, los brazos secos de la vieja abrazaron el cuerpo del capitán, y una voz que no tenía timbre humano, dijo:

—¡Matalo m'hijito, matalo!... ¿Me jurás que lo vas a matar?

—Sí —respondió Policarpo conmovido.

—¿A Martiniano?

—A Martiniano y a sus compañeros.

—A Martiniano, sobre todo, m'hijito, a Martiniano. Jurámelo por estos cuerpos, por mi pobre finao, por mi pobrecita querida.

El joven tendió la mano sobre los cadáveres y respondió con voz pausada y grave:

—Juro por ellos que los seguiré y los mataré. Juro que si agarro a Martiniano, yo mismo lo degollaré.

—Gracias, m'hijito, Dios te bendiga —exclamó la anciana. Y, apretando los brazos, juntó su horrible cabeza con la cabeza del mozo y depositó en su frente un beso largo, sonoro y candente.

Policarpo quiso dejar dos hombres para que dieran sepultura a los muertos, pero la vieja se opuso.

—No —le dijo: —váyanse, no pierdan tiempo; vayan todos; ellos son muchos; que no se escapen, que caigan todos!

Policarpo no insistió.

—¡A caballo!

Montón de humo, el único que, con el capitán, había desmontado, y que durante todo el tiempo permaneció junto a los muertos, contemplando con ojos lascivos la desnudez de la niña, montó de un salto y gritó furibundo:

—¡Mueran los asesinos!...

Pero Policarpo, ya a caballo, radiosamente iluminado por un borbollón de grana, que era como el último estertor del incendio, se empinó sobre los estribos, se echó el sombrero a la nuca y, blandiendo la lanza, respondió con voz vibrante de indignación:

—¡Miseria de miseria!... Para hacer el bien, para hacer el mal; para satisfacción de bajos instintos y para restablecer la justicia, para todo, ¡matar!... ¡La muerte anda suelta en esta tierra desgraciada y ya estoy encandilado con el rojo maldito de la sangre y de los incendios! ¡Vamos!...

EL DOMADOR

Para Antonio Monteavaro.

Podría tener veinticinco años, podría tener treinta, podría tener más, pero de cualquier modo era muy joven.

Se llamaba Sabiniano Fernández y hacía poco más de un año que había entrado a la estancia, como domador... El patrón, que tenía una yeguada grande, medio montaraz, cerca de cincuenta potros cogotudos, lo contrató, sabedor de su fama que lo tildaba único en el oficio, como diestro, como guapo, como prolijo.

Era todo un buen mozo, Sabiniano. De mediana estatura, ancho de espaldas, recio de piernas, y con un rostro varonil, de grandes ojos pardos, de fuerte nariz aguileña, de gruesos labios coronados por fino bigote negro y de mentón imperioso. Hablaba muy poco, no reía nunca y la elegancia de su porte tenía un dejo de desdeñosa altivez. Lo consideraban rico; sabíase que era dueño de un campo, que arrendaba, y que su tropilla no tenía rival en el pago; su apero era lujoso, —plata y oro en exceso,— y su cinto hallábase siempre inflado con las libras.

Si continuaba ejerciendo su rudo y peligroso oficio era por encariñamiento, porque para él, domar constituía la satisfacción mayor y tanto más gustada cuanto más morrudo y bravo era el potro, y no porque le importasen nada los ocho pesos oro que ganaba por cada animal amansado.

No se le conocían amigos. El paisanaje lo respetaba pero no lo quería, a causa de su carácter altanero y dominador. Las pocas veces que hablaba, lo hacía en forma de órdenes imperativas, a las cuales se sometían todos, de buen o mal grado, obligados a reconocer que siempre tenía razón, que cuanto decía era sensato.

Y al igual que con los hombres, tenía con las mujeres una urbanidad desdeñosa. Conocíansele amores fugaces, pero ninguna pasión; mostrábase indiferente a las insinuaciones de más de una buena moza seducida por su hermosura viril, por sus proezas, por su arrogancia, por su imperio de domador, domador de bestias y de personas.

Blasa, la hija del estanciero, no escapó al encanto. Era ella una morocha bonita, engreída y habituada a rendir galanes por simple satisfacción de su vanidad femenina.

Sabiniano era una conquista que colmaría su orgullo y consideró fácil el triunfo, basada en los prestigios de su juventud, su belleza y los caudales del padre. Empleó con él la táctica habitual: una mirada lánguida, como en olvidada contemplación, un voluntario rozamiento de manos con cualquier pretexto... y después, la indiferencia, las excesivas amabilidades para con el forastero de visita, que no faltaba nunca.

Empero, el tiempo transcurría y Sabiniano demostraba no advertir los avances de Blasa. En el comedor, cuando hallábase reunida la familia, aparecía amable con ella y hasta se dignaba sonreir de tiempo en tiempo; mas, si accidentalmente se encontraban solos, su adustez era invariable, llegando en ocasiones a la grosería.

Una mañana, en el palenque, él sobaba el "bocado",

esperando que los peones echasen al corral la manada para darle el primer galope a un tordillo negro que ella había elegido para su andar. La moza se le acercó y ofertóle un mate, diciendo con zalamería:

—Para que no lo voltee el tordillo.

—A mí no me voltean aperiases, —respondió Sabiniano con voz áspera; y ella, comprendiendo que lo había ofendido, agregó dulcemente:

—¿A usted nunca lo ha volteado ningún animal?... —y acercándose, le rozó el hombro con su brazo.

El domador la miró con fijeza, dio un sorbo al mate y respondió con acento glacial:

—Potros, alguna vez... yeguas, nunca.

Blasa enrojeció como una flor de ceibo, le temblaron los labios, le relampaguearon los ojos, se le crisparon los dedos y el corazón le latió con violencia, herida en lo más sensible de su orgullo. Quiso responder con una frase altanera y la frase se le cuajó en la garganta; quiso alejarse con ofendido ademán, y las piernas se le agarrotaron.

El le alcanzó el mate y ella preguntó con humildad:

—¿Está bueno?

Sin mirarla, entregado de nuevo a su tarea de sobar el "bocado", Sabiniano respondió:

—Feón: está quemada la yerba.

La muchacha no pudo más; los ojos llenáronsele de lágrimas:

—¡Grosero! —exclamó; y tomando violentamente el mate alejóse a paso acelerado.

El, sin responder palabra, prosiguió su trabajo.

Poco después estaba encerrada la manada y enlazado y volteado el tordillo negro de la "patroncita".

Sabiniano lo ensilló en el suelo, y, desdeñando "ti-

ronearlo de abajo", lo desmaneó y lo hizo levantar de un puntapié en el vacío.

Bufó el potro y se encogió, todo tembloroso, agitadas las orejas menudas y enrojecidos los ojos.

Había público. Estaban presentes el patrón, la patrona, las cinco muchachas de la servidumbre, el capataz y los peones. A diez varas de distancia, recostada en el marco de la puerta del galpón, Blasa hacía dibujos en la tierra con la punta del pie, manteniendo obstinadamente baja la cabeza.

—Vení, pues, a ver jinetear tu potrillo —le gritó el padre; ella se encogió de hombros sin responder.

Dirigiéndose al domador, el capataz dijo:

—Se mi hace que le va a dar trabajo este chimango: tiene facha 'e traicionero.

—Trabajando se gana la plata, —respondió el mozo; y tranquilamente, armó y encendió un cigarrillo.

Un peón tomó al potro de la oreja. Sabiniano mandó que lo largase. Se acercó, cogió las riendas, y de un salto brusco quedó enhorquetado. Al sentir el peso el tordillo tembló violentamente; un rebencazo feroz lo hizo alzarse sobre los remos traseros, para clavarse de nuevo en actitud de expectativa. El domador le hundió las espuelas en los ijares, y el potro, loco de rabia, metió la cabeza entre las manos, se hizo un ovillo y soplando y espumando, tornaba, tan pronto a un lado, tan pronto a otro, haciendo esfuerzos inauditos por desalojar al jinete que no cesaba de castigarlo con el rebenque y con la espuela.

Las gentes observaban en silencio aquel duelo extraño. Blasa había ido acercándose, sin quererlo, dominada por lo soberbio del espectáculo, y en el instante en que llegaba al palenque, el tordillo, furioso, en un arranque de soberbia desesperación, se alzó

sobre las patas traseras y se desplomó sobre el lomo.

Blasa dio un grito y se tapó la cara con las manos. Al quitárselas, — un segundo después, — vio un cuadro épico: el tordillo tirado largo a largo en el suelo y Sabiniano, con el cabestro en la mano. con el pie rudamente apoyado sobre el pescuezo del bruto, sonreía, manteniendo entre los labios el cigarrillo encendido... Luego, dióle un lazaso en la grupa, obligándolo a levantarse, y con increíble agilidad volvió a montarlo de salto. El potro echó a correr en frenética carrera, sin cesar en los corcovos y así ganó el llano para reaparecer junto al palenque, diez minutos después, jadeante, cubierto de espuma, enrojecidos los ijares. Echando las piernas hacia atrás el domador con duro tirón de riendas, que le hizo juntar el hocico con el pecho, lo detuvo, sentándolo sobre los garrones. Desmontó ágilmente, lo desensilló en un segundo y comenzó a palmearlo; sin que el animal rendido, entregado, intentara rebelarse.

Haciendo caso omiso de las felicitaciones y de las frases admirativas, Sabiniano fuése tranquilo al galpón para sorber un amargo.

Blasa, emocionada, se retiró a su cuarto y no apareció en todo el día. Durante más de una semana mostróse airada, agresiva, con el mozo, quien parecía no advertir semejante cambio. Cierta vez que en la mesa, ponderaban sus habilidades de luchador, ella dijo con fiero desdén:

—Total entre un potro y un domador, el más bruto vence.

El dejó vagar en sus labios la fría sonrisa habitual y respondió calmosamente:

—Asigún: hay unos que amansan, hay otros que doman.

Y luego con una entonación cálida, que nadie le conocía, — agregó:

—Para poder domar, es preciso saber domarse a sí mismo; nadie domina a los otros si no sabe dominarse.

Dos meses después, concluida la doma, Sabiniano anunció su partida. Era un sábado y el lunes debía marcharse. El domingo hubo fiesta en la estancia; habían concurrido mozos y mozas de la vecindad, se había bailado toda la tarde, y Blasa engalanada como nunca, coqueta como nunca, danzó, jaraneó, mostróse extraordinariamente alegre, sin tener, sin embargo, una mirada, ni una frase para el domador, quien por su parte, mantenía la imperturbable indiferencia característica.

Después de cena, recomenzó el baile con animación mayor. Sabiniano conversó un rato con el patrón y luego salió al patio, armó un cigarrillo y fue a fumar recostado a los postes del palenque.

Era una deliciosa noche de estío, con una luna grande en medio de un cielo azul purísimo. Solitario, el gaucho echaba humo y contemplaba distraídamente la amplia extensión del campo dormido, cuando un ruido de polleras le hizo volver la cabeza. Blasa se acercó a él y díjole con amabilidad desusada:

—Vengo a buscarlo para que me acompañe en un valse.

—Disculpe, — respondió Sabiniano, impasible; — estoy cansado y tengo que madrugar mucho.

Ella hizo un gesto de cólera, pero dominándose preguntó:

—¿Siempre se va mañana?

El sonrió y dijo:

—¡Dejuro!... Yo siempre hago lo que me propongo hacer.

Blasa no pudo más: los ojos se le llenaron de lágrimas y echándole los brazos al cuello, exclamó entre sollozos:

—¡No! ¡no te podés ir, no te vas, porque yo te quiero!... ¿No sabés que te quiero, malo?...

Tranquilamente, pausadamente, el mozo replicó, sin asomo de jactancia.

—¡Sí, lo sabía, como vos sabías que yo te quiero, pero, te quería así, sumisa, domada, para que fueses feliz y me hicieras feliz... Animal sancocho, no sirve para nada!...

Ella lo abrazó con fuerza, lo besó en los labios, y entregando su voluntad, humilde, rendida, exclamó con un acento de ternura que nunca tuviera su voz:

—¡Mi domador!... ¡mi domador!...

LO MESMO DA

A Adolfo Rothkopf.

El rancho de don Tiburcio, mirado desde lejos, en una tarde de sol, parecía un bicho grande y negro, sesteando a la sombra de dos higueras frondosas. Un pampero, —hacía añares— le torció los horcones y le ladió el techo, que fue a quedar como chambergo de compadre: requintado y sobre la oreja.

No había quien pudiese arreglarlo, porque don Tiburcio era un viejo de mucho uso, que agarrotado por los años, dobló el lomo y andaba ya arrastrando las tabas y mirando al suelo, como los chanchos. Y además, no había por qué arreglarlo desde que servía lo mismo: el pelo de la res no influye en el sabor de la carne.

Lo mismo pensaba Casimira, su mujer, una viejecita seca, dura y áspera como rama de coronilla, para quien, pudiendo rezongar a gusto, lo demás le era de un todo indiferente.

Y en cuanto a Maura, la chiquilina, encontraba más bello el rancho así, ladiado y sucio como un gaucho trova. Maura era linda, era fresca y era alegre al igual de una potranca que ofrece espejo a la luz en la aterciopelada piel del pelecheo.

Sin embargo, en aquel domingo de otoño, blanco, diáfano, insípido como clara de huevo, la chiquilina agitábase en singular preocupación. El seno opulento batía con rabia dentro la jaula de hierro del corsé; las piernas nerviosas hacían crujir la zaraza de la po-

llera acartonada con el baño de almidón; el rostro, que tenía el color y la aspereza de los duraznos pintones, resultaba un tanto pálido, emergiendo del fuego de una golilla de seda roja; los renegridos cabellos, espesos como almácigo, rudos, indómitos, hacían esfuerzos de potro por libertarse de las horquillas y las peinetas que los oprimían; las pupilas tenían el oscuro, misterioso y hondo, del agua dormida en la lejana entraña del pozo; y los labios, color de ladrillo viejo, apetitosos como "picana" de vaquillona, se estremecían de vez en cuando, con un estremecimiento semejante al de un pedazo de pulpa arrancado de la res recién muerta.

Tan preocupada hallábase junto al fogón de la pequeña cocina, que la leche puesta a hervir en el caldero. subió, rebasó y cayó en las brasas, chillando y hediendo, sin que ella lo advirtiese, hasta que doña Casimira sintiendo el tufo le gritó desde el patio:

—¡Que se quema la leche, avestruza!...

Maura atendió en seguida, porque su madre la llamaba a veces perra, baguala, yegua, animala, pero cuando le decía avestruza, es que estaba furiosa, y casi siempre acompañaba el insulto con una bofetada o de un tirón de las mechas.

En realidad, sobrábanle motivos a la chica para encontrarse preocupada; ese mismo domingo, apenas se instalara la noche, debía abandonar aquellos tres viejos queridos, —su padre, su madre y el rancho,— entre los cuales había nacido y crecido.

¡Y si al menos fuese tal el único causante de sus incertidumbres dolorosas!... Ella sabía bien que todos los pichones, una vez emplumados, alzan el vuelo y abandonan el nido en cumplimiento de la ley natural... Pero había más; había una duda atroz tala-

drando su pequeño cerebro de bruto. ¿Amaba realmente a Liborio?... Evocando su imagen, su sola imagen, le parecía que sí; pero ocurríale que, al evocarla, no tardaba en presentarse, sin ser llamada, la imagen de Nemesio, y ya entonces el juicio vacilaba, enturbiado.

A cualquiera le pasaría lo mismo, porque Liborio la seducía con sus bucles azafranados, con su voz más dulce que miel de camoatí, con sus languideces de felino y con su fama de cuatrero guapo, peleador de policías; pero también Nemesio era bulto que daba sombra en el corral de su alma.

Nemesio era casi indio y feo de un todo. Era más duro que una piedra colorada y mejor era tocar una ortiga que tocarlo a él. Hablaba muy poco y casi no se le entendía lo que hablaba, porque las palabras, al salir de su boca, se enredaban en los enormes bigotes y se convertían en ruido. Tenía un cuerpo grandísimo y una cabecita chiquita y redonda, poblada de pelos rígidos, parecida a una tuna de esas que se crían en el campo, sobre las piedras.

Empero, Nemesio era sargento de policía. La casaquilla militar, el kepís, las ginetas y el sable, — sobre todo el sable, — le daban un prestigio acentuado por los dos hombres que siempre, en todas partes, trotaban respetuosamente a su retaguardia. Era un poco "gobierno", puesto que llevaba uniforme y espada y mandaba.

Hacía tiempo que el sargento y el bandolero codiciaban con idéntico apetito a la pichona de don Tiburcio y ella no sabía por quién decidirse. Pero Liborio, más atrevido, sin duda, le dijo el lunes que se aprontase porque el domingo la iba "a sacar". Y ella... ¿qué iba a hacer?... aceptó no más.

Y llegó el domingo. Liborio lo había elegido, aprovechando la circunstancia de que Nemesio, con toda la policía, debía hallarse de servicio en las carreras grandes que se corrían en el negocio del gallego Pérez. Maura intentó resistir aplazando la "juida", pero el mozo le dijo brutalmente:

—¿Pa qué?... Lo que se ha de empeñar no carece fecha y el agua se saca cuando se tiene sé!...

¡Aprontá tus trapos y esperame al escurecer debajo de las higueras!...

¿Y ella qué iba a hacer?

La noche era oscura, oscura y sin más guía que el instinto. Liborio avanzaba al trote, llevando a la grupa de su tordillo la carga preciosa de la morocha.

No hablaban. El iba soñando: ella iba haciendo cálculos, esos cálculos chiquitos que hacen los brutos en los momentos solemnes.

De pronto, el gaucho sofrenó el caballo: había oído, hacia su derecha, ruido de gentes y de sables.

—¡La polecía! —rugió.— ¡Y me vienen ganando el paso!... ¡Sabandija!... Pero lo mesmo da: ¡vandiaremos por la laguna!...

—¡Por la laguna! —gritó Maura asustada.

—¡No tengas miedo, china; p'algo es tordillo mi flete: boya mesmo que un bote!...

Diez minutos después se detenían al borde de una laguna ancha y siniestra en la quietud de la noche.

—¡Tengo miedo!... ¡tengo miedo!... —gimoteaba Maura. Y él:

—No se asuste, prenda. Agarresemé del lomo y cierre los ojos.

—¡Nos augamos, Liborio!...

—¿Ande has visto augarse una nutria?... Agarrate a estos pechos que dan leche y tené confianza, que

ande pasa un pescao, pasaremos mi tordillo y yo!...

Cerca, cerquita, resonaban los cascos de los caballos de los perseguidores y se oía claro el repiqueteo de los sables. El matrero, abandonando el tono cariñoso, ordenó con acento brutal:

—¡Vamos!... —Y espoleando al tordillo, se lanzó a las aguas. La china, con brusco ademán, tiróse al suelo y cuando Liborio salió a flote, volvió la cabeza y lanzó a las sombras el más sangriento de los apóstrofes gauchos.

Casi en seguida atronó una descarga de fusilería... El matrero bramó como un puma herido, soltó las crines del tordillo y se hundió en las aguas muertas de la laguna...

El sargento Nemesio al verlo desaparecer dijo:

—Carniza pa las tarariras.

Y luego, volviéndose hacia Maura, que permanecía en cuclillas, muerta de miedo, la castigó con una palabra fea y levantó el rebenque para pegarle.

Ella se cubrió el rostro con el brazo, en actitud de gata miedosa. El se desbordó en groserías; pero poco a poco, fue enterneciéndose, por dentro, y como no sabía ser tierno con las palabras, le dio un beso.

Maura lloró y él dijo:

—¿Querés venir conmigo?...

Ella calculó todas esas cositas chicas que permiten vivir; pensó que muerto Liborio se simplificaba su problema y respondió lagrimeando:

—Güeno.

Y después, mirándolo cara a cara, confesó ingenuamente:

—¡Lo mesmo da!...

EL DEBER DE VIVIR

A Carlos Roxlo.

Un chamberguito color de aceituna, con la copa deformada, con las alas caídas, tapábale a manera de casquete la coronilla, dejando desbordar la melena gris amarillo, ensortijada y revuelta, acusando escasas relaciones con el peine, la cara pequeña, acecinada, hirsuta, con su nariz fina y curva, con sus pómulos prominentes, con los ojillos azul de acero, con sus labios finos, torcidos hacia un lado por "la continuación del pito", ofrecía una indefinible expresión de bondad, de astucia, de fuerza, de penas pasadas, de energías en reserva.

Cubierto el busto, huesudo y fuerte, por una camisa de lienzo, metidas las piernas en amplio pantalón de pana, —roído y rodilludo,— y los pies en agujereadas alpargatas de lona, mojadas con el rocío, esgrimiendo en la diestra, grueso y nudoso bastón de tala —respeto de canes— llegó a la cocina en momentos en que don Timoteo, en cuclillas soplaba el fuego a plenos pulmones.

—¡Ostia! ¡cume hace frío cuesta mañana! —dijo a manera de saludo.

El viejo, sin volver la cabeza, habituado como estaba a la matutina visita de su vecino —respondió:

—Dejuro; mitá de agosto. . Una helada macanuda. . .

Sin sacarse el sombrero de la cabeza, ni la pipa de los dientes, ni abandonar el garrote, don Gerónimo,

el gringo don Gerónimo, el viejo chacarero, —tomó un banquito y arrimándolo al fogón, sentóse en silencio, esperando que el fuego ardiera, y chillase el agua de la pava, y preparara don Timoteo el cimarrón del desayuno.

Humeó el sebo sobre los tizones y a efectos de un recio soplido, brotó la llama, incendiando la hojarasca y llenando de luz rojiza la estrecha y negra cocina.

El viejo paisano se sentó sobre un trozo de ceibo, se sacó el pucho que tenía detrás de la oreja, cogió una rama encendida, prendió, chupó, y recién entonces dio vuelta y miró al visitante, diciéndole:

—¿Qué tal?

El otro, sin mirarlo, se quitó la pipa de la boca, escarbó el tabaco con la uña del meñique, y respondió con voz incolora:

—Eh... cume siempre.

El fogón empezó a arder en llamaradas, chilló el agua en la pava, don Timoteo preparó, cebó y alcanzó el mate a don Gerónimo.

Cubierto con una camisa de percal, el busto huesudo y fuerte, echado a la nuca el chambergo aludo y amarillento, el viejo paisano "pitaba" en silencio. El resplandor rojizo iluminaba su cabeza melenuda, "tordilla negra", su rostro moreno, acecinado, hirsuto, su nariz fina y curva, pómulos prominentes, ojos oscuros y finos labios sombreados por espeso bigote, una fisonomía que expresaba bondad, fuerza, agrias penas pasadas y un gran caudal de energías en reserva...

El viejo piamontés y el viejo paisano, se asemejaban extrañamente, sin más diferencias que las del tinte. Un alambrado de cuatro hilos, flojo, roto, sin pikes, dividía sus propiedades; y una amistad de veinte años unía sus sobados corazones.

Cuando don Timoteo poseía tres suertes de campo y era uno de los más ricos estancieros de la comarca, le cedió a don Gerónimo un potrerito de cien cuadras para que hiciese un monte de frutales y sembrara trigo, maíz y hortalizas. El italiano, laborioso y económico como una hormiga, hizo producir hasta al último palmo de tierra y cinco años después consiguió que don Timoteo le vendiese el "terrenito": Y el terrenito producía sin desperdicio. En lo alto, trigo, y después maíz; en los bordes húmedos de la cañada, álamos y sauces; junto al rancho, la huerta siempre copiosa en legumbres; más allá, los durazneros, perales, manzanos y guindos; reforzando el cerco de alambre, exuberantes membrilleros, y, en un rincón rocoso rico en tréboles y gramillas, pacían los bueyes y las lecheras, el tordillo viejo y la majadita para el consumo.

Don Gerónimo tenía la mujer y tres hijas. Todo el trabajo rural era suyo. Trabajaba rudamente y sin fatiga, durante toda la semana, dándose el domingo, la satisfacción de una "chuca" en la pulpería inmediata. Pero el lunes antes del alba, estaba ya levantado y pronto y fuerte para recomenzar su oficio de buey, resignado y feliz en la pesada monotonía de aquella existencia.

Don Timoteo tenía la vieja y buena "patrona" y tres hijos que le ayudaban en el cuidado de la hacienda; y aconteció que, al mismo tiempo, en una primavera malvada, dos epidemias se descolgaron sobre el país: la difteria y la guerra civil. Una tras otras las hijas de don Gerónimo se fueron, ahogadas por la enfermedad negra; y uno tras otro, los hijos de don Timoteo murieron víctimas de la peste roja, — éste con el corazón partido de un balazo, aquel aventado por una metralla, el otro abierto de un lanzazo.

Ocurrió esto cuando don Timoteo, castigado por pestes y sequías, había visto mermar sus haciendas, y encontrádose en la obligación de vender campo para salvar compromisos ineludibles. El no desmayó sin embargo y la pena inmensa acrecentó su esfuerzo; don Gerónimo, igual. Varones fuertes, erguidos ante el pampero de la adversidad, proseguían la labor por rutina, por deber, por el deber de vivir de la especie.

Y así fue pasando el tiempo en devastadores vendavales para el gringo viejo y para el paisano. A éste, las epizootias continuaban azotando las haciendas, y al otro, el bicho moro le arruinaba el sembrado de papas y un ventarrón destruía las florescencias de los duraznos y la oruga invadía los manzanos y el saguaipé quemaba el hígado de sus borregas.

A pesar de eso, cada mañana, al alba, don Gerónimo iba a tomar el amargo con don Timoteo, y "verdiando" noticiábanse sus respectivos proyectos.

—Vo cortar pa leña todo el duraznero, pelone qui'stan ruinado per la peste, y vo plantá dal armacigo de parra bianco.

—Yo tamién m'he resuelto a vender las merinas y comprar cara mora a las que, asigún dicen, no les dentra el saguaipé.

Siempre estaban proyectando y haciendo algo los dos viejos, en lucha a brazo partido con la adversa suerte.

Pasaron algunos años sin que amenguara para ellos el rigor del destino y sin que decayesen tampoco sus energías, su fe, su constancia. A principios de aquel invierno, murió la mujer de don Gerónimo y un mes más tarde la de don Timoteo. Las habían enterrado con piadosa resignación y habían vuelto a consagrarse

al trabajo, a combatir los males y proyectar innovaciones.

Quedaron solos en sus casas demasiado grandes para ellos y sus perros. La soledad y el silencio pesaban como un cielo de tempestad sobre sus espaldas encorvadas y sobre sus cabezas encanecidas; mas ni al uno ni al otro ocurrióseles nunca en renunciar a la lucha y esperar sosegadamente la muerte que habría de venir antes de que se hubieran agotado sus respectivos bienes.

En aquella tormentosa mañana de invierno, y en tanto cimarroneaban, don Timoteo dijo:

—Esta semana tengo mucho que hacer. Hoy voy al bañao a cortar paja pa requinchar el rancho antes de que se me arruine de un todo... dispués viá dir a montiar unos pikes de sauce colorao pa componer el alambrao de la costa, y hacer un potrerito en la esquina, pa la carnerada que pienso comprar esta primavera...

—E yo también tengo mucho trabaco; —contestó el viejo don Gerónimo; — tengo que preparar los auquero pa transplantar los quiniento ucalito del armácigo... Por poco que megue salven treciento, fina cuatro año lo corto y arribaremo argo... ¡Eh!... — agregó levantándose. — Basta de mate e vamo trabacar.

—Asina es, ya s'estaciendo tarde.

Gerónimo salió, golpeando el suelo con su cachiporra de tala, rumbió para su rancho, mientras don Timoteo iba a recoger de la soga su matungo, disponiéndose a ensillar.

No querían perder tiempo y apresurábanse a cumplir el supremo deber humano, el deber de vivir.

HERMANOS

A Eduardo Acevedo Díaz.

Era en 1870, a principios de la guerra blanca encabezada por Timoteo Aparicio, lanceador famoso.

Policarpo y Donato anduvieron por mucho tiempo en medio de la soledad tan negra y silenciosa, que el primero, a instantes, creía estar inmóvil, dormido y soñando, haciéndose necesario un esfuerzo grande de voluntad para volver al hecho real.

Parecerá exageración y no lo es. Necesítase costumbre, hábito de muchos años, para no caer en ese estado de semi-inconciencia, tras una larga marcha a caballo; los músculos mordidos por la fatiga, el cerebro escarbado por el sueño.

Y unido a eso, la penosa impresión del medio ambiente: las tinieblas que la mirada no consigue sondar por más que se dilaten hasta el dolor las pupilas; por todas partes el silencio, el imponente silencio del campo, que nada turba: en la grande y muda soledad hostil, el alma se estremece y se contrae en dolorosa sensación de pequeñez, de aislamiento y de impotencia.

Dominado por la inmensidad que vencía las insistencias del amor propio, Policarpo interpeló a su acompañante.

—¡Donato! — exclamó.

—¡Chut! — respondió el negro; y como éste había sofrenado su caballo, se encontraron los dos viajeros uno junto a otro.

—¡Donato! —volvió a decir el mozo; y el interpelado respondió con voz autoritaria y petulante:

—Primeramente, has de saber que quien va juyendo nunca debe hablar juerte.

—¿Y acaso nosotros vamos huyendo?

—Dejuramento: tuito aquel que yeba peligro pu'ande va, va juyendo. Acomodate en el mate esta sabiduría, que a la fija no te enseñaron los dotores de la ciudá.

Policarpo no encontró réplica y reconociendo la lógica del filósofo simiesco, dijo:

—Bueno, ¿y qué?

—¿Y qué?... Que por culpa de las lechuzas, matan los perros las comadrejas... Ansina, hablá bajito, y más mejor no hablés, por qu'en tiempo 'e regolución hasta los bichitos de luz tienen oídos y con cualquier pozo se rueda... Y andá emparejando tientos pa trenzar el lazo 'e la vida, y convencete de que aquí, en medio'el campo son de más utilidá unas boliadoras y un facón que tuita la sencia 'e los sabios ¡Ejjj!...

Continuando sus propias observaciones, Donato se había compuesto el pecho con estrépito capaz de denunciarlo, a un observador situado a cien metros de allí. Policarpo no pudo contener la risa ante la bufona seriedad de su acompañante, que no sólo repetía las frases oídas a los "oficiales", tertulianos de la cocina de la estancia, sino que imitaba, caricaturescamente, el acento sombrío, la entonación misteriosa que aquellos daban a sus relatos de bélicas aventuras, mentidas a veces, exageradas siempre. El "cambá", había tomado a lo serio su papel de revolucionario y tenía razón, porque, aún no sabiendo por qué iba ni a qué iba, ni para qué iba a exponer su vida, siempre es una cosa seria, la más seria, ir a exponer la vida. Debido

a eso, quizá, le indignó la risa intempestiva de Policarpo y sentando el caballo sobre los garrones con un brusco tirón de riendas, interpeló:

—¿Por qué te rais?

—Porque pienso, —respondió el mozo,— que si no te cuadrase tan bien el apodo de "Montón de humo" con que te hemos conocido desde chiquito, podríamos llamarte Toussaint Louverture.

—¿Qué bicho es ese?

—Un negro que pretendía valer más que los blancos.

—Valen lo mesmo, cuando valen igual, —retrucó Donato; y agregó luego: —¿Ti acordás de Falucho?... El patrón contó una vez que los argentinos, pa desparramar justicia, debían levantarle una estatua a Falucho. ¡Falucho era negro, y era guapo, y ganó una infinidad de batallas y jué general, después de haber redotao a sinnumerables enemigos de la patria, peliando contra los gringos, en el tiempo de antes... No, ché, no té fijés en el color; fijate en el tamaño 'e la espiga y en el grandor del grano, qu'el paladar y la panza son ciegos de nacimiento!... ¡Pucha que hablé lindo!... ¿No te parece?

En seguida, incapaz de mantener la seriedad por más tiempo, "Montón de humo" desabrochó la jareta, lanzó una carcajada sonora y alegre que se extendió en el duro silencio del despoblado, semejante a un trino de calandria despertada antes del alba, y dijo:

—¡Alcanzá el chifle, manate!...

Policarpo, condescendiente, le alcanzó la cantimplora y el negro, después de beber, metió la mano al bolsillo, sacó el naco, desenvainó el cuchillo, y mientras "picaba sobre el dedo", sentenció:

—Será güeno pitar un poco p'aclarar la vista, por

qu'en esta noche, de puro oscura, no se ve ni lo que se conversa...

Policarpo, medio dormido, muerto de fatiga, preguntó sin atender a la prosa jovial del negro:

—¿Dónde estamos?...

Y él:

—¿Dónde estamos?... ¡Que lo sepa Mandinga!... Lo que yo sé, es qu'el Zapallar está cerca; all'atrás está el lucero: se ve poquito, pero se ve; y dejando el lucero pal lao del lomo, vamos rumbiando lindo y si no nos zambuyimos en el bañao fiero que vamos a encontrar aurita no más, luego, si Dios quiere y si no se nos atraviesa una viscachera que nos haga quebrar el cogote, cuando venga las barras del día, l'iremos pisando el poncho al ejército... ¡Viva el partido blanco!... Che, Policarpo ¿por qué será que tuitos los negros semos blancos?... ¡Soy bobo!... ¡Dáme otro trago!...

Y tras de la libación, Donato se compuso el pecho, se irguió y echó a andar.

Policarpo tuvo idea de preguntarle cómo sabía que había cercano un bañado, no conociendo el paraje, pero, ya bastante humillado con la superioridad campera del negro, guardó silencio.

A poco, un olor fresco y húmedo lo sorprendió; en seguida los gritos de ¡chajá!... ¡chajá!... comprobaron que el rumbiador no se había equivocado. Unos minutos después, los caballos comenzaron a hacer resonar las pisadas en la tierra blanda, llena de agua, que constituye la vanguardia del estero. Crujían los caraguatás aplastados y la tupida selva de paja brava iba creciendo a medida que avanzaba hacia la vera.

Donato que marchaba delante, a varios metros de distancia gritó, de pronto:

—¡Acortá la rienda y arrollá las piernas!...

Obedeció Policarpo y apenas había ejecutado la orden, cuando oyó el ruido que hacía el caballo de "Montón de humo", hundiéndose de súbito en la ciénaga.

—No es nada; arrollate no más, —tornó a gritar.

Pero el mozo, olvidando el consejo, aflojó la rienda en el preciso momento en que su cabalgadura llegaba al borde del pantano.

Le pareció hundirse en un abismo. El agua fría le llegó hasta el vientre, arrancándole un grito nervioso; casi de seguida un bote del caballo, forcejeando en el lodo, lo terció en el recado, le hizo perder los estribos y lo obligó a abrazarse al cuello del bruto para no caer.

Delante, Donato continuaba sus indicaciones sin detenerse.

—Seguime no más, y tené cuidado que no te cacheteen los sarandises... El bañao es susión, mucho yuyo y fiero de abajo... pero como está lleno, alibeana... Cuidate 'e los sarandises...

Policarpo avanzaba, —dejaba avanzar su caballo,— furioso de no ver nada, siguiendo atentamente los ruidos que producía el tordillo del negro, bufando, hundiéndose y levantándose, para volver a hundirse y a levantarse, con rudos esfuerzos, en aquel suelo de agua y lodo, algas y ramas.

—¡Ajajá! —gritó de pronto Donato. Y luego:

—¡Echate arriba'el mancarrón, porque aquí encomenzamo a boyar!... ¡Hup!... ¡hup!... ¡hup, tordillo!... ¡Es como bote, mi tordillo!... ¡No tironiés la rienda, manate!...

El mozo oía venir la voz desde una distancia que le parecía enorme en la densidad de la sombra, y antes

de que pudiera darse cuenta, su zaino perdió pie, resopló, y, nadando, lo llevó a remolque.

Cogido de las crines, flotando el cuerpo sobre el agua, y de cuando en cuando, los camalotes, las algas, mil sustancias blandas y viscosas, le azotaban el rostro, le rozaban la boca, produciéndole una sensación de sorpresa y de asco.

Al mismo tiempo, y para acabar de confundirlo y aturdirlo, sentía sobre su cabeza un incesante ruido de alas, de muchísimas alas, y un confuso y extraño gritar de aves, con voces tristes, con voces quejumbrosas, con voces tímidas, con voces roncas, con voces estridentes, con voces soberbias..., todo el clamoreo indefinido de toda la gente alada del estero intempestivamente despertada en lo mejor de su sueño, protestando airadamente contra los intrusos.

No más de diez minutos duró el nado, pero luego, al hacer pie, los caballos tuvieron que luchar de nuevo con el fango, con las raíces, con las zarzas, haciendo prodigios de habilidad y de fuerza para no caer o para no quedar enterrados.

Cuando por fin pisaron tierra firme, tierra sana con espeso vellón de gramilla, Donato se tiró al suelo y exclamó con expresión gozosa:

—Fierito el bañao, y ancho como bombacha de gaucho presumido!... Alcanzá el chifle, que a juerza 'e cerrar la jeta pa que no me dentrase el agua, si mi ha secao el gañote y si mi ha enfriao la pajarilla!...

Policarpo había desmontado también y sin decir una palabra, se había sentado sobre la hierba y se había quitado las botas, para vaciarles el agua de que estaban llenas. Tenía la ropa empapada, los dedos duros y le castañeteaban los dientes.

"Montón de humo" tornó a repetir su pedido y co-

mo no obtuviera respuesta, fue hacia él, cogió la cantimplora, bebió y dijo despectivamente:

—¡Estos puebleros!... Son blanditos como manteca y se abollan como tacho 'e lata!... Vamo a pitar: como yo no soy hombre de sensia, sólo me mojé la punta 'e las botas y tengo sequito el tabaco, el papel y los avíos...

Picó el "naco", armó un cigarrillo, hizo chispear el yesquero, chupó con fruición y, adoptando una postura de soberbia superioridad, dijo tendiendo la mano hacia el horizonte.

—¿No ves unas lucecitas, allá lejos, muy lejos?...

—Veo, — contestó Policarpo.

—Es el ejército. — Concluyó "Montón de humo" con aire solemne.

Y como si aquella palabra encerrara un mundo, un misterio adorado y temido, ambos guardaron prolongado silencio, que lo terminó Donato diciendo:

—Hermano: aura es el momento de ponernos las devisas.

—Bueno, hermano, — respondió Policarpo, con voz grave, un tanto temblorosa, y sin la más mínima intención de mofa al repetir la palabra "hermano". Hermanos eran, en efecto, desde aquel instante. Las diferencias de patrón y de peón, de letrado y de bruto, de negro y de blanco, desaparecían en ese momento. Policarpo, el hijo único de un adinerado estanciero, vástago de una estirpe de ricos señores, queridos y respetados en la comarca; Policarpo, el abogadito, heredero presunto de veinte leguas de campo, de miles de vacas y de miles de ovejas y de centenares de caballos; Policarpo, la planta gaucha, hija del campo, con savia campera pero cultivada, perfeccionada, suavizada en la ciudad, era desde entonces el igual, el

"hermano", de Donato, "Montón de humo", el negrito huérfano, criado en la Estancia, por humanidad criolla, al igual de los corderos y de los potrillos, que las madres muertas o las madres desamoradas, dejaban sin amparo en la áspera soledad del campo.

En silencio, en medio de un silencio casi religioso, cada uno extrajo del bolsillo la divisa cuidadosamente envuelta y guardada, y a tientas, en la empecinada oscuridad de la noche, las ajustaron en las copas de los chambergos.

Eran ya iguales; eran hermanos porque hermanos iban al sacrificio, al empuje de un ideal oscuro, indefinido, impreciso, tan inexplicable para la mente cultivada del joven abogado como para los sesos duros del negrillo analfabeto.

Y cuando, después de haber "compuesto" los recados, montaban y trotaban, uno junto a otro, rumbo a las lucecitas distantes, ya no eran, Policarpo, el hijo único del rico estanciero, y "Montón de humo", el negrito huérfano, criado por compasión en la Estancia: eran dos voluntarios revolucionarios, dos compañeros, dos "hermanos" igualados por la divisa que lucían en sus sombreros.

MONOLOGANDO

A Elías Regules.

Señores, escuchenmé:
Tuvo mi yegua un potrillo...

—¡Me... caiga el rancho encima!... Yo p'aserruchar no soy güeno... Si juese pa meniar hacha, no digo diferente; pero esto, refregar ropa sucia o rascarse bichos coloraos, me fastidia, palabra!...

Señores, escuchenmé:
Tuvo mi yegua un potrillo...

—¿El qué?... ¿Qué mete ruido el serrucho?... ¿Cómo?... ¿Qué l'eche grasa?... ¡Sí!!... ¡grasa!... ¡ya ni en las tripas tengo grasa yo!... Me han secao hasta la riñonada con este trabajito de cortar coronillas en miñanguitos, como chicolate, pa la cocina conómica...

¡Me caiga... en el lomo! ¡Dios redita en un tacho'e grasa a tuita la gringuería! ¡Cocina conómica!... ¡Leña cortada en piacitos como pulpa pa pichón de calandria!... Tuito por la nación, esa que el patrón se trujo de las Uropas!... ¡Pucha!... Aura acontece que hay que trair de las Uropas los toros, los carneros, los... caballos... —cuasi digo una mala palabra!... — Güeno... mala palabra no es...; en antes no era mala palabra, pero aura, con la cevilización... ¡Pucha, cómo me cansa el serrucho!...

Señores, escuchenmé:
Tuvo mi yegua un potrillo...

—Ya ni ganas pa cantar tengo... ¿Y quién va tener ganas pa cantar dispués de tres horas de meterle al serrucho, cortando sernos de coronilla?... ¡Cómo si las coronillas juecen manteca!... Y a todo esto sin tener con quien prosiar... Güeno eso no, porque yo me vareo solo, pero de tuitas layas... ¡Aijuna! ¡un ñudo! ¡uf!... Descansá un poco Tiburcio... Echate en el suelo... ¿Tenés tabaco?... Pitá un poco... Y yo pito... ¡bah!... aunque s'enoje la gringa... ¡Pucha! ¡cómo nos han echao a perder el país los gringos!...

Señores, escuchenmé:
Tuvo mi yegua un potrillo...

—¡Meta serrucho!... ¡meta serrucho!... ¡Ya tengo el brazo embarao!... Parece mentira, pa lo que viene a quedar un cristiano cuando está lisiao como yo, con una pata como catre viejo y un ojo a lo Casimiro... y a lo Casi... veo... ¡Pucha! ¡Lo que más me amula es esta cuestión del ojo que del lao d'enlazar me lo hace ver tuito como ceniza. ¡Rengo y tuerto!... ¡Es como guitarra aujeriada y sin clavijas!...

Señores, escuchenmé:
Mi yegua parió un potrillo...

—¡Junaniante!... ¡Más voy pa la punta, más duro está el coronilla, igualito que las mujeres; uno desafila el cuchillo buscando la coyuntura, y cuando encuentra la coyuntura... ¡el güeso está soldao!... ¿Y qué se v'hacer, diga?... La tararira se come las mojarras y nosotros nos comemos las tarariras y si se nos atraviesa una espina... escupir y meter el dedo... ¡Pucha!... Hace como no se cuánto tiempo que no tomo

un mate, que no chupo un trago de caña, y meta serrucho pa la cocina conómica de la gringa pelo barba'é choclo!... ¡Un criollo reducido a esto!...

Señores, escuchenmé:
Mi yegua parió un potrillo...

—¡Pucha! Si hasta me sale mal entonao, y eso que me tengo fe pal cantorio, pero aura estoy como guitarra con prima de acero: suena juerte pero desafina... Yo no desafino... ¡Tengo un oido!... Antes que el maldito malacara rabicano me quebrase la pata de una rodada, yo era un bailarín de no te muevas: y antes de que el lazo escapao de las guampas de un novillo me sacudiese con l'argolla en el ojo dejándome torterola, yo era capaz de ver la Colonia detrás del Cerro!... Pero... encomencé a juntar pulgas, y cuando uno está lleno de pulgas... rascarse y morder, si puede...

Señores, escuchenmé:
Mi yegua parió un potrillo...

—¡Es animal zonzo el hombre!... Con cualquier cosa se conforma: si un tábano lo pica, se satisface con aplastarlo de una cachetada; si los bichos coloraos lo comen, goza rascándose; si lo obligan a serruchar en piacitos, un cerno de coronillas... serrucha!...

Señores, escuchenmé:
Mi yegua parió un potrillo...
Que de un lao era tordillo...
Y del otro lao... tamién...

—¡Bien haiga la bien nacida! Se acabó el palo y otro que rejunte los pedazos, que yo voy a engordar pulgas al galpón...

E UN CHANCHO!

A Luciano Maupeu.

Grande, gordo, barbudo, caballero en una yegüita petiza, flaca y peluda, Lucio Díaz llegó en un blanco atardecer de invierno a la estancia de don Filisberto Loreiro Pintos, situada en "Capão do Leão", entre las asperosidades del sur riograndense.

Cerca del galpón, bajo enorme higuero silvestre, sentado en grosera silla con asiento de cuero peludo, el dueño de casa, un viejito endeble, inmensamente barbudo, parecía dormitar. Y cuando el gaucho, deteniendo su cabalgadura, se quitó el chambergo y saludó, él observóle en silencio un buen rato, para mascullar después, sin quitar de los labios el largo y grueso cigarrillo de "río novo", liado en chala, un:

—Abaixa - te.

Lucio desmontó, y, solicitado y obtenido permiso para hacer noche, púsose a desensillar, en tanto el viejo lo observaba atentamente. Cuando volvió de atar a soga su yeguita, don Filisberto afirmó:

—Tu es o Salao.

—Por mal nombre, sí, señor — respondió Díaz; y el viejo, siempre estudiándolo, interrogó de dónde venía.

—Del Estado Oriental.

—¿Acabou - se a guerra?

—Entuavía no, señor; pero... ¡ya nu hay caballos!...

Sonrió el viejo; e indicando a Lucio que se "aco-

modase" en el galpón, levantóse y fue andando lentamente, arrastrando los zuecos, hacia las habitaciones. Estaba preocupado. Comió con desgano la "feijoada", y al terminar la cena armó un formidable cigarro en chala de todo el largo de la mazorca, encendió y quedóse solo y meditabundo en el amplio y desnudo comedor. La presencia del "Salao" — cuya fama de gaucho guapo le era conocida — había hecho reverdecer en su espíritu un pensamiento dominador: vengarse cruelmente de su odiado vecino, don Hildebrando Sosa Junqueiro ("Librandito"), hijo de "Librando", su mortal enemigo. Con éste, la lucha tuvo sus alternativas; pero el heredero, joven, vigoroso, valiente y astuto, le había puesto el pie encima. Los años agotaron sus energías, sin disminuir, sin embargo, la calidez de sus perversidades mulatas...

Al día siguiente, de madrugada, llamó aparte a Lucio y le dijo:

—¿Tu conheces o Sosa Junqueiro?

—Conozco — respondió el gaucho.

—¡E un chancho!...

—Será, sí, señor.

—Mais... é bravo.

—Asina cuentan...

—¿Tu te animas a matal - o?

—Asegún.

Receloso, el gaucho evitaba comprometerse. Don Filisberto explicó el caso: dábale trescientos mil reis y un flete elegido por que asesinara a Hildebrando; el caballo y cien mil reis en el acto; el resto después de consumado el crimen.

Lucio se rascó la cabeza. Andaba muy pobre; peliar, había peliado muchas veces y se había "disgraciao" varias; pero asesino, no; nunca había sido ase-

sino... En cambio era gaucho, y tras breve indecisión, respondió:

—Aceto.

Se cerró el trato. El estanciero entrególe los cien mil reis y un overo azulejo "de rajar con la uña". El resto lo cobraría cuando le mostrara el cadáver de Sosa Junqueiro. Al oscurecer de ese mismo día, partió, recibiendo del mulato esta última recomendación:

—¡Degolla! ¡degolla sem asco!... ¡E un chancho!...

.. ..

Lucio Díaz conocía perfectamente a Hildebrando Sosa Junqueiro. Sabía que era bueno, que era honrado y que... era "de los que no se tragan sin mascar". Pero llevaba su plan bien trazado y así fue que, cuando a la mañana siguiente desmontaba, afablemente recibido por el "fazendeiro", no titubeó en responder a la pregunta de qué andaba haciendo:

—Vengo a matarlo.

Mirólo Sosa con fijeza, corrió disimuladamente la mano por la cintura, y cerciorado de que el facón y la pistola estaban en su sitio, contestó sonriendo:

—Faz teu gosto em vida, rapaz.

A su vez sonrió el gaucho. Contó el compromiso contraído con don Filisberto, — sin olvidar la recomendación de: "Degolla, degolla sem asco, que é un chancho", — y el ardid que había ideado para burlar al "mulato, alma de escuerzo".

—¡Boa fumada!... ¡conta conmigo, rapaz!... — respondió Sosa lanzando una bulliciosa carcajada, encantado con la farsa.

....

Tres días después se comentaba en el pago la mis-

teriosa desaparición de Sosa Junqueiro. Al cuarto Lucio se presentó en "Capão de Leão", reclamando la suma adeudada; pero Loreiro Pintos manifestó que no pagaría hasta no ver con sus propios ojos el cadáver de su enemigo. El gaucho tuvo que someterse, y esa noche, después de cenar, salieron rumbo a la sierra. Cinco peones y catorce perros servían de escolta al medroso y vengativo estanciero. Cerca de las doce serían, a juzgar por la altura del Crucero, cuando hicieron alto, a la entrada de una abra boscosa. Avanzando con cautela, llegaron a un sitio donde veíase la tierra frescamente removida.

El mulato largó una interjección de feroz contento; pero no se dio por satisfecho, y ordenó que, con los facones, desenterrasen el muerto. Y entonces, a la luz de un pedazo de luna, apareció una cosa blanca y cerduda.

—¡E un chancho! —gritó furioso Filisberto.

—Dejuro; — respondió Lucio muy serio: —Era un chancho con cuerpo'e gente, y dispués de muerto, lo que juyó el alma, no quedó más q'el chancho.

Filisberto lanzó un rugido de rabia; Lucio desparramó una carcajada, dio de riendas al overo, picó espuelas y se largó a escape por la cuesta abajo. El pingo era bueno: ni los perros ni las balas de los peones del mulato lograron alcanzarlo.

JUSTICIA HUMANA

Al Dr. Victoriano Martínez.

Ya no se veía más que un pedacito de sol, — como un trapo rojo colgado en las crestas agudas de la serranía de occidente, — cuando don Panta, echando la caldera sobre el rescoldo y el mate al lado, apoyando en el pico de aquella la bombilla de éste, ordenó al decir:

—Vamos p'adentro, qu'el día está desensillando.

Cruzaron el *patio*, entre ortigas, malvaviscos, vértebras y canillas de carnero; y tras un puntapié dado al perro que dormitaba junto a la puerta y que salió gritando y rengueando, patrón y huéspedes entraron en el comedor de la estancia.

Los tres invitados rodearon la mesa y permanecieron de pie, el sombrero en la mano, los brazos caídos inmóviles.

En eso entró la patrona, una china adiposa y petiza que andaba con un pesado balanceo de pata vieja. La saludaron; los gauchos pidieron permiso para quitarse los ponchos y las armas; se sentaron; la peona trajo el hervido; cenaron. Durante la comida, la patrona se mostró disgustada, y no era para menos ¡no había podido entablar una conversación! Primero habló de la mujer del pulpero López, que era un gallega sucia, y los invitados respondieron a coro:

—Sí, señora.

Luego dijo que las hijas de don Camilo se echaban harina en la cara, no teniendo para comprar polvos

y reventaban pitangas para darse colorete; y los gauchos tragando a prisa un bocado, atestiguaron diciendo:

—Sí, señora.

Después manifestó la mala opinión que tenía de la esposa del vecino Lucas; su indignación por la haraganería de las hermanas Gutiérrez; la repugnancia que le causaba la mujer de Fagúndez y el asco que sentía por la barragana del comisario. Y los invitados mascando, mascando, respondían siempre:

—Sí, señora.

A ella le dio rabia. ¡De ese modo, sin que nadie apadrine, no se puede hablar mal del vecindario! Y, pues, no se puede hablar. ¡Vaya una sociedad!... Don Panta el esposo, callaba zorrudamente, y tragaba con avidez, agradecido a los visitantes que impedían cayese sobre él el eterno mal humor de su consorte, mal humor que le dejaba sin comer cuatro días en la semana.

Concluida la cena, la patrona recogió los platos, golpeándolos; y al retirarse y dar las buenas noches, envió a su esposo una mirada furibunda. ¿Por qué?... El infeliz no había hecho nada, pero ella presentía que había de pasarse un rato charlando, jugando, divertido, y esto la mortificaba extremadamente. Al despedirse, gritóle a la peona:

—Apagá el fuego y cerrá la cocina con candao y traime la llave.

El patrón pensó: ¡no hay amargo! —y mirando para la alacena vio que habían desaparecido la botella de caña y los naipes.

El pobre hombre resopló, clavó los codos en la mesa, se arañó la carne entre las barbas espesas, y dijo:

—¡Pucha! ¡Es triste ser maula!...

Uno de los huéspedes, intrigado, preguntó:

—¿Por qué dice eso?

—Por lo del pobre Lemos. ¿No saben?

—No.

—Pues, Lemos, aquel muchacho, ahijao de ño Pedro, el domador, que supo vivir entre los Mandisovices, y que se disgració de mulita y lo han sentenciao pa muerte.

—¿Pa muerte?... ¿Y qu'hizo?...

—Van a ver. Lemos se había casao con una moza bien parecida, hija'e un chacarero'é San José'e Feliciano. El muchacho, aunque es mala la comparación, era como güey pal trabajo, moderao, sin vicios, y prosperaba. Un día cayó al pago Villafán aquel indio asesino, terror de Montiel y que en el mesmo Chajarí degolló una criatura y le tiró la cabeza a la madre, que no le había querido un envite. diciéndole: "A yegua flaca hay que matarle el potrillo" Güeno: este Villafán llegó un día a lo'e Lemos, y hay no más se hizo dueño'e casa. Lemos el pobrecito le tenía miedo. Yo no sé si su mujer le tuvo miedo también, pero... El quería mucho a su mujercita ¡pucha si la quería! y supo y dejuramente la sangre le corcobiaba; pero el pucho era blandito y tenía que conformarse con mascar juego y tragar yel. Villafán, de verlo tan gallina, le encomenzó a tomar asco, y d'ihai, a afrentarlo en tuita forma. En una ocasión, en la pulpería'el gallego Pintos, lo mandó que le desensillara el caballo y como no anduviera ligero... —¡por esta cruz de Dios que es verdá! — ¡le sacudió un rebencazo por el lomo! ¡Daba lástima aquel cristiano, tan güeno y tan aporriao!...

Un día, Lemos jué a la pulpería, y cuando dio la güelta, se encontró a su mujer hecha una mar de lágrimas. Villafán había pasao por allí, la había gol-

piado a ella y al chico. La mujer contó todo sin dejar una tripa por dar güelta, y concluyó diciendo:

—"¡Qué disgracia cuando no hay un hombre en una casa!"...

A Lemos le pareció que lo rebenquiaban por la cabeza, con aquella frase, y sin decir nada, volvió a montar a caballo.

—"¿Pande vas? —le preguntó la mujer,— Lemos no contestó y salió al trote.

En el primer bajo se apió, le apretó la cincha al caballo, revisó la pistola, se acomodó el puñal, montó y marchó. Al llegar a la costa'el Mandisón Grande, se abajó junto al monte, maneó su flete y se jué a esconder detrás de un sauce, a la entrada'el paso. El sabía que esa noche, el bandido debía pasar por allí para dir a un bailable que se daba en los ranchos de ño Pancracio, del otro lao del arroyo.

Al poco rato de estar aguaitando, vio venir un paisano, en seguida, por el zaino malacara y por el poncho rayao, reconoció a Villafán, que se acercaba silbando un estilo compadrón.

El pobre mozo tenía en la mano la pistola amartillada, y temblaba. Caso de errar al primer tiro, era hombre muerto. Sabía que no iba a ser capaz de defenderse, que se iba a entregar como oveja, pa qu'el otro lo achurase. El miedo le escarbaba el corazón como si juera uñas de peludo cavando cueva pa escapar a los perros. Y la tierra, tirada p'atrás, le venía hasta el tragadero y lo augaba...

En eso, Villafán pasó por su lado, siempre silbando. El se enderezó, le arrecostó la pistola al lomo, y le prendió fuego, con dos caños a la vez. El bandido saltó por las orejas del mancarrón, y toavía no había cáido al suelo, cuando Lemos, facón en mano, lo apretaba

y se le dormía a puñaladas. Le dio hasta por la vida ociosa. El otro ya no resollaba, y él seguía encajándole la daga. Dispués, lo degolló a la correntina, arrancó la cabeza, la agarró de los pelos, la golpió un rato contra el suelo, y la tiró al agua.

Al otro día, muy temprano, Lemos se presentó a la autoridad y contó lo sucedido. No tenía miedo ¿qué l'iban a hacer?... La justicia lo agarró pa pelota. El defensor aprobó que era un hombre güeno, pacífico y demostró las judierías qu'el finao le había hecho, na más que porque era flojo. Todo jué al ñudo, amigo, y lo han condenao pa muerte. ¿Qué le parece?...

—¡Pues! —respondió uno de los huéspedes; — es asina la justicia.

Don Panta resolló fuerte, y pensando en los denuestos con que lo iba a recibir su opulenta consorte cuando se fuera a acostar, tornó a decir melancólicamente:

—¡Cosa triste, ser maula!...

POR UN OLVIDO

A Enrique Queirolo.

¡Invierno aborrecido aquel!... Era un llover que parecía que el cielo se hubiese agujereado por todas partes; y los vientos medio como locos, remolineaban, corriendo de aquí para allá, chiflaban con rabia y tan pronto se agachaban, arrastrándose por el suelo, barriendo el campo, y cacheteando bárbaramente a los árboles, como subían al cielo, llevándose por delante a los pájaros que se inclinaban, como buque que se va a pique.

¡Y el frío!... ¡Virgen santísima!... El frío andaba suelto, mordiendo carnes con ferocidad de perro cimarrón.

A todo esto el sol, el único que podía sujetar un poco a aquellos tres bandidos, —la lluvia, el viento y el frío, —asomaba un poco la cabeza, miraba con un ojo solo, y se mandaba mudar en seguida, sin lástima, no digo por los hombres, pero al menos por los árboles y por los pobres corderitos recién nacidos.

¡Qué invierno canalla!

Recuerdo una vez, estaba anocheciendo y Paulino Suárez había desuñido junto al paso real de las Mulas. El arroyo estaba hondo, y si caía un chaparrón, el paso atrancado y un par de días de demora, pagando pastoreo en campo más pelado que badana.

Paulino Suárez, es claro, estaba con un humor de perro viejo acosado por la sabandija.

—¡Echá más leña, gurí! —le rezongó al muchacho que, arrollado junto al fogón, temblaba de frío lo mismo que cachila al pie de una masiega.— Y todavía no se había enderezado el chico, cuando ya el padre gritaba:

—¡Pero soplá el juego, haragán! ¿No ves que m'está augando el humo?...

En eso se oyó a lo lejos el prolongado y triste rechinar de una carreta. El viejo prestó el oído y dijo:

—Son las carretas del pardo Serapio. ¡Siempre cachaciento el pardo!...

Chillándole lastimosamente los ejes resecos, las carretas avanzaban con su pesada lentitud de quelonio, en medio de los gritos del carrero, quien meneaba clavo y derrochaba interjecciones, ganoso de llegar cuanto antes al río, para largar, para matear, para churrasquear, para echarse.

Poco después, los dos carreros se reunían en el fogón del primer llegado. El pardo dijo, acercándose a las brasas:

—Tiempo cochino, ¿no?

—Tiempo lindo... pa los aperiaces.

—Y un frío que da pereza.

—Yo carculo que a usted no carece dársela.

—Dejuramente, si está uno más sobao que coyunda. ¿Tiene algo pa calentar las tripas?

—Licor del pais.

—¡Convide, pues!

—¡Che gurí, alcansá el chifle!

Dieron sendos y frecuentes besos a la guampa labrada, saboreando con fruición la caña, que hizo decir a Serapio varias veces:

—¡Güenaza!... Mi hace acordar una vez...

—Si es pa mentir espere a mañana, cuando habemo uñido — interrumpió el viejo.

—Es tan verdá como que mañana vamo a llorar cavando *peludos*.

—Emprencipie, entonces, pero no ponga cuarta muy larga; porqu'ese asau aurita no mas va'star.

—Pues hace cuatro invierno d'esto. Diba yo pu'este mesmo camino con cargas pal gallego López. ¡Un viaje bárbaro!... Un diluviar qu'era una bendición... pa las ranas, y un frío que daba calor... palabra... Yo traiba una cuarterola'é caña'é l'Habana, y ¡claro! ¿qu'iba hacer?... Le bajé un arco, l'hice un aujero con la barrena, y dispués...

—Dispués, con una bombilla chupaba... —¡Es viejo!

—Sí, eso es viejo, pero el cuento no llegó entuavía...

—Siga trote, entonce.

—Allá voy. Con tanto día'é viaje y tanto *peludiar* y tanto rabiar, chupé una barbaridá, cuasi la mita'é la cuarterola.

—¡Cristiano juerte!... ¡Bien dicen que no hay como los negros pa la caña!

—Disculpe, yo soy mulato, no más. Pues güeno: en conforme llegamo y descargamo, allí no más l'alvirtió el gallego. Yo vide que me había ensuciao y cuando me dijo con el habla de su idioma:

—¡Estu es una indinidás!

Yo me agaché pal suelo y respondí mansito:

—¡Fue un olvido, patrón!

—¡Qué ulvidu, ni qué ulvidu! —replicó furioso el farruco.

—¡Sí, patrón!... Vea: al vandiar el arroyo'e las

Mulas, iba a enllenar la cuarterola, pero con la calentura de una volcada, me se olvidó...

Paulino Suárez rio sonoramente y luego preguntó al pardo:

—Y el gallego, ¿qué dijo?

—No me quiso pagar el flete.

—¡Vea, amigo!... Y tuito na más que por un olvido... ¡Si estos naciones no tienen lai a naides!...

DE "YUYOS" (1912).

LA CAZA DEL TIGRE

Al doctor Martín Réibel, cariñosa y agradecidamente.

Siempre fue pago temido el "Rincón de la Bajada"; siempre fue escasa y difícil la vigilancia policial y en todo tiempo abundaron los robos y los crímenes; pero desde que el país ardía en guerra civil, aquello habíase convertido en lugar de perennes angustias.

La escasa fuerza de policía, militarizada, se marchó, formando parte de la división departamental. De los hombres del pago, unos habían sido tomados por el gobierno para el servicio de las armas, otros se habían incorporado a las filas revolucionarias y muchos ganaron los montes o huyeron al extranjero. En la comarca desolada, sólo quedaron las mujeres, los niños y los viejos, muy viejos, inservibles hasta para arrear caballadas.

El "Rincón de la Bajada", ubicado en un paraje excéntrico, por donde no era nada probable que se aventurasen fuerzas armadas, quedó a entera disposición del malevaje. Y aun cuando hubiera ido gente de afuera, escaso riesgo correrían los bandidos, perfectos conocedores de aquel feo paraje.

Una sierra, de poca altura, pero abrupta y totalmente cubierta de espinosa selva de molles y talas, cerraba el valle por el norte y por el este, formando muralla inaccesible a quien no conociera las raras y complicadas sendas que caracoleaban entre riscos y zarzas. Al oeste y al sur, corría un arroyo nacido de las vertientes de la sierra; un arroyo insignificante, en

apariencia, y en realidad temible. No ofrecía ningún vado franco; apenas tres o cuatro "picadas" que, para pasarlas, era menester que fuesen baqueanos el jinete y el caballo.

Antes de llegar a la vera del monte, había que cruzar el estero que bordeaba el arroyo en toda su extensión; y era uno de esos peligrosos esteros donde la paja brava, la espadaña, los camalotes y los sarandís, en extraordinaria vegetación, cerraban el paso al viajero, cuando no disimulaban la traidora ciénaga, devoradora de incautos. Tras esa primera línea de defensa, encontrábase el bosque, ancho y "sucio" como pocos, y luego el cauce, el arroyo, que cuando no espumaba con ímpetus de torrente, ensanchábase sobre el lecho fangoso, más temible aún que la corriente embravecida.

Así eran los contornos del valle, cuyo interior estaba poblado de grupos rocosos y selváticos, que parecían retoños de la sierra y contribuían a hacer más huraño el paraje.

Los moradores era toda gente pobre, poseedores de pequeños predios dedicados al cultivo del maíz y al pastoreo de reducidos rebaños.

Normalmente no eran muy perjudicados por los bandoleros, aves rapaces para quienes el "Rincón de la Bajada", constituía el nido inaccesible donde iban a refugiarse y a esconder el botín conquistado en pagos más ricos.

Empero, la guerra aumentó la habitual población de la sierra y el estero, con un buen número de forajidos extraños, quienes no tenían por qué usar consideraciones para con la indefensa gente del valle. Entre los recién llegados, encontrábase el rubio Santos

Leiva, jefe de una cuadrilla célebre por sus hazañas criminales y por su ferocidad insuperable.

A Santos Leiva apodábanle el "Tigre"; y era, física y moralmente, un tigre. La cabeza pequeña, la frente oblicua, la cara corta y ancha, saliente de pómulos, recia de maxilares; los ojos pardos, encapotados, un tanto oblicuos, y la boca grande, de labios finos, y el bigote ralo y rígido, dábanle una marcada semejanza con el sanguinario felino.

Y su alma estaba en perfecta armonía con el rostro. Contábanse de él horripilantes escenas de tal crueldad que su refinamiento acusaba una perversión neurótica.

Era ante todo, un sátiro, pero un sátiro perverso, que gozaba imponiendo a sus víctimas los mayores tormentos, las más inauditas torturas morales.

Las pobres mujeres del "Rincón de la Bajada" tenían sobrados motivos para vivir temblando de espanto, a la espera del inevitable turno del sacrificio. Eran ya muchas las humilladas y martirizadas por el lujurioso bandido. Al rayar de cada día, las infelices despertaban azoradas, y en tanto ordeñaban la lechera, o en tanto avivaban la brasa del trashoguero, sus ojos escudriñaban el horizonte, temerosas de ver diseñarse la arrogante silueta de el "Tigre".

Por todo el valle había rastros, —sangre y lágrimas, dolor y vergüenza,— dejados por la artera alimaña, contra la cual nada valían los ruegos, ni las súplicas, ni los llantos.

* * *

Jesús María fue uno de los primeros en ponerse la divisa y marchar a la guerra. El rancho de Jesús Ma-

ría se recostaba sobre unos peñascos, coronados de molles negros, duros, torcidos y espinosos como la envidia; un monte que daba asco y que Jesús María intentó varias veces destruir, prendiéndole fuego; sin éxito, por cuanto el molle verde, lo mismo que la envidia, no arde; nunca arde lo ruín.

El rancho de Jesús María era uno de los más miserables del pago; pero Albina, su mujercita, era linda y fresca cual la más linda y fresca margarita crecida en las junturas de las rocas, en fragante consorcio con los tréboles y la yerba de lagarto. Era tan pura como agua de manantial y buena lo mismo que cordero guacho.

Dos cariños le llenaban el alma: el de su esposo y el de su padre. Su padre, el viejo Dionisio, era muy viejo. Las crónicas comarcanas decían que fue diablo en su tiempo, que llenó de peligrosas aventuras su existencia, que las muchas cicatrices estampadas en su cuerpo, atestiguaban ser de aquellos "que no tenían el cuero para negocio", que hubo época en que se le respetaba por su hombría de bien y se le temía por su coraje; pero ya estaba muy viejo, don Dionisio. Hasta para picar el naco le temblaban las manos y, en ocasiones, se tajeaba los dedos. Al irse a la guerra, Jesús María le dijo:

—Yo tengo que dirme. Soy de la tropilla y hay que seguir el cencerro de la madrina.

El viejo respondió:

—Andate.

—De todas layas, si me quedo, me han de embozalar lo mesmo, y asina, más mejor es que me vaya p'ande me tira la querencia...

—Andate.

—L'único que siento es dejar solita a Albina; pe-

ro de tuitas maneras, me quede o me vaya no la viá poder cuidar.

—Andate.

Y Jesús María, después de abrazar a Albina y al viejo Dionisio, se fue.

Los primeros tiempos la existencia continuó invariable en la silenciosa morada escondida entre las breñas; mas, quiso la malaventura, que un día el "Tigre", —sea guiado por el olfato, sea por el instinto de descubrir los secretos de la maraña,— descubriese el refugio de aquellos dos seres indefensos.

Había maneado el caballo, oculto en un bosquecillo de tala, y a pie, cautelosamente, llegó hasta la covacha, frente a la cual, en cuclillas, Albina hallábase ocupada en desgranar maíz para el locro de la cena. El bandido pudo contemplarla sin ser visto. La encontró fresca y apetitosa, y sin gastar palabras, con su brutalidad animal, se abalanzó, la abrazó y le dio un beso estrepitoso. Ella lanzó un grito de angustia y se puso a temblar entre sus brazos, paralizada, media muerta de espanto.

—¡Linda y miedosa como una gama! —díjole zalameramente el "Tigre".

Y como la paisana nada respondiera, él agregó con voz autoritariamente cariñosa:

—Espéreme esta noche, prendita; a las nueve sale la luna, y como la luna está grande, podré contemplar a gusto esa carita de reina...

Volvió a besarla, la soltó y retirándose un par de pasos, exclamó con acento feroz:

—¡Hasta luego, eh!... —y con la agilidad de un gato montés, se perdió entre los peñascos y la maleza.

* * *

Caía la tarde cuando volvió al rancho don Dionisio, con la vieja escopeta al hombro y unas perdices en la diestra. Apenas fijó sus ojos en el rostro de Albina, dio al suyo una expresión dura y exclamó sordamente:

—Ya ha caído el "Tigre" por aquí!...

—¡Tata! —balbuceó ella lagrimeando.

Y en seguida contó la escena abominable.

El viejo escuchó en silencio: meditó un rato y preguntó después:

—¿A las nueve, te dijo?

—A las nueve.

—Güeno, hay tiempo.

Tiró al suelo las perdices y volvió a salir en silencio.

Cuando regresó ya era noche.

—La cena está pronta, —díjole Albina mirándolo con ansiosa interrogación.

Y Dionisio, tranquilo:

—Vamos a comer, —respondió; — hay tiempo.

—¿Tiempo para qué, tata?

—¡Pues!... ¡pa pulpiar!...

Finalizada la merienda, el viejo tomó de un brazo a su hija y le ordenó:

—Vos conocés el güeco 'e los espinillos... Andate allí, escondete bien, y esperá...

—¡Pero, tata! —imploró ella, — me v'a buscar el "Tigre", y...

—¡Andá no más!... Cuando yo era mozo he cazao muchos tigres y puede que aura mesmo, siendo una tapera, tuavía sepa destripar un yaguareté. ¡Andá no más!...

Obediente, Albina partió.

Don Dionisio quedó en la cocina, sentado en un cráneo de vacuno, sorbiendo verde y aventando humo.

Iba pasando el tiempo. De pronto una sombra se proyectó en la reducida pieza. El paisano no se movió.

—¡Güenas noches! —gritó una voz seca como alcachofa.

—Muy güenas —respondió Dionisio volviendo la cabeza.— Si gusta pasar...

—¿Ande está la moza? —preguntó el bandido, con voz de mando.

—¿Albina?... Salió.

—¡Ah!... ¿Con que... salió?...

Al decir esto, el "Tigre" había arrollado en la mano la azotera del grueso rebenque plateado y había dado un paso, amenazante, terrible.

El viejo, sin inmutarse, respondió:

—Sí, señor... Ella no sale cuasi nunca, y más menos de noche... pero hoy me dijo: "Tata, viá dir a la Cueva Grande pa rejuntar unos yuyos pa un mozo que me pidió pa remedio; si guelve, digalé que lo espero allá..."

—¡Ah! —exclamó el bandolero con aire satisfecho.— ¿Y ande es la Cueva Grande?...

—Y... cerquita no más... Le viá mostrar.

Ambos salieron y don Dionisio indicó:

—Siga pu'aquí, esa senda finita, tuerza a la zurda ande encuentre un molle seco y dispués, detrás de unas piedras grandotas, está la cueva.

El bandido tuvo un segundo de duda; más bien pronto se convenció de que nadie podía hacerle nada, que nadie podía, en aquel valle de mujeres, de niños y de viejos, atreverse con él, se marchó muy ufano.

* * *

Siguiendo las instrucciones del viejo, el "Tigre" llegó hasta la abertura de una pequeña caverna. Vaciló; retrocedió, y púsose a observar el contorno; no halló nada sospechoso; desnudó el puñal y se largó a la oscuridad de la gruta.

Pocos pasos había dado en el interior, cuando le sorprendieron los ladridos de muchos perros. En seguida corrió a la puerta de la caverna y allí tuvo que habérselas con una jauría que el viejo Dionisio azuzaba:

—¡Chúmbale, Barzino!... ¡Chúmbale, Zorro!... ¡Chúmbale, León!

El bandido defendíase distribuyendo hachazos, pero en seguida, cuando iba haciendo retroceder a la perrada, una lluvia de piedras cayó sobre él y treinta voces de mujer lo increparon, lo insultaron, lo amenazaron.

Santos Leiva mantúvose oculto en la sombra, entre las zarzas: pero luego humillado, furioso con la burla, dio un brinco y se posó sobre una roca, amenazante, el facón en una mano, la pistola en la otra. La luna, casi llena, lo iluminaba de pies a cabeza.

El viejo Dionisio esperaba ese instante y mientras los perros seguían ladrando furiosos y las mujeres ahullaban más que los perros, él apuntó serenamente con su escopeta cargada hasta la boca, hizo fuego... y el bandido cayó con el pecho abierto por los balines...

* * *

Don Dionisio, rehuyendo elogios, decía, días después:

—No es mérito... Con guenos perros, una escopeta segura y el corazón sereno, cualquiera caza tigres!...

EL TIEMPO PERDIDO

A mi amigo José de Arce.

Quedaba aún ancha franja de día, cuando Regino, concluido de estirar un alambre, dijo a los peones:

—Dejemos por hoy... Tengo ganas de cimarronear.

Los peones recogieron las herramientas, echaron los sacos al hombro y se encaminaron a las casas, alegres y agradecidos al patrón que les ahorraba una hora de trabajo, pesado bajo la atmósfera caldeada de un día de enero. Y mientras ellos penetraban en el galponcito recién techado y en cuyo piso aún vivía la gramilla, Regino fue a echar una ojeada a las construcciones.

Albañiles y carpinteros trabajaban activamente. A la luz rojiza del crepúsculo, brillaban las tejas del techo y el blanco de las paredes, sombreado en partes por el ombú centenario, único sobreviviente del viejo *puesto*, demolido para dar sitio al edificio moderno, cabeza de estancia, que hacía edificar Regino Morales, dueño, a la sazón, de aquellos campos en que sus padres y sus abuelos habían sido miserables *agregados*. Cuando él volvió al pago, ni rastros quedaban de la familia. El rancho no tenía ya techo, y las paredes de *terrón* estaban caídas o gastadas por el continuo rascar de los vacunos. A la derecha de la tapera una gran circunferencia gris de plata, una copiosa vegetación de *abre puño* y *revienta-caballo* denunciaban un antiguo rodeo de ovejas; y a los fondos, el verde negro de un bosquecillo de ortigas daba testimonio del basu-

rero. Todo lo demás era muerto, excepto el ombú, sombrío, persistente, símbolo de la raza brava y sobria que se va extinguiendo.

Regino inspeccionó los trabajos y luego fue al galpón, aceptó un mate, que sorbió a prisa y salió.

Por un momento estuvo indeciso, observando el campo que entre cuchillas y llanuras se perdía en lo infinito y el edificio que surgía como expresión de una vida nueva. Luego echóse sobre el hombro el fino poncho de verano y se encaminó lentamente hacia el arroyo que corría a doscientos metros de las casas.

Atravesó el pequeño monte y llegó a la laguna, a cuyo borde se detuvo. Los árboles parecían de cobre, las aguas parecían de plomo y todo, cielo, agua, bosque, estaba inmóvil y silencioso, como si la naturaleza hubiese bruscamente cesado de respirar.

Ante aquella calma absoluta, Regino experimentó honda satisfacción, originada por la armonía del medio ambiente con la actualidad de su alma, que en el cansancio de largos, amargos años de lucha y de pena, ansiaba acostarse en el plácido reposo.

Siguió andando lentamente por la orilla del arroyo y al llegar a unas rocas que formaban como un banco, se sentó, armó un cigarrillo y se puso a fumar, gozando de un bienestar nunca conocido.

Sin hacer el menor esfuerzo por evocarlos, los recuerdos empezaron a desfilar por su mente. Allá, muy remotamente, su niñez, feliz no obstante la orfandad, por cuanto don Gregorio y su esposa habían sido para él verdaderos padres. Seguía después una juventud laboriosa y alegre, bruscamente interrumpida por la fatal querella con Lucio García, una querella imbécil motivada por un pedazo de lonja...

Cometido el homicidio, huyó, se fue al Brasil. El

contrabando le permitió reunir un capitalito con el cual se dedicó a tropero. Le fue bien y a los veinte años de fatigas se encontraba dueño de una fortuna. Entonces pensó en el regreso a la patria y al pago. No le faltó un abogado que liquidara satisfactoriamente su causa; y ello hecho, realizó sus bienes y en una tarde de primavera sorprendió a don Gregorio con su inesperada visita. Los viejos lo recibieron con los brazos abiertos, y él se instaló en el puesto, indeciso aún sobre el porvenir.

—Los Medeiros venden el campo, —le anunció un día don Gregorio.

Regino guardó silencio, no se habló más del asunto y una semana después anunció un viaje al pueblo, donde permaneció cerca de quince días. Al regresar dijo simplemente:

—Compré el campo de los Medeiros.

Lo compró y lo dejó estar, sin decidirse a poblarlo y explotarlo. Recién entonces se le ocurrió pensar que tenía más de cuarenta años, que estaba solo en el mundo y que no tenía objeto ponerse a trabajar de nuevo, por acrecentar una fortuna ya excesiva para él. Don Gregorio, adivinando su preocupación, le dijo un día a boca de jarro:

—¿Por qué no te casás?

Regino había pensado en ello. El amor no le había hablado cuando la suerte le arrojó a la vida inquieta del matrero. Durante los veinte años de fiebre continua, su corazón permaneció dormido, y ahora recién advertía el lamentable vacío.

Sí, debía casarse. Mujer no faltaría que se decidiera a ser su compañera y ya que no los resplandores de la pasión, podía esperar el tibio rescoldo del hogar.

Una tarde, mientras tomaba mate a la sombra de

los naranjos del patio, Regino dijo resueltamente:

—Estuve cavilando estas noches y me he convencido de que casa sin mujer, y estancia sin perros anuncian ruina... Viá casarme.

—Bien pensao, hijo — replicó el viejo; — y has elegido ya?

—Sí.

—¿Quién, si se puede saber?

—Por muchas razones. Usted es el primero que tiene que saberlo: Isabel.

Don Gregorio alzó bruscamente la cabeza.

—¿Isabel?... ¿la chiquilina?...

Regino, un tanto confundido, interrogó:

—¿La encuentra muy potranca pa mí?... Tiene dieciocho años...

—Sí, por ahí anda... En fin, vos todavía sos joven...

—Vea, don Gregorio, yo la he elegido a ella porque la conozco, porque se qu'es güena... y porqu'es de la familia...

No se habló más. Isabel, la nieta de don Gregorio, consultada por los viejos intentó resistir, pedir plazo, pero concluyó por ceder entre sollozos.

Regino, ya orientada su existencia, se puso a poblar. Casi todo el día pasábalo en el campo, y al regresar, al oscurecer, para la cena, en familia, Isabel era para él, y él para Isabel, lo mismo que fueron antes de concertada la boda. No habían cambiado una sola palabra amorosa en las muy raras veces en que se encontraban solos. El tenía con ella atenciones paternales y al verla triste y turbada en su presencia, no le causaba inquietud, juzgándola natural timidez de la chica. La confianza y la familiaridad llegarían a su tiempo...

En todo eso pensaba Regino mientras, sentado sobre las rocas lisas y revestidas de negruzco musgo, contemplaba la plata bruñida de las aguas del arroyo, donde su imagen se reflejaba con perfecta nitidez... Observóse y quedó desagradablemente sorprendido. Si su cuerpo fornido y vigoroso atestiguaba salud y fuerza, en cambio el brillo tenue de los ojos circundados de multitud de pequeñas arrugas, y la expresión cansada de los labios, le advertían, por primera vez, la fuga definitiva de la juventud. La observación causóle disgusto y de seguida púsose en pie y se internó en el monte buscando el término de la laguna, donde el arroyo se angostaba sobre un pequeño salto de piedras que permitía vadearlo a pie. De ahí, una senda abierta entre el maizal conducía hasta los ranchos de don Gregorio. Todas las tardes recorría Regino aquel camino. Pero ese día, sin saber por qué, se alejó costeando el arroyo. A pocos metros de allí negreaba un mimbral espeso. El paisano se detuvo a su borde y disponíase a ir de nuevo en busca de la senda, cuando una voz bien conocida llegó a sus oídos, desde el interior de la arboleda. Picada la curiosidad avanzó unos pasos cautelosamente y por entre las ramas pudo ver a Isabel, recostada a un sauce viejo, y a Liborio, un muchacho huérfano, criado en el puesto, que la observaba con expresión de pena.

—¡No, no! —decía ella: —Yo te quiero, pero los viejos desean que me case con don Regino... Yo prefiero sufrir a hacerlos sufrir a ellos, que han sido tan buenos conmigo... Andate, Liborio, no me busques más...

Regino quedó petrificado. De lo visto y de lo oído, una palabra resonaba ferozmente en su alma: "don". ¡Para su novia, para la mujer que debía ser su mujer

dentro de un par de meses, él era aún "don" Regino!...

Sintió rabia, despecho, ansias de abalanzarse como un tigre, de estrangular, de matar, de exterminar...

Contúvose, sin embargo, pero en vez de dirigirse a los ranchos, deshizo el camino, traspuso nuevamente el arroyo, fue a las casas, recogió su caballo atado a soga, ensilló y salió, sin saber dónde iba ni a qué iba.

Durante un mes nadie tuvo noticias suyas. La casa había sido concluida. Un día llegaron dos carretas con los muebles. Otro día un carro conduciendo dos baúles con ropas y obsequios para Isabel.

Pasaron todavía dos semanas, y ya era en principios de otoño cuando regresó Regino.

Estaba desconocido. Flaco, ojeroso, arrugado el rostro, encanecido el cabello, parecía haber envejecido diez años. Concluida la cena, que fue silenciosa y triste, dijo:

—La casa está pronta, no hay porque dilatar el casorio.

Al mismo tiempo miró fijamente a Isabel y a Liborio.

—Pasao mañana viene el cura, — agregó. — Mañana, — continuó dirigiéndose a Liborio, — vamos a recorrer el campo, con eso te haces cargo del establecimiento, porque te nombro mayordomo... pero... con una condición: que me permitás ser el padrino.

—¿El padrino de qué? —preguntó el mozo azorado.

—¡Y del casorio, pues!... ¡Ah! ¡ah!... exclamó Regino riendo con risa helada; — ¿ustedes creían que yo me iba a casar con la chiquilina, deshaciendo un casal que Dios crió?... ¡Bobetas!...

Y luego amigablemente, dirigiéndose a don Gregorio:

—¿De qué sirve tener rico herraje de oro y plata cuando ya las pulpas flacas y los caracuces duros, solo permiten montar matungos?...

COMO UN TIENTO A OTRO TIENTO

A Carlos M. Pacheco.

Ladislao Melgarejo, fue uno de esos hombres-cosas, cuya existencia transcurre a merced del mundo exterior: un tronco que la corriente del arroyo arrastra y deposita en cualquier parte, una hoja seca que el viento levanta y transporta a su capricho.

No se crea por eso que Ladislao fuese un insensible, desprovisto de anhelos, obedeciendo indiferente a fuerzas extrañas, a la manera del perro que sigue al amo a donde va el amo, porque para él, tanto da ir a un lado o a otro. Al contrario, pecaba más bien de impresionable y si de continuo sacrificaba sus preferencias, era por causa de una anemia volitiva innata.

De carácter pacífico al extremo, le obligaron a ser soldado y como tal, hizo toda la campaña del Paraguay donde cumplió con su deber, exponiendo diariamente la vida, sin un desfallecimiento, sin una rebelión y también sin una jactancia. Su comportamiento heroico no le enorgullecía; no le encontraba mérito porque no era obra suya, ni le interesaba: iba porque lo obligaban a ir y cumplía a conciencia su *trabajo,* obedeciendo al jefe, su *patrón* en aquel momento, como había obedecido a sus patrones anteriores, como obedecería a sus patrones futuros, acatando las órdenes con la sumisión impuesta por su alma de peón. Cuando pasaba de sol a sombra hachando ñandubays, en las selvas de Montiel y cuando hacía fuego en los esteros paraguayos, el caso era el mismo. Así como

volteaba árboles, sin preocuparse de lo que con ellos haría el patrón, así volteaba hombres después con igual indiferencia: siempre trabajaba por cuenta ajena.

Cuando terminó la guerra y lo licenciaron, sin ofrecerle recompensa alguna, encontró aquello muy natural, tan natural como marcharse de una estancia después de concluida la esquila o abandonar el bosque una vez cortados los postes convenidos.

Fue necesario buscar inmediata ocupación, porque esta clase de héroes suelen dejar en sus campañas regueros de sangre, pedazos de cuero y a las veces la osamenta, pero nunca traen nada en las alforjas, al regreso.

La profesión que más le agradaba era la de pastor de ovejas; mas como después de la guerra habían quedado muy pocas ovejas en Entre Ríos, hubo de conformarse a picar carretas. El oficio le iba bien. Manso y resignado como los bueyes, soportaba sin aburrimiento las largas horas de perezoso tranco en las jornadas de estío, y la amarga fatiga de "cavar un peludo" en los penosos viajes invernales.

Aceptado aquel trabajo a falta de otro medio de ganarse el sustento, después no se le ocurrió nunca que podía proporcionársele alguno, menos duro y más productivo. Mientras el patrón estuviese satisfecho y no le pidiese la carreta, él proseguiría meneando clavo a los bueyes, con la misma concienzuda decisión con que había meneado hacha a los ñandubays de Montiel y con que había meneado chumbo a los paraguayos de López.

Por varios años su existencia fue uniforme y lisa como la pampa salvaje, semejante un día a otro día, como un "tiento" a otro "tiento". Sin embargo, ni

aun los arroyitos más insignificantes, —esos que hasta de nombre carecen, — están libres del accidente imprevisto que les obligue a un cambio en la ruta secular de sus aguas. Casi siempre el obstáculo que hace derivar la corriente de una vida apacible, es alguna mujer, la gran perturbadora de todos los tiempos. Y eso le ocurrió a Ladislao.

En la primera jornada de sus viajes de Naranjito a Concordia, acostumbraba pernoctar en un "boliche" que disponía de un campo bien empastado y con excelente aguada. En el "boliche", —punto de reunión del malevaje comarcano— conoció a Felisa, cuñada del bolichero. Era una muchacha agradable, pero en extremo dejada. Sentía odio profundo por su cuñado, quien le cobraba el hospedaje y los trapos con que vestía, obligándola a trabajar desde el alba hasta la noche. Su anhelo era irse de allí, ir a cualquier parte, ir con cualquiera. A los veinte años, el amor no se había manifestado en ella en ninguna forma. Su alma y su cuerpo estaban igualmente insensibilizados por el cansancio. Recibía con la mayor indiferencia los requiebros y las zafadurías de los clientes, groseros y atrevidos, de su cuñado. No faltó quien afirmara haberla visto "enredada" con el rubio Doroteo, famoso cuatrero sobre el cual pesaban más condenas que años tenía de vida. Pero Doroteo desapareció del pago, hacía años, —y nadie se acordaba de él.

Las relaciones de Ladislao con Felisa, empezaron por pequeños servicios que le prestaba cada vez que "soltaba" en el campo del boliche. Una tarde en que, después de desuncir los bueyes, el mozo tomaba mate, solito, junto a la carreta, vio a Felisa haciendo desesperados esfuerzos por picar un tronco duro con

una hacha desafilada. Comedido como siempre, el carrero se levantó y acercándose a ella díjole:

—Deme l'hacha.

En pocos minutos Ladislao picó y rajó una buena cantidad de leña.

—Ya llega, gracias, —exclamó Felisa, colocando las astillas en el delantal.

Y no hubo más; pero en la madrugada siguiente la ayudó a ordeñar y de ahí empezó una amistad que fue creciendo insensiblemente. A menudo hacíanse mutuas confidencias. Ella expresaba el cansancio de aquella vida de servidumbre, de esclavitud casi, no compensada ni siquiera con buenos tratos, pues su cuñado y su hermana se habían habituado a considerarla como una sirvienta.

El, por su parte, le contaba la incomensurable aridez de su existencia, que había recorrido "llevado siempre del cabestro". Grandes dolores no había experimentado nunca; la suerte no le deparó crueldades, pero le entumecía el alma aquella tristeza que desde hacía muchísimos años caía sobre ella como una pertinaz garúa.

—"Por linda que sea la yerba, nunca sale bien el mate tomado solo".

De ahí provenían sus penas. Rara vez le faltó yerba, pero le faltó el compañero para "amarguear".

—¿Y nunca pensó en casarse? —le preguntó Felisa, mirándole fijamente.

Ladislao alzó la cabeza, observándola con extrañeza.

—¿Pensar en casarme?... No, nunca se me ocurrió... Nadie me propuso... A mí nunca se me ocurre nada...

Insinuantemente ella agregó:

—Siempre debe ser menos triste la vida entre dos... Yo, si hallase un hombre bueno... me casaría...

—La verdad, sería más lindo...

Dos meses después, se casaban. Ladislao encontró que su mujer era buena, relativamente; aun cuando bastante fría, bastante parca en cariños, porque, habiéndose casado para descansar, nunca quiso tomarse el trabajo de fingir apasionamientos. No era aquella, sin duda, la compañera vagamente soñada por el carrero, pero ¿cuándo, en su vida había hecho algo de acuerdo con sus preferencias?

Pasado el primer momento de desasosiego, su existencia continuó como antes: vacía, sin luz, sin colores, igual un día a otro día, como un tiento a otro tiento.

EL ZONZO MALAQUIAS

A Víctor Pérez Petit.

En la estancia del Palmar, donde nos criamos juntos, a Malaquías, el hijo de la peona, le llamaban el zonzo, desde que era chiquito.

Teníamos más o menos la misma edad, estábamos juntos casi siempre y yo nunca pude explicarme por qué lo llamaban "El zonzo".

Cierto que era petizo, panzudo, patizambo, cargado de espaldas, la cara como luna, la nariz chata, ojos de pulga y el labio inferior siempre caído y húmedo, semejante al belfo de un ternero que concluye de mamar; verdad que caminaba tardo, balanceándose a derecha e izquierda, al igual de una pata vieja; innegable que su risa era idiota, —y reía siempre— y que su voz era ridículamente gruesa, pero... a mi no me parecía zonzo, y tenía mis motivos para opinar de ese modo.

En la estancia, se amasaba todos los sábados y era costumbre darnos una torta a cada uno. Malaquías, que era un voraz, devoraba la suya en pocos minutos, y luego venía a pedirme que le diese algo de la mía; durante un tiempo, accedí, pero una vez, cansado de soportar aquella contribución a la angurria, o con más apetito, quizá, me negué a la dádiva. Entonces, el muy canalla, se puso a gritar como un marrano a quien le tuercen el rabo, y cuando acudieron mi padre, y la madre de él y los peones, contó, entre hipo e hipo, con su voz de bordona floja.

—Patroncito... ¡hip! ¡hip! ¡hip!... me quitó... ¡hip! ¡hip! ¡hip!... ¡me robó mi torta!...

Como la mía estaba casi intacta, se le dio fe; mi padre me la quitó y se la pasó al idiota, propinándome a mí un par de mojicones para enseñarme a "no abusar de mi condición de hijo del patrón".

Y de esas me hizo mil, de tal modo que casi siempre el "hijo de la peona", el zonzo Malaquías lo pasaba mejor que el hijo del patrón.

Ya mozo, incorporado al establecimiento en calidad de peón, se ingeniaba para no hacer nada, satisfaciendo su haraganería infinita, pero de una manera tan habilidosa que no era posible echársela en cara.

—El zonzo Malaquías, — decía uno, — es como un perro fenómeno, nacido en las casas, de una vieja perra de larga cría, a quien se deja comer por lástima.

Pero los demás protestaron: Malaquías era útil a todos, los servía a todos, a trueque de escasa recompensa. El se levantaba primero que ninguno y hacía fuego y calentaba el agua para esperarlos con el mate pronto. ¿Y qué les costaba?... Dos o tres cigarrillos al día... Dos o tres cigarrillos a cada uno, de suerte que el patizambo "pitaba" doble de lo que "pitaba" el más platudo. Y mientras los otros, contentos y agradecidos, montaban a caballo, soplándose los dedos, en las bravas madrugadas de invierno, él se echaba a dormir la siesta del burro, al calor del rescoldo.

Cuando los peones regresaban del campo, cansados, mojados, tiritando de frío, encontraban en medio del galpón una fogata, caliente el agua, pronto el cimarrón y a punto el asado.

Mientras secábanse las ropas al calor del fuego, se calentaban las tripas con el amargo, lo "asentaban"

con un trago de caña, churrasqueaban contentos y agradecidos al servicial Malaquías.

Es verdad que ellos pagaban la caña, pero una insignificancia cada uno, y cada cual tenía su trago, y Malaquías tantos tragos como peones. Y además Malaquías comía el doble y las mejores presas; mas, desde que los otros estaban satisfechos, no cabía reproche.

Cierta vez, un indiecito, más avisado que sus compañeros, intentó protestar.

—Este zonzo, — dijo, — es como el hijo de la buena madrastra, que tenía un hijo y siete entenaos y cada vez que amasaba, les hacía una torta pa cada uno de éstos, y pa su cachorro, nada; pero luego imponía que cada uno le diese la mitad de la suya al pobrecito, y el pobrecito salía comiéndose tres tortas...

Los otros, indignados, le obligaron a callarse, porque, en realidad, Malaquías era para ellos un vicio, y siempre se defienden los vicios propios, justificándolos, o tratando de justificarlos.

* * *

Grande fue mi asombro y el asombro de todos el día en que Malaquías me anunció que se iba.

—¿Y adónde vas?

—Por ahí.

—¿Por dónde?

—Por ahí, no más, pa desentumirme... pero pronto pego la guelta...

¿Dónde podía ir, y qué iba a hacer aquel infeliz?

No logré disuadirlo de su empeño y un buen día se marchó. Tenía tres caballos, tres potrillos que le habían regalado y que él crió guachos. Ensilló uno,

cargado con dos maletas repletas, puso el otro de tiro, "enrabó" el tercero... y se fue.

Pasaron meses y pasaron años sin que tuviésemos noticias suyas, y llegamos a suponerlo muerto. No se le olvidaba sin embargo; a menudo alguien traía a colación su nombre, a propósito de alguna infelizada, y decía invariablemente:

—¡Pobre zonzo Malaquías!...

Y cuando menos lo esperábamos se nos presentó en la estancia. No había cambiado nada, volvía más gordo y más lustroso, pero su cara de luna, su nariz achatada, sus ojos de pulga y su labio grueso y caído y húmedo, como befo de ternero que concluye de mamar, conservábanse idénticos.

Todos nos alegramos de verlo. Yo le interrogué:

—¿De dónde salís, cachafaz?

—De por ahí, —respondió indiferente, y no hubo forma de averiguar dónde había estado y qué es lo que había hecho en aquellos cinco años de ausencia.

A la noche, en un momento en que se encontró solo conmigo, me dijo misteriosamente:

—Patrón, usted podría hacerme un favor.

—Vamos a ver.

—Su lindero, don García tiene p'arrendar un campito de mil cuadras... y si usted me diese la fianza...

—¿Cómo? —pregunté intrigado.— ¿Qué vas a hacer en el campito?

—A criar ovejas.

—¿Y las ovejas?

—Tengo negocio arreglado.

Yo reí; sin embargo, ante la insistencia de Malaquías, fui a ver a un vecino y arreglé el arriendo del potrero. Cuando el pobre zonzo tuvo en su poder el

documento, — un simple compromiso, extendido en papel común, como se estilaba entonces, — ensilló, montó y salió, siempre silencioso y rodeado de misterio.

El sabía que otro vecino mío hallábase con el campo recargado y deseaba vender una punta de ovejas. Fue a verlo y enseñando su contrato de arrendamiento, díjole:

—Vea don Bruno; yo he arrendado este campito y quisiera poblarlo y como sé que usted tiene recargo de ovejas...

—¿Querés comprarme una punta?... — interrumpió el estanciero intrigado.

—Comprar, no señor, no puedo; pero si quisiera darme en sociedá, a partir mitá y mitá de la lana y el aumento...

Después de reir un rato, don Bruno, excelente paisano viejo, — accedió y una semana más tarde, Malaquías aparecía arreando dos mil ovejas para "su" campo, y como había en éste un rancho y un corral, se instaló en seguida.

Sin invertir un peso, el zonzo Malaquías convirtióse en criador, con campo y hacienda; pero no paró ahí su hazaña. Tenía yo un peón, Santiago, trabajador como ninguno e infeliz como pocos. Malaquías lo llevó un día al rancho y mientras lo agasajaba con mate y caña, le decía:

—Mirá Santiago, vos nunca vas a ser nada, nunca vas a salir de pobre, trabajando de peón, trabajando pa los otros.

—Eso es verdá, — respondió tristemente Santiago; y el novel criador prosiguió:

—Yo te quiero ayudar. Venite conmigo... Sueldo no te ofrezco, por aura, pero en cambio te doy la mitá'e

la mitá'e lo que ganemos, y si querés podés sembrar también una chacra'e maíz... a medias, dejuramente.

El otro aceptó conmovido.

* * *

Santiago cuidaba la majada, componía los alambrados, carneaba, ordeñaba, montaba y trabajaba la chacra, mientras el zonzo Malaquías, el patrón, sin otro quehacer que cocinar, comía hasta hartarse, mateaba, chupaba caña, dormía como un perro viejo y poníase cada vez más gordo y más lustroso.

Y todavía siguieron llamándole el "zonzo Malaquías".

POR LA PETIZA LOBUNA

Al Dr. Pedro Manini y Ríos.

Era un grande, un hermoso dominio —cerca de cien leguas de campo,— pero, muerto don David, liquidada la testamentaría, pagadas las costas, el tasador, el agrimensor, el procurador, el abogado, a cada uno de los catorce hijos del brasileño ricacho, sólo le quedó un guiñapo de tierra; cinco o seis leguas por cabeza, unas chacras como quien dice.

Se hubiesen considerado pobres con la herencia paterna; pero cada uno de ellos —machos y hembras— tenía su fortuna propia, constituida a base de matrimonios inteligentes. Los Souza, los Ribeiro y los Andrade, formaban una gran familia de estancieros millonarios. Casábanse siempre entre ellos desde tiempo inmemorial, y si la raza iba degenerando por el pernicioso efecto de la consanguinidad, en cambio acrecentábanse cada vez más las fortunas. Todos ellos eran extravagantes, desequilibrados, medio locos; pero todos conservaban incólume la virtud ancestral: la tacañería.

El viejo David, un filósofo analfabeto, como deben ser los verdaderos filósofos, un viejecito enclenque, giboso, exageradamente barbudo, solía decir:

—Os Souza, os Ribeiro y os Andrade, têm mais cornos que todos os fazendeiros da naçâo.

Y, según las estadísticas oficiales y la murmuración comarcana, no mentía.

Su hijo mayor, Hildebrando, viudo de su prima Li-

berata, había desertado la grande estancia que le aportó su mujer, y se había ido a poblar en el campo heredado del padre. Construyó un rancho bajo y panzudo, a la orilla mismo del arroyo, —no para hacer más cómodo el baño, sino para facilitar el acarreo del agua, — y allí se instaló en compañía de una *contra-pariente pobre.*

Allí vivía enteramente feliz. El era ya viejo, ella era joven y cada año nacía un cachorro que Hildebrando hacía anotar en el Registro Civil con todas las formalidades de estilo. Y si algún vecino se permitía una insinuación satírica, él contestaba resueltamente:

—Bicho que nace no meu campo, é meu, e eu marco con minha marca!...

Y se agarraba una borrachera feroz para festejar el acontecimiento, porque no se emborrachaba nunca si no era para celebrar un acontecimiento, como ser el aniversario de alguno de la familia, y como la familia era innumerable, venía a resultarle casi a acontecimiento, y, por lo tanto, a tranca por día.

Las cosas iban muy bien; contenta Ciprianina, contento él, cuando ocurrió la muerte de su tío Ladislao, que dejaba una fortuna inmensa y soltera a su séptima hija, Leocadia.

—¿Qué va facer a pobre menina? —se preocupó Hildebrando.

Ciprianina su compañera insinuó:

—¡Si tu casaras cu'ella!... A fortuna 'e boa...

—Sim: é um bom bocado.

Pensando, pensando, Hildebrando se resolvió, hizo el viaje, arregló el asunto y regresó para *acomodar* a Ciprianina. Pronto se entendieron en lo esencial: él le escrituraba una suerte de campo, poblada con mil vacas y tres mil ovejas. En otros pequeños detalles

estuvieron acordes, pero hubo uno en el cual no lograron armonizar: la petiza lobuna. Ciprianina la quería para sí: Hildebrando la reservaba como obsequio a su nueva esposa. Aquélla manifestó formalmente que no se iba de la casa sin llevarse la petiza. El se encogió de hombros, se fue, se casó y se vino con su mujer, una rubia de quince años.

El conflicto estalló. Durante tres meses ambas mujeres, ocuparon la casa, disputándose atribuciones, riñendo diariamente, de palabra y de hecho, impidiendo a Hildebrando dormir tranquilamente sus borracheras. No pudo más y cedió.

—¡Leva a petiza! — dijo.

Ciprianina le saltó al cuello, lo besó con cariño y comenzó los preparativos para el viaje.

Tres días después, ambas mujeres se besaban con efusión y se separaban ofreciéndose sus casas respectivas.

Ciprianina iba en su overo, detrás del carretón que conducía a los chicos, y llevaba de tiro la petiza lobuna, el animal que más había querido en su vida y que prefería a todos los otros animales: las vacas, las ovejas, Hildebrando y sus hijos...

AURA

Al talentoso estadista amigo, ingeniero José Serrato.

En medio del bosquecillo de paraísos, que crecía en el ángulo formado por el cerco de la chacra y al que daba entrada al potrerito del lavadero. Serapio, después de haber abierto cuatro hoyos a punta de pala, ensayaba plantar el primer horcón.

No se daba prisa; nunca tenía prisa Serapio. Tranquilamente colocó el palo en el hoyo, y comenzó a miiarlo, a moverlo, "buscándole la vuelta". Cuando estuvo conforme, lo sujetó con ambas manos y empezó a voltear con el pie la tierra extraída.

—Así va güeno —dijo.

Largó el coronilla, ya firme, y cogiendo la pala, echó sobre el agujero la tierra que restaba. Apisonó. Ratificó la posición del horcón.

—Ta gueno —tornó a decir.

Sacó los avíos, armó un cigarrillo, encendió y tomó otro horcón para plantarlo en el hoyo vecino.

En ese instante apareció Eufrasia, que venía del lavadero con un gran atado de ropas sobre la cabeza. Lo dejó caer, se arregló las mechas, se puso en jarras, y, observando la construcción de Serapio, que no existía a medio día, cuando salió para el arroyo —dijo:

—¡Hué!... ¿Estás poblando?

—Así parece, che —respondió el mozo sin mirarla preocupado con su labor.

—Casa chica, parece.

—Es pa los chanchos.

Y ella, riendo:

—Vas a estar bien ahí adentro.

—Sí; en tu compaña.

La china hizo un gesto despreciativo, recogió el atado de ropas, y exclamó con desprecio:

—¡Andá que te lamban!...

Y a pasos menudos y rápidos se encaminó a las casas, zarandeándose y sin dignarse mirar atrás.

El mozo continuó su tarea y sólo cuando ya ella estaba lejos, entrando al guardapatio, levantó la cabeza y se puso a contemplarla.

—Tuavía, no —exclamó, volviendo tranquilamente a su trabajo.

* * *

Cuatro meses después daba principio la esquila.

Gran trajín en la estancia. Había que voltearles el vellón a más de veinte mil lanudas. Cuarenta esquiladores sudaban apestosamente bajo el cinc hecho fuego del techo del galpón, cubiertos de grasa, arrodillados, una oveja entre las piernas, la tijera en la mano... Las ovejas medio asfixiadas, gemían lastimosamente; de pronto balaba una, pateando, al sentir que le arrancaban un palmo de cuero en tajo brutal... Enfrente, una oveja vieja, de carretilla pelada, candidato al rodeo de consumo, tosía soportando impasible la tortura a que le habían habituado sus seis años de experiencia: "¡agacharse es un alivio, cuando es más fuerte el contrario!"

Aplastadora la tarea para el personal de la estancia. Serapio, ensillando con el alba para arrear las majadas destinadas a la esquila del día, desempeñaba luego el oficio de "acarreador", "agarrando", maneando y "arrastrando" ovinos para que siempre estuviese

ininterrumpida la línea de animales que ocupaba el centro del galpón, a disposición de los esquiladores.

Por su parte. Eufrasia estaba "abombada" por el exceso de trabajo, abrumador y continuo. No se "deshacía las trenzas"; las mechas le caían obstinadamente sobre la frente; la pollera de percal estaba toda arrugada, a fuerza de acostarse vestida, las más de las noches, vencida por el cansancio.

Cuando en el oscurecer de aquella tarde, él entró al patio y fue al pozo, sediento, y la encontró a ella haciendo esfuerzos penosos al tirar de la soga, y se la quitó y sacó el balde de agua fresca y bebió gozosamente en el jarro que ella le alcanzara, tuvo la inspiración de desabrochar el alma y... El gran fogón de la cocina iluminaba el rostro de la criollita. Su rostro color de trigo marilleaba de cansancio; anchas ojeras lindaban sus ojos de carbón; los gruesos labios, entreabiertos, estaban pálidos...

—Tuavía no —pensó el gauchito; y se volvió a los galpones en silencio.

* * *

Al terminar la esquila hubo baile.

Eufrasia, que era una china apetecible, tenía muchos admiradores, y ella, coqueta, "aflojaba piola" a todos, pero concentrando sus indecisas simpatías entre Toribio López, sargento de policía, asistido por el principio de autoridad; el indiecito Martínez, guitarrista, presumido y que siempre le estaba cantando al oído vidalitas mojadas en miel de camoatí; y Serapio, quien, sin haberle dicho jamás palabra de amor, le había enseñado hasta el fondo del alma en las miradas encendidas de pasión.

En el baile Martínez fue preferido desde el principio. Bailarín de fuerza, conversador agradable, cautivaba.

El sargento, cuarentón presumido, se mordía los grandes bigotes, torturando su magín en busca de un recurso para meter de cabeza en la barra al indiecito ladino.

Y Serapio, calmoso, tranquilo, se hacía a un lado, se ocultaba en la sombra, disimulaba su presencia.

A eso de la media noche, Eufrasia, que había bailado cuatro piezas seguidas con el indiecito guitarrero, salió al patio y se fue hasta el bosquecillo de paraísos, donde se detuvo apoyada a un horcón del chiquero de chanchos construido por Serapio.

Este, que desde hacía un cuarto de hora estaba allí, sentado en el suelo, meditando, la vio y guardó silenció, ocultándose a su vista.

A poco apareció Martínez. Se acercó a ella, le tomó una mano con aire triunfador y díjole:

—Yo sabía que mi paloma había de obedecer al palomo...

—¿Obedecer? —replicó ella algo irritada.

—Claro ¡Dame un beso!...

—¡No! —gritó Eufrasia esquivándose...

—¿Por qué?

—Porque yo sólo besaré a mi marido.

Y él persiguiéndola zalamero, meloso, exclamó:

—Y desde aura mesmo puedo ser tu marido...

—¡Ah, sí! —replicó ella rechazándolo indignada. —¿Ah, sí?... ¿Eso piensa el mozo?... Equivocó la picada... ¡Puede ensillar y dirse!...

Inútiles fueron las súplicas del guitarrero. La chinita, ofendida, lo dejó plantado y se volvió a las casas.

Hora después, Serapio regresaba al salón de fiesta. Eufrasia danzaba con el sargento. El se quedó en la puerta, fingiendo no advertir las miradas provocativas que le enviaba la china cada vez que giraba cerca suyo.

Un peón, compañero, sabedor de la intriga amorosa, le dijo:

—¿Y por qué no atropella hermano?

Sonrió el gauchito replicando:

—En californias, caballo que sale cortao en punta, cuasi nunca gana... Hay que carcular el momento 'e la atropellada...

Y ni una vez, en toda la noche, se dignó acercársele, hablarla, solicitarle el honor de una pieza. El gauchito estudiaba, esperaba.

En mitad de una polca, Eufrasia obligó al sargento, su compañero, que la sentase. Estaba furiosa. Enderezó a la puerta y le pegó un empujón a Serapio.

—¿Pa cuando? —preguntóle con sorna el amigo.

—Aura — respondió él.

Y tomándola de la mano, se adelantó hasta los guitarreros y dijo con voz imperiosa:

—A ver una mazurca linda pa bailarla con mi novia.

Y le clavó los ojos; y los ojos de ella dijeron que sí.

Afinaron las vihuelas, rompieron en acompasado son de una lánguida mazurca.

—Aura — dijo él.

—Aura — dijo ella entregándose...

COMO EN EL TIEMPO DE ANTES

Al gran amigo Fulgencio Pinasco.

El techo celeste estaba como la bóveda de un horno calentado con leña de coronilla.

En el ardor de fragua de aquella siesta excepcional, hasta el aire tenía pereza de moverse.

En medio del firmamento, el sol era como una inmensa mano de hierro enrojecido, pesando sobre todo lo terrestre.

Era colosal el silencio, porque los fuelles pulmonares, alimentados por lenta corriente sanguínea, no podían efectuar su tarea de oxigenación sino mediante el casi absoluto reposo de todos los órganos.

La naturaleza entera dormía sin un susurro, la naturaleza toda respiraba apenas, sin movimiento visible, sin ruido perceptible.

En la estancia de los Eucaliptos, los peones, tirados sobre cojinillos, medio desnudos, soportaban el flechazo de los tábanos por no mover una mano; y en sus bocas abiertas, para facilitar la entrada y salida del aire sin ningún esfuerzo, solían meterse, curioseando, las moscas.

El calor, derritiendo la grasa de los maneadores, había aflojado el "ñudo", y el cuarto de oveja cayó desde la cumbrera hasta tocar el suelo del galpón... "Malaquías" —el perro viejo y artero, más ladrón que una urraca; — "Malaquías", que estaba sin comer desde la víspera, olfateó la carne, levantó la cabe-

za, y volvió a bajarla, sin ánimo para levantarse, arrancar un trozo y mascarla.

El gato barcino soñaba sobre una bolsa de cerda, cuando una rata le pasó atrevidamente por delante. Abrió un ojo; la raya de la pupila se dilató en círculo; pusiéronse eréctícas las orejas y las uñas... y volvió a entornar los ojos, a envainar las agujas ungiales, y a hacerse un ovillo, entregándose al sueño...

A esa hora, un paisanito, de rostro color de cerno de coronilla, de ojos de árabe, iba costeando al tranco de su overo sudoroso, el alambrado de la chacra de la estancia de los Eucaliptos. Se detuvo; empinándose sobre los estribos, echó la vista sobre el maizal, y encontrando lo que buscaba, gritó:

—¡Güenas tardes, tía Paula!...

De entre los altos tallos verdes, alzóse rápidamente, azoradamente, una vieja mujer que soltó de pronto las puntas del delantal y cayeron al suelo varias espigas de maíz y una sandía que se partió al caer, y quedó semejando rojo corazón de toro, abierto de un tajo...

—¡Ah! ¿sos vos, muchacho?... —exclamó.— ¡Qué susto me has dao!... Créi que juese...

—Alguno de la estancia que la sorprendiera trabajando en chacra ajena, a media siesta...

—Vine a rejuntar algunas espigas cáidas, —dijo la vieja excusándose.

—Vea, mi tía; yo no le hago cargos; los patrones no se han de comer todos los choclos y todas las sándias, y no hay delito en que una pobre vieja haga lo que hacen las cotorras, comerse algunas...

—Ansina es, sobrino.

—Gueno, vengo en su busca.

—¿En busca mía?... ¿pa qué, muchacho?...

—Porque yo tamién ando con ganas de robar una sandia, y al dentrar a la güerta quiero que usté entretenga los perros pá que no se me vengan al humo...

La vieja se acercó al alambrado, cuidando de ocultarse entre los altos tallos, y preguntó intrigada:

—¿Siempre encamotao con Belarmina?

—Siempre. Ella es pa mí como el sebo pa las guascas, lo que da vida...

—Güeno, ¿pero no pensarás hacer una barbaridá?...

—No, tía... Pienso robarla esta noche y necesito que me ayude...

—¿Robarla?... ¡Jesús, María y José! —exclamó, haciéndose la escandalizada, la vieja andrajosa.

El gauchito rió.

—¿Y di hay, tía Paula?... ¿Y a usté no la robó el finao tío Evaristo?...

—¡Era otro tiempo m'hijo, era otro tiempo!... Entonces no había alambraos, los montes eran espesos, los polesías no tenían remintones, ni había fierrocarriles, ni telegrafos, ni telefonos... ¡Era otro tiempo, m'hijo!...

—Pa los gauchos de verdá, son lo mesmo todos los tiempos... ¿Qu'importa disparar en matungo flaco, si el que nos persigue también viene mal montao?...

—¿Y qué querés de mí?

—Que me ate los perros. Don Evaristo, el capataz y los peones Telmo y Galleguito están en las carreras del Venao Arisco... En l'estancia sólo queda Aniceto, que es aparcero, y cerrará los ojos y los óidos... A la hora 'e la cena usté cái por las casas y le comienza a dar prosa a ñá Venancia... Hablelé mal de todas sus amigas; eso le gusta.

—Eso nos gusta a todas las mujeres...

—Cuentelé algunas zafadurías...

—¡La patrona sabe más zafadurías que yo!... ¡Es zafada la vieja, ché!...

—¡Mejor!... Dejelá tallar de cuando en cuando y comídase pa sebar el dulce y... ¿entuavía ha de tener aquellos yuyitos que hacen dormir?...

—¡Sosegate, muchacho!... ¿Con la patrona?... ¡Sosegate!...

—Le regalo la lechera yaguané...

—¿La yaguané de ubre grandota?... —exclamó tía Paula con codicia.

—Sí.

—¿Y el ternero tamién?

—Tamién.

—Es un overito crespo, medio cruzao?

—Sí...

Ella meditó. Luego dijo:

—¡Pucha, ché, qué compromiso!... Pero en fin, por servir a un sobrino... p'algo es la familia... ¿Y estás seguro que Belarmina v'a cabrestiar?...

—Ese tiento yo lo afino.

—Siendo de esa laya... Andá indicando lo qu'hay que hacer...

—Cosa más clara que agua'e manantial... Usté se allega a las casas a la hora'el pulpeo; como misia está sola y se muere por prosiar, de fijo que la invita a comer y dispués... el mate dulce...

....

En el gran comedor de la estancia.

Doña Venancia, repantigada en su sillón tapizado con cuero de ternera peludo, ríe estrepitosamente, haciendo bailar el vientre enorme y dejando al descubierto las encías sin dientes...

—¡No, ché! Yo no puedo creer que mi comadre Marcelina... asina... ¡No, ché, son mentiras tuyas!...

—¿Mentiras? —replicó tía Paula, fingiendo indignación.— Eso sí que no admito, misia Venancia!... Mire: que la parta un rayo si hay un piacito'e mentira en lo que le cuento... Gracias a Dios yo no soy mala lengua ni me gusta desagerar a naides... Tome otro mate, misia.

La gorda patrona bebió el "dulce", bostezó y dijo:

—Pucha, m'está dentrando un sueño... ¿Ande está Belarmina?...

—Aquí estoy, mama —respondió la chinita, entrando en el comedor.

—Están ladrando los perros.

—A la luna... Noche de luna, noche de...

Misia Venancia quiso reir, pero un bostezo le embargó la boca. Cerró los ojos, reclinó la cabeza en el respaldo del sillón y quedó inmóvil.

—Y'astá a punto el asao —gritó la vieja.

El gauchito penetró en la habitación.

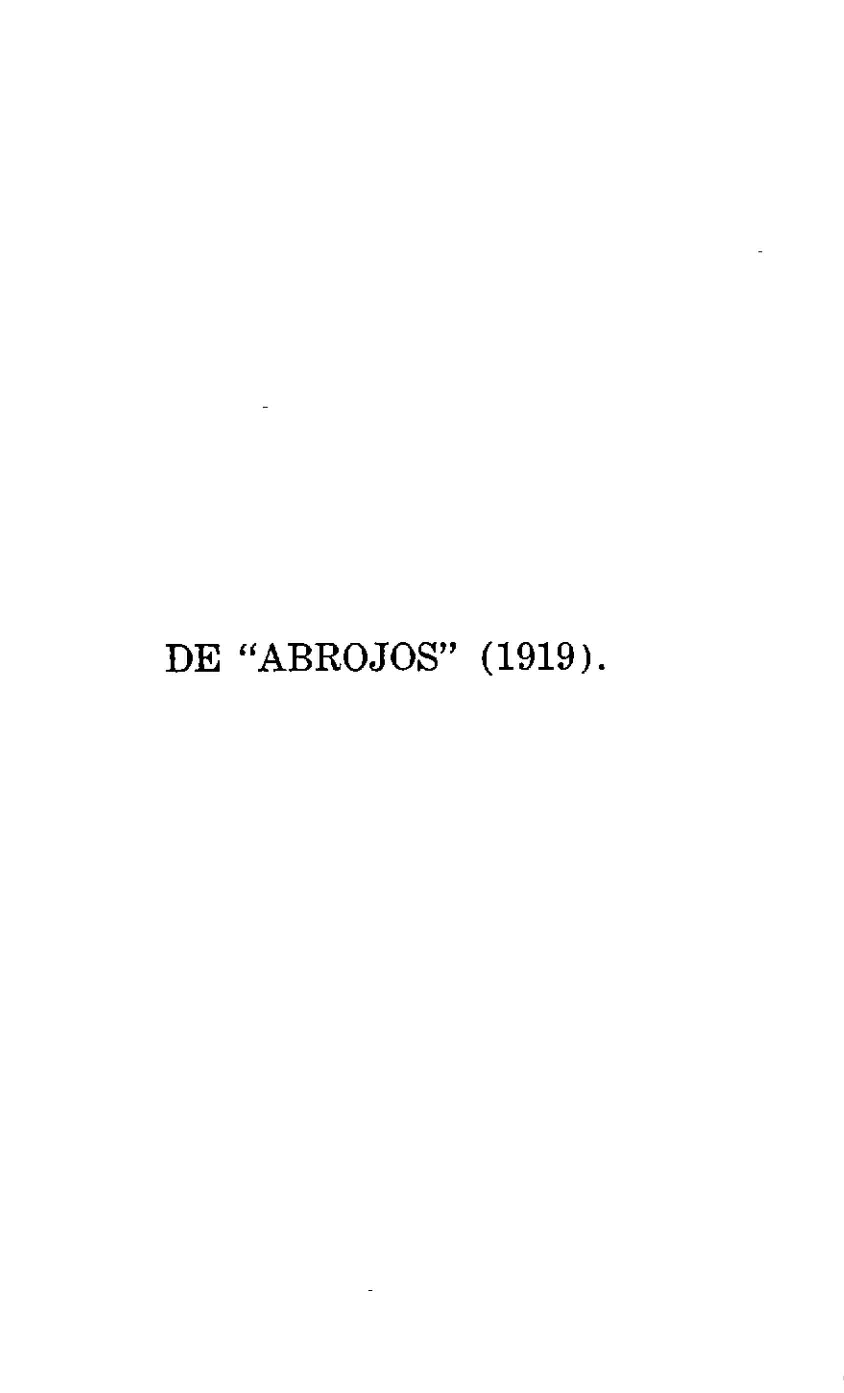
—¿Vamos, prenda? — preguntó cariñosamente a Belarmina.

—Vamos, — respondió ella decidida. Fue a la pieza inmediata, de donde volvió con un atado de ropas.

—Vamos. —volvió a decir.

Y cuando se disponían a partir amorosamente abrazados, tía Paula los detuvo, diciendo al mozo:

—Ché, no te vas olvidar de mandarme la yaguané...



DE "ABROJOS" (1919).

EMPATE

Un fogón enorme echaba llamaradas, haciendo día en la amplia cocina del cortijo.

¿Por qué tan gran fuego?...

La noche estaba boquiando y no habría de faltar más de una hora para que aparecieran en el naciente las pinceladas rojas de las barras del día.

¿Para qué aquel gran fuego?... No hacía frío y con la décima parte de las brasas del fogón sobraba para calentar el agua de la pava con que cimarroneaban los dos viejos, el viejo criollo Campoverde y el viejo napolitano Pomidoro.

Los dos tenían la barba espesa y tordilla, — tordilla blanca, como los tordillos viejos; — pero Pomidoro ostentaba un cráneo pelado, amarillo, semejante a un huevo fresco de ñandú, mientras que Campoverde conservaba toda su crín bravía. Eran bastante viejos los dos, y durante más de veinte años se habían odiado intensa y recíprocamente.

Pomidoro había empezado por arrendar a Campoverde una chacra que, cultivada con todo esmero, le permitió al italiano, laborioso y ahorrativo, ir acumulando moneda. Verdad que hacía de todo. Aparte del cultivo, no muy extenso, de maíz y trigo, su huerta proveía de hortalizas, de duraznos y de sandías al pago entero. Todos los domingos, Teresa, su mujer, hacía gran hornada de pan, que sus hijos, Sabina y Pedro, iban a vender por el contorno. Además, Genaro Pomidoro era el único albañil, el único carpintero y el único mecánico del lugar.

Si había que levantar un muro, componer una azotea, remendar un tejado, construir una puerta o arreglar una máquina descompuesta, era forzoso recurrir a Pomidoro. Y de esta pluralidad de ocupaciones, juntando pesos con centavos, iba formando libras esterlinas destinadas a la oscuridad del botijo.

Campoverde no tenía mala voluntad para su arrendatario; empero, en su orgullo de criollo, despreciaba al "gringo", encontrando lo más natural que éste, cada vez que se acercaba, se quitase el sombrero y lo saludara con un respetuoso:

—¿Cume istá dun Inacio?

Mientras él, sin tocar siquiera el ala del chambergo, respondía invariablemente:

—¿Cómo te va, gringo?

Pero aconteció que un año los negocios de Campoverde fueron muy mal: perdió todas las carreras en que entró. Y no se podía decir que por incompetencia o por desidia en el cuidado de los parejeros. Eso no. Hombre de conciencia, sabedor de que la platita hay que defenderla, dormía junto a sus caballos, se levantaba de madrugada, — fuese malo, fuese feo el día, — para trabajarlos, y no se detenía ante ningún sacrificio para adquirir el mejor maíz y la mejor alfalfa. Cuando le hablaban de eso le daba rabia.

—¡Decir que no cuido, canejo!... Vea, amigo, por no desatender el cuidao de los parejeros, tengo cuasi abandonada la estancia. Como no he tenido tiempo de componer el alambrao del Bajo Grande, se me ha estraviao una punta 'e novillos y como no pude salir a campiarlos, aura deben andar por la loma 'el diablo, y quien sabe si me vuelvo a juntar con ellos!...

—¡Y algunas reses le han de haber carniao, también!

—¡Dejuro que me han de haber carniao! ¡Si no tengo tiempo pa nada!... Ahí están las ovejas a la miseria 'e sarna, y yo sin poder curarlas... ¡Y tuavía dicen que pierdo las carreras por abandonao, por haragán!...

—¡Habladurías, no más!... Siga sin hacer caso.

Y como Campoverde, siguió sin hacer caso, cuidando parejeros y perdiendo carreras, despreocupado por entero de su hacienda, a fin de año se vio obligado a recurrir a Pomidoro para que le anticipase un año de arrendamiento.

Y así empezó Pomidoro a comerse a Campoverde.

Rápidamente, las esterlinas del botijo fueron disminuyendo, sustituidas por escrituras de hipoteca. En tres años, el arrendatario se convirtió en propietario de la chacra.

Y como los años seguían yendo mal para el gaucho, los empréstitos proseguían y, pedazo a pedazo, la heredad de los criollos Campoverde iba pasando a engrosar la chacra del gringo Pomidoro. Y aquellos dos hombres empezaron a odiarse; el uno porque se sentía irremediablemente comido por el otro; y el otro porque, despertado el apetito encontraba lento el proceso, en sus ansias de tragarlo todo.

Campoverde había llegado al colmo de la humillación, quitándose el sombrero cuando iba a visitar a Pomidoro, a quien, desde hacía unos años, se había sometido a llamar "Don Genaro".

Y es que Pomidoro era ya "don". De sus diez mil hectáreas de campo flor, no le quedaba a don Ignacio más que un potrerito central, de quinientas cuadras cuadradas, donde asentaba el gran edificio de piedra, — "la azotea", con sus galpones, sus corrales, sus

bretes: la cabeza de la estancia, otrora famosa, de los Campoverde.

Pomidoro no podía resignarse a morir sin haber coronado la conquista con la posesión de "La Estancia". Pero el gaucho había hecho a su orgullo, el supremo sacrificio de no cuidar más parejeros. "La Estancia", no sería nunca del "gringo". Uno emperrado en que sí, el otro en que no, no se veía solución posible, cuando un incidente vulgar vino a cambiar la faz del problema: el criollito Saturno, hijo de don Ignacio, y la gringuita Sabina, hija de don Pomidoro, se amaban.

Inútilmente se atravesó entre sus cariños el odio recíproco de los padres. En el campo, el amor es como los cañadones, cuyas aguas corren mansas, silenciosas, cristalinas; pero si lo enfrenan con un tajamar, se revuelven, rugen, borbotean espumas, y, o abaten el obstáculo o se va por campo traviesa.

El último parejero —ya largado al campo— de don Ignacio, sirvió a su hijo para robar a la hija de su enemigo. Y al fin hubo que rendirse ante el hecho consumado, que. en definitiva solucionaba el largo pleito a satisfacción de los dos litigantes: Pomidoro integraba el dominio con el núcleo de la Estancia; y Campoverde se veía restituir, en su heredero, todo el bien arrebatado por la usura a la debilidad de sus vicios.

Y de ahí resultó que el gringo y el gaucho se hicieran amigos y, como no tenían nada que hacer ya, se disputaban continuamente, para ocupar las horas vacías de la vigilia.

Durante aquella noche, pasada en vela junto al fogón, a la espera del nacimiento del primer nieto, no habían cesado de pelear, discutiendo sobre quién ha-

bía de ser el padrino. Al fin habían transado con la proposición de Campoverde.

—Si sale "chancleta", usté es padrino, pero si sale macho, yo soy el padrino y le pongo Ignacio!

Ya de acuerdo, tomaron sendos tragos de caña y atizaron el fuego, desperdiciando leña, en ese afán humano de que haya luz cuando las almas están contentas. Y estaban por tomar otro trago cuando entró alborotado Saturno y anunció:

—¡Ya 'stá, tata!

—¿Qué jué?

—Un machito...

—¡Se tiene que llamar Ignacio! ¡yo soy el padrino!... —exclamó jubilosamente Campoverde.

—...y una hembrita, —concluyó el mozo; — un casal, tata!

—¡Yo tamén soi padrino! Y si gai de llamar Genara! —gritó entusiasmado Pomidoro.

Campoverde, de pie, iluminado por el rojizo resplandor de las llamaradas del fogón, tembló de ira. Luego, serenándose, dijo:

—¡Gringo suertudo!... ¡Cuando no me la puede ganar, la empata!...

DEL BIEN Y DEL MAL

—Es así, viejo Simón, convénzase de que es así, —concluyó Mariano con su voz pausada serena y armoniosa.

Pero si al viejo Simón le era imposible convencerse de que fuese aceptable lo expresado por el patroncito, mucho más imposible le era convencerse de que efectivamente, el patroncito se expresaba así:

—"Las únicas satisfacciones reales son las que nos proporciona el hacer mal, el hacer sufrir".

Y lo había dicho así, serena, tranquilamente, sin excitaciones, demostrando profundo convencimiento de lo que decía, de que no era uno de esos disparates cual todos proferimos en un momento de ira, pero que no utilizamos jamás como regla de nuestras acciones.

Mariano ajustaba su conducta a esa fórmula horrible. El viejo Simón había visto cuanta satisfacción experimentaba el mozo en sus crueldades de hecho con las bestias y en sus crueldades de palabra con las personas.

Una ocasión, "Saulo", el viejo perro, veterano de la perrada de la estancia, desdentado, rengo, casi ciego, fue a acariciarlo, humilde, arrastrándose, buscando su mano para lamerla. El no lo rehuyó, por el contrario, retribuyéndole las caricias y conduciéndolo al galpón hasta debajo de un garfio que sostenía un cuarto de vaca, cortó un trozo de carne que puso varias veces a la altura del hocico del perro, haciéndole desear la merienda; y por último, simulando entregársela, le

reventó en la boca una vejiga de hiel que llevaba oculta en la otra mano.

Otra vez, mientras el viejo Simón se esforzaba en desvanecer las sospechas que atormentaban a Jacinto, él intervino:

—¡No te aflijas, muchacho!... Puede ser que sean ilusiones... Yo los vi juntos, ayer tarde y no sé lo que Fausto le decía, pero vi que ella reía mucho... y los hombres que hacen reir a las mujeres tienen más probabilidades de conquistarlas que aquellos que las hacen llorar...

Y dicha esa frase cruel, que volvió a enturbiar el alma del mozo, se alejó sonriendo.

Simón sufría. El "patroncito" se había criado con él y fue siempre un muchacho bueno, noble, justo; pero la ciudad, donde pasó varios años cursando sus estudios, lo había transformado por completo.

Cuando a raíz de la muerte de su padre volvió y se hizo cargo de la dirección del establecimiento, era el mismo, lindo mozo, rubio, de ojos azules, de porte gallardo, y aunque de apariencia delicada, bien masculino y fuerte, sin embargo.

Pero volvió malo; fría, deliberadamente malo, sin que nunca la tristeza se pintara en su rostro, sin que nunca el malhumor destemplara su voz, sin que ningún indicio exterior hiciera presumir en aquel cambio la existencia de algún gran dolor, de algún gran desengaño, de alguna sangrante herida en el alma.

El viejo Simón mortificaba su pobre cerebro opaco, sin conseguir ni un rastro para la averiguación de aquel enigma.

Una noche, ya obscureciendo, Mariano le dijo:

—Viejo, no largue su caballo, porque quiero que me acompañe esta noche:

—¿Va viajar, patroncito?

—Sí.

—La noche va estar fiera, viene cayendo cerrazón.

—Por eso lo llevo de baquiano.

Cuando, después de cenar, Mariano se presentó en el galpón, emponchado, calzadas las botas, el rebenque en la mano, los caballos estaban ya prontos. Montaron y partieron, ganando el campo en silencio, envueltos en la neblina que se densificaba a cada instante.

Cuando hubieron trotado unas cuadras, Simón indagó:

—¿P'ande vamos, patroncito?...

—Al rancho de Luis Pérez, — respondió con indiferencia el mozo.

—¡Lo maliciaba!... — musitó el viejo; y después, en voz alta: — Hay que vandiar el Sauce Chico, qu'está muy lleno, y el paso es hondo...

—Ya sé; y usted sabe que también sé nadar.

Simón guardó silencio y la marcha prosiguió así, durante dos horas, más quizás. El viejo había comprendido. La mujer de Luis Pérez permaneció una semana en la estancia, llamada para ayudar en trabajos de costura. Más de una vez, Simón sorprendió al patroncito haciéndole una corte a la cual ella no oponía sino débil resistencia. En la mañana del día anterior, cuando el puestero fue en busca de su mujer, Mariano le entregó una carta para que fuese a llevarla al pueblo, que le quedaba en camino, esa misma noche, después de dejar a su mujer en el rancho.

El ardid estaba visto. Por mucha que fuese su diligencia, Luis Pérez no estaría de vuelta a sus ranchos antes de mediodía siguiente.

Continuaron trotando.

—Me parece que este camino se estira mucho, —exclamó de pronto y con cierta impaciencia el mozo.

—Calculo que ya estamo cerquita'el arroyo, —respondió Simón.

Y, efectivamente, pocos minutos después, se encontraron en el paso, que vadearon con gran dificultad, porque el arroyo estaba crecido y correntoso.

Una vez del otro lado, desmontaron para "componer" los recados, y Mariano, a quien de rato estaba masticando una sospecha, se puso a inspeccionar el lugar. De pronto, habiendo descubierto un grueso tronco de sauce tronchado a dos metros del suelo, exclamó furioso:

—¡Este es el paso real del Sauce Grande!

—Es verdad, patroncito, —contestó con humildad el viejo.

—De manera, —continuó Mariano con el mismo acento colérico,— que hemos marchado tres horas en rumbo completamente opuesto?...

—Asina es, patroncito... Con la cerrazón me perdí...

El mozo, conteniendo un visible esfuerzo, preguntó:

—De modo que ahora, para ir de aquí al puesto de Luis Pérez...

—No vamo a llegar hasta dispués del mediodía... si no nos volvemo a perder.

Mariano comprendió y acercándose al viejo, díjole con violencia:

—¿Lo has hecho a propósito?

—Sí, patroncito.

—¿Y si yo ahora te hiciera saltar los sesos de un tiro? —gritó sacando y amartillando el revólver.

Simón encendió el cigarro que había estado liando con toda calma y respondió impasible:

—Haga lo que quiera el patroncito... Yo soy ya muy viejo y poco me da morir días más, días menos. Yo estoy contento, a la fin.

—¿De haber traicionado?...

—De haber hecho bien a Luis Pérez, a su mujer y a usté... y de probarle que haciendo bien se pueden tener mayores satisfacciones que haciendo mal...

Mariano quedó indeciso un instante. Guardó el revólver, meditó un momento y luego, montando rápidamente a caballo, ordenó:

—¡Vamos a la estancia, rápido, y no te pierdas!...

—¡Oh, no! — exclamó alborozado el viejo. — P'allá es camino reto, patroncito, y en el camino reto no se pierde ningún hombre honrao por más espesa que sea la cerrazón!...

LA SALVACION DE NICETO

Desnudos el pie y la pierna, desabrochada la camisa de lienzo listado, dejando ver el matorral de pelos grises que le cubrían el pecho, un codo apoyado sobre el suelo y sobre la mano la vieja pesada cabeza, don Liborio parecía dormido; dormido como carpincho al borde del agua, en el crepúsculo de un atardecer tormentoso.

La línea de uno de los aparejos pasaba por entre el dedo gordo y el índice del pie derecho, de modo que la más mínima picada le sería advertida inmediatamente. El otro aparejo estaba sujeto por la mano izquierda, perezosamente extendida sobre la hierba, a lo largo del cuerpo.

Don Liborio parecía de mal humor, aquella tarde. La botella de ginebra estaba intacta; el fogón sin encender, el mate sin empezar y en los labios del viejo pescador no se veía — ¡cosa asombrosa! — el pucho de cigarro negro.

Sin duda: don Liborio debía estar enfermo...

Pedro Miguez, que se había acercado con la idea de pasar un buen rato escuchando los cuentos interminables del viejo, consideró haber hecho un viaje inútil.

—¿Pescando, don Liborio? — había preguntado con afabilidad; y el otro, con dureza:

—¡No, dando 'e comer a los pescados!... Si aura hasta los doraos y los surubises parecen dotores!... Pa comer la carnada son como cangrejos pero cuidando'e mezquinarle la jeta al fierro!...

—Vea, ahora está picando —indicó el forastero.

—¡Picando! ¿picando qué?... la gurrumina, el sabalaje no más!... pescao serio ninguno...

Ya no va quedando más qu'eso en el país, gurrumina, sabalaje, resaca!...

El viejo gritó casi la última frase. Luego, fregándose la barriga con la palma de la ancha y velluda mano, se quejó:

—¡Desde ayer que las tripas no hacen más que corcobiar dentro 'el corral de la panza!...

Pa mí que son los güevos de ñandú que comí antiyer y mi han patiao...

—¿Comería muchos?...

—No, m'hijo; a gatas una media docena...

—Si quiere un trago'e caña con guaco — ofertó el mozo — yo traigo aquí.

—Hombre, eso mi ha'e sentar.

Miguez alcanzó el frasco; don Liborio bebió un sorbo pequeño; luego uno mediano; después se fue a fondo en una de trago y buche.

—¡Aj, aj!... Esto alibea.

La fisonomía del viejo cambió casi repentinamente. Sus ojos volvieron a adquirir la habitual mirada picaresca, burlona y buena al mismo tiempo; los labios tornaron a sonreir, como galvanizados al contacto del cigarrillo negro, cuya nostalgia experimentaba desde hacía varias horas.

Don Liborio no tardó en recuperar su locuacidad. Sin moverse de su sitio, empezó a encender el fuego y a preparar el amargo.

—Tarde fiera — dijo; — estas tardes asina, ahumadas, cuasi siempre son de mal presagio. Era una tarde mesmo asina d'esta laya, en invierno pasao, cuando se salvó el finao Niceto...

—¿Niceto Benavidez?

—El mesmo.

—¿Y no murió?

—Dejuro; por algo dije el "finao" Niceto... ¡Pobrecito!... La polecía lo traiba al trote sin dejarlo ni resollar un ratito a gusto...

—¿A causa?...

—A causa'e que Niceto era corto'e vista y ocasiones confundía las marcas cuando diba a carniar una res... Güeno; al fin del invierno pasao lo cargaron, apurándolo, y el hombre no tuvo más recurso que ganar los embalsaos del Mandisoví... Largó el caballo y se metió a pie entre la basura 'el bañao. Los melicos no se atrevieron a seguirlo y el hombre dispués de estar cuasi seguro comenzó a carcular que hubiera sido mejor hacerse matar a chumbo, porque de tuitas maneras, ¿cómo iba a salvar de allí?... ¡Pero, amigo, cuando está'e Dios que un cristiano se ha'e salvar, es al ñudo!...

Después de cebar un mate. beber un trago de caña y dar una gran chupada al cigarro, don Liborio continuó:

—¿Quién le dice amigo, que con el repunte juertísimo que traiba el arroyo, se arrancó un pedazo'el embalsao y ahí me lo tiene a Niceto Benavidez, navegando Uruguay abajo y dejando a los melicos con media cuarta'e narices. guardando la puerta, esperando qu'el hambre lo echara p'ajuera!...

El hombre iba contentísimo, y como era noche y muy oscura, se tiró a dormir, pensando que al otro día tendría tiempo pa elegir puerto ande desembarcar.

Pero, amigo, cuando comenzó a rayar el día y Niceto se dispertó contentazo del güen cómodo del

barco, se le pararon los pelos de punta al ver que iba otro pasajero junto con él...

—¿Algún melico?

—¡Un tigre!... Niceto era guapo y quiso hacer frente; pero la fiera a la cuenta muerta de hambre, no le dio tiempo pa nada. De un salto lo acható sobre la isla, y en cuatro zarpazos lo pasó pa dijunto... Vea amigo, las cosas qu'están escritas allá arriba pa sentencia'e cada cristiano!... Cada vez que me acuerdo cómo se salvó Niceto...

—¿Pero no dice que lo mató el tigre?

—Dije ¿y qué?

—¿Y cómo dice entonces que se salvó?

—Seguro. Dije que se salvó'e la polecía. Nada más...

PA SER HAY QUE SER

Se acercaba el invierno, y Próspero Mendieta, que llevaba ya muy cargada la maleta de los años, púsose a imaginar en qué estancia confortable encontraría apacible asilo su pereza innata.

No presentaba fácil solución el problema. La mayor parte de los establecimientos de la comarca, actualmente propiedad de *gringos o agringaos*, ya no ofrecían a los gauchos vagabundos la tradicional hospitalidad de antaño.

Entre las pocas estancias de corte y usanza antiguas que subsistían, estaba la de Yerbalito; pero su propietario, João Maneco Leivas de Figueredo, era un viejo brasileño famoso en todo el pago por su egoísmo y su tacañería sin ejemplo.

Sin embargo, fue por el que se decidió Próspero Mendieta. Hombre de recursos — como que de ellos había vivido toda su vida, obligado por su natural aversión al trabajo, — había combinado un plan digno del adversario que proponíase atacar. Una vez más dispúsose a sacarle jugo a su fama de gaucho bravo, peleador sin asco, de esos que "ande quiera bolean la pierna y la corren con el que enfrenen, porque no tienen el cuero pa negocio ni el puñal pa cortar tientos".

Seguro del éxito de su plan, aceptó tranquilamente el nada cordial recibimiento, pues tras un seco "bajesé", lo hicieron pasar al galpón, excusando la habitual frase de cortesía paisana:

—¿No gusta desensillar?

Los diez o doce peones — en su mayoría negros y

mulatos — que rodeaban el *fogón*, acogieron con mal semblante al forastero que iba a restarles una parte de la nunca abundante merienda.

Pero él apenas probó la *feijoada* de charque rancio y porotos apolillados. Violentando su proverbial verbosidad, se limitó a responder brevemente a las escasas palabras que se le dirigieron durante el almuerzo. Al final, como el capataz lo interrogara:

—¿Va de paso?

—No — respondió con cierto aire de misterio. — Vine hast'acá no más.

Y luego afectando indiferencia:

—¿No tiene noticia de nada nuevo?

¿Algo nuevo?... No; ninguno tenía noticia de nada nuevo. Todo estaba igual; hasta el tiempo manteníase bonancible. Pero la pregunta del forastero despertó la curiosidad general, y varios inquirieron a un tiempo:

—¿Qué pasa?

Próspero, tras una pausa estudiada, dijo:

—Ustedes deben conocer al mellao Fagúndez...

El solo nombre del famoso y temido bandolero emocionó a la peonada. Y advirtiendo el efecto producido, el gaucho prosiguió:

—Anda en el pago.

—¿Aquí cerca?

—Cuasi pegao: en los montes del Yerbalito.

—¿Solo?... ¿Juyendo, a la fija?

—Con una banda de diez hombres...

Lo acompañan el negro Luna, el pardo Wenceslao y el ñato Malaquias...

La noticia cayó como una bomba entre los tertulianos, del fogón. Los espesos montes del Yerbalito, linde de la estancia, estaban a una legua de la población y

los nombres citados por Próspero correspondían a los más temibles bandidos de la provincia. Y siendo voz corriente que Leivas de Figueredo, inmensamente rico y del mismo modo bruto, guardaba sus tesoros en botijos, como en el tiempo de las onzas de oro, nadie dudó de que la presencia de los facinerosos respondió a un plan de asalto a la estancia. El capataz apresuróse a ir en busca del patrón para comunicarle la grave noticia, y cuando en su compañía regresaba al galpón, Próspero disponíase a partir. Don João Maneco lo saludó con inusitada amabilidad, instándolo a quedarse.

—No, gracias. Tengo algo que hacer. Vine no más p'alvertirle...

—Mais não vase embora, seu Próspero! — imploró el estanciero; y luego, dirigiéndose a un negrillo:

—¡Vae, rapaz, trageo a limeta de caniña!... ¡Abánquese, seu Próspero, e vamos a falar!...

....

La primera parte del plan de Mendieta tuvo el mejor éxito. El estanciero ofreció, pidió, rogó al gaucho bravo que se encargara de la defensa "pidiendo o que você quizer"...

Próspero aceptó, no sin hacerse rogar, y desde ese día quedó confortablemente instalado en la estancia. Sus indicaciones eran órdenes. Se le proveyó de un arsenal guerrero: dos revólveres, un winchester, una daga de ochenta centímetros de largo; prendas de vestir y prendas de apero; tabaco y caña a discreción, churrascos a todas horas, cuenta abierta en la pulpería...

Un mes transcurrió. El gaucho holgazán, explotan-

do el miedo de Leivas, vivía como un príncipe, y a menudo decía sonriendo:

—Güen juego... si no se apaga...

Pero, desgraciadamente, no hay fuego que no se apague. La peonada, envidiosa de las prerrogativas del intruso, pasado el susto del primer momento, empezaron a desconfiarle el juego. Y de desconfianza en desconfianza y de averiguación en averiguación, descubrieron el pastel: ¡en todo el contorno no había ni noticias de la famosa pandilla!...

....

Era un sábado. La cena había sido abundante. Vino y caña circularon con profusión. La peonada festejó las historias heroicas del intruso, quien, a media noche, se retiró a su habitación en estado bastante deplorable.

Estaba en lo más profundo de su sueño de borracho, cuando lo despertaron un tropel de caballos, gritos de hombres, ladridos de perros, y un tiroteo infernal. Levantóse precipitadamente y se echó afuera, olvidando hasta de proveerse de sus armas. Agazapándose por detrás de la cocina, intentó internarse en el maizal inmediato; pero antes de conseguir su objeto fue alcanzado por media docena de diablos negros, que, a planchazos y rebencazos lo echaron por tierra.

El tiroteo había cesado. Dentro del caserón-fortaleza, don João Maneco temblaba, medio muerto de miedo, cuando el capataz, golpeando reciamente el portón, gritó:

—¡Patrón, patrón!... ¡Abra que tenemos prisionero al famoso mellao Fagúndez!...

Lleno de júbilo el viejo abrió la puerta exclamando:

—¡Qué venga a meus brazos o valente seu Próspero!...

—Aquí está — respondió con sorna el capataz, señalando al gaucho, que dos peones arrastraban maniatado, sangrando y desfallecido.

....

Tan pronto como tuvo fuerzas para montar a caballo, Próspero, despojado de sus armas y de sus pilchas, y, lo que era más, de su prestigio de guapo, partió de la estancia y nunca más se tuvieron noticias suyas en el pago.

Cuentan que se fue muy lejos, muy lejos, y que murió en un rancho miserable, pronunciando, entre dos boqueadas, estas palabras enigmáticas:

—Pa ser, hay que ser.

CASTIGO DE UNA INJUSTICIA

El viejo Lucindo Borges estaba sobando un maneador recién cortado, y estaba con rabia porque a causa de la humedad de la tarde tormentosa, no "prendía" el cebo y la "mordaza" resbalaba sin trabajo útil.

Sentíase cansado; pero, si dejaba sin "enderezar" el cuero fresco, era dar por perdido un maneador lindísimo, de anca de novillo sin desperdicio de fuego de marca y se resignó a seguir haciendo fuerza. Era un viejo morrudo Lucindo Borges, y no le habría tenido miedo a nadie en ningún trabajo de aguante, si no fuese por la maldita enfermedad que desde chiquilín lo acosaba: la haraganería.

Pero no era culpa suya: parece que su padre fue lo mismo, o peor, pues se contaba que cuando quería carnear una oveja, hacía arrear la majada por el chiquilín de la peona y desfilar frente al galpón donde se lo pasaba todo el día tomando mate. Y sin levantarse del banco, rifle en mano, volteaba de un balazo el capón que calculaba de buenas carnes.

Lucindo no era tan haragán. Para carnear, él mismo montaba a caballo, iba al campo, movía la majada, y si no encontraba un animal en estado, no tenía inconveniente en andar media legua, voltear un alambrado medianero y enlazar un capón en la majada del vecino.

Ya eso es trabajo; y luego el trabajo de esconder el cuero y evitar las impertinentes averiguaciones de la policía...

No, él no era un haragán. Y la prueba es que esta-

ba bañado de sudor, sobando el maneador rebelde, cuando se le acercó su mujer, quien de rato estaba parada junto al palenque, observando el campo, y le dijo:

—Pu'el alto verde viene gente y parece polecía.

Lucindo fue hasta la puerta del galpón, púsose de visera la mano.

—Es polecía, — confirmó. — Viene el ovejo'el comesario nuevo y el tordillo el sargento Pérez...

—¿Y pa qué vendrán?

—Pa quí querés que venga la polecía a casa'e pobres: p'hacer daño... Mirá... vo'estás enferma...

—¿Yo?

—¡Vos!... ¡Obedecé qu'el que sabe sabe!... Vo'stás enferma: ponete una vincha en la frente y unos porotos en las sienes y acostate y echate encima mi poncho'e paño y la manta'el potrillo lunarejo... ¡Andá pronto!...

Obedeció Gertrudes y el viejo prosiguió su trabajo, sonriendo con malicia a quien sabe que artería que íbase preparando en su cerebro.

Recibió con afabilidad extrema al comisario, al sargento, al teniente alcalde y al milico que los acompañaba. Apresuróse a obsequiarlos con un amargo bien cebado. Y después, sonriendo:

—¿A qué se debe, comesario, su visita a estos ranchos?...

—Recorriendo, amigo, es mi obligación.

—Y de paso practicar algún registrito... porque como veo que el alcalde es de la comitiva...

—Sí, — respondió con sorna el funcionario, hombre joven que trascendía a pueblero; — un registro por pura fórmula... Su vecino don Lucas denuncia que todas las noches le carnean ovejas, que ayer mis-

mo le carnearon una y ha dado en sospechar de usted...

—¡Pobre don Lucas, —respondió sin asomo de ofendido el viejo.— la chochera le ha dado por desconfiar de mí!... Yo lo disculpo por l'ancianidad... ¡Desconfiar de mí!...

—Sin embargo, —observó el comisario con el mismo tono irónico,— me han contado que usted fue medio aficionado a carnear ajeno.

Rió estrepitosamente Lucindo.

—¡En el tiempo de antes!... De muchacho uno hace esas cosas por gracia, como quien roba una sandia en la güerta'el vecino... Pero áura, cuando ya uno tiene duros los caracuces... Y, además, le vi'a decir, antes los comesarios eran gauchos brutos como nosotros, y era fácil sacarles el cuerpo en una gambeteada; pero aúra, la cosa cambea...

Sintióse halagado el comisario y dijo con expresión más respetuosa:

—Lo creo, don Lucindo; pero como el deber me obliga, vamos a proceder, no se ofenda, ya dije que era por mera fórmula, el registro...

—¡Cómo no, don comesario!... Vaya emprenciplando...

Se hizo un registro somero del galpón, de la cocina, del troje, de las inmediaciones de la casa y al fin se volvió a éstas, siempre precedidos del dueño. Penetraron en la primera pieza del rancho, el comedor, y antes de pasar a la segunda y última, dormitorio del matrimonio, el viejo exclamó:

—Va desculpar, comesario, que la pieza nu'esté muy arreglada, pero ha de saber que ende hace días tengo a la patrona en cama, medio apestada, y entonces...

El joven funcionario sintió escrúpulos.

—Si su señora está enferma...

El protestó:

—¡No li hace, don comesario!... La cuestión es comprobar el hecho...

Penetraron en la habitación semi a obscuras. Lucindo obligó a su mujer a que se bajase del lecho, envuelta en las ropas de éste, y él mismo alzó y sacudió el colchón, para demostrar que allí no había nada oculto.

El comisario y el alcalde, un tanto avergonzados de su acción y de la sospecha a todas luces injusta, iban a retirarse, prodigando disculpas. Pero en este intervalo se había iniciado una lluvia torrencial.

—No se van a dir asina, — observó el viejo; — y si no quieren desairarme quedensé a cenar y esperar que escampe. Mi majada está al ladito no más. En un rato enlazo un borrego gordo y lo hacemos arder.

Accedió la autoridad. El viejo montó a caballo y a poco volvía con un borrego de "cola chata". Al colgarlo en el gancho e izarlo para degollarlo, dijo, mostrándole la cabeza al funcionario:

—¡Vea las orejas, don comesario: horqueta en una, punta'e lanza en l'otra; carneo de mi señal!...

—¡Ya sabemos amigo!

Y mientras el viejo degollaba rápidamente la res, el joven funcionario decía al alcalde en un aparte:

—Al fin me parece un buen tipo el viejo Lucindo.

—Sí, — contestó el alcalde; — un buen tipo; y un gran tipo.

Se asó un medio capón y se resolvió comerlo en la cocina, cortando del asador para no hacerle perder su mérito.

Cuando los huéspedes se hubieron servido el primer trozo, Lucindo cortó dos costillitas.

—Con permiso — dijo — vi'a llevarle a la patrona.

Volvió. Como el asado estaba apetitoso y casi llena la damajuana de vino y como la lluvia caía cada vez con más furia, fue pasando el tiempo y se prolongó la tertulia con el postre del amargo, los tragos de caña para asentarlo y una partida de truco para favorecer la digestión.

A eso de la media noche, el dueño de casa se levantó, fue a la puerta de la cocina y después de una rápida observación, anunció:

—Tormenta'e verano. Ya no llueve y ha salido la luna.

Los huéspedes resolvieron marchar. El comisario agradeció en frases sentidas la hospitalidad generosa de don Lucindo, pidiéndole una vez más disculpa por la ofensiva sospecha.

Pero al llegar al galpón un espectáculo extraordinario se les presentó: tanto el caballo del comisario como el del alcalde y el del sargento y del milico, habían sido "raboneados y tuzados a lo yegua".

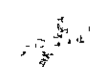
—¿Quién puede haber tenido esta audacia? —exclamó encolerizado el joven comisario.

—Yo no sé —respondió el viejo— y no me gusta hacer malos juicios; pero bien puede ser artería 'e don Lucas pa embarrarme a mí.

—Vea, vea; pu'aquí va un trillo... y sigue derechito pal'alambrao de don Lucas...

Todos siguieron el trillo. Constataron con dificultad que un pique del alambrado había sido volteado. Siguió la huella y en el recodo de un cañadón, inmediato, se halló un montón de cerda...

. . . .



Cuando Lucindo volvió a su rancho y se dispuso a acostarse, su mujer le preguntó:

—¿Cómo jué?

—Lindo. Encontraron tuita la cerda junto al cañadón de don Lucas.

—Tuita no — replicó ella — porque más de la mitá, yo la dejé aquí dispués de haber tuzao los mancarrones.

Rió gozoso el gaucho.

—Linda judiada.

—Y te albierto que abajo 'e los yuyos del corral de los chanchos puse maniao un cordero de don Lucas.

—¿Un cordero?

—Sí, dispués de echar la cerda, trompecé con un cordero gordo qu'estaba dormido al lao del alambrao, y lo alcé.

Entusiasmado, el viejo le dio un beso y exclamó:

—¡Vieja gaucha!

Y ella, satisfecha, orgullosa, preguntó:

—¿Me saco los porotos de las sienes que m'están tironeando el cuero?...

—Sacatelós, vieja, sacatelós, que a estas horas los porotos son los otros, el comesario, el alcalde y don Lucas... Y apagá la vela...

FIN

